

A VECES, UN PEQUEÑO GESTO  
PUEDE CAMBIAR MUCHAS VIDAS

# La mujer que prestó un paraguas

CATORCE  
HISTORIAS  
QUE SE ROZAN  
SIN SABERLO

Pásalo  
adelante

CATORCE PERSONAS.  
UN PEQUEÑO FAVOR.  
UNA CADENA IMPOSIBLE DE ROMPER.

## SARA VEIRA



COMPASIÓN



ESPERANZA



CONEXIÓN



SEGUNDAS  
OPORTUNIDADES



LO QUE  
NOS UNE

# **LA MUJER QUE PRESTÓ UN PARAGUAS**

*Catorce historias que se rozan sin saberlo*

Sara Veira

## *La mujer que prestó un paraguas*

© 2026, Sara Veira

Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2026

*Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en este libro son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, empresas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.*

*Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.*

# ÍNDICE

- [1. El paraguas prestado](#)
- [2. El hombre del paraguas](#)
- [3. La nota en el buzón](#)
- [4. El banco de la plaza](#)
- [5. El dibujo en la nevera](#)
- [6. El turno cambiado](#)
- [7. La cita que no era](#)
- [8. El padre que llega tarde](#)
- [9. La camarera que todo lo ve](#)
- [10. El libro olvidado](#)
- [11. La decisión de Sole](#)
- [12. El favor que no se pidió](#)
- [13. La última llamada](#)
- [14. El paraguas](#)
- [Una nota sobre los gestos pequeños](#)
- [Una pequeña petición](#)

## EL PARAGUAS PRESTADO

Llovía como si el cielo llevara semanas conteniéndose.

Marta salió del hospital a las nueve y veinte, diez minutos más tarde de lo que le habían prometido al final del turno, con los pies hinchados dentro de los zuecos y esa clase de cansancio que no se siente en los músculos sino detrás de los ojos. Había sido un turno de esos que se quedan pegados a la piel: un niño con una fractura que no dejaba de preguntar por su perro, un hombre joven que había llegado solo y se iba solo, sin nadie esperándolo en la sala, y una mujer mayor, la señora Peral, que llevaba dos días confundiendo a Marta con su hija y le pedía, con una ternura que dolía más que cualquier turno de doce horas, que no se fuera todavía.

Marta no se había ido todavía. Se había quedado quince minutos de más al final del turno, sentada en el borde de la cama, sosteniéndole la mano a la señora Peral mientras esta le hablaba de un verano en la playa que Marta no había vivido, que probablemente nadie había vivido tal como ella lo contaba, con esa mezcla de nostalgia y desorden que a veces trae la enfermedad a la memoria. No figuraba en ningún protocolo, aquello. No se anotaba en ningún informe de turno. Pero Marta llevaba tres años ya en la profesión, los suficientes para saber que había una parte del trabajo que no estaba en los manuales, y que era, casi siempre, la parte que más pesaba y la que menos se veía.

Había otras cosas que pesaban también, más pequeñas, más tontas: los pies, por ejemplo, que llevaban doce horas metidos en los mismos zuecos y ya no sentía como propios; la espalda, que protestaba cada vez que se agachaba a coger algo del carro; esa sequedad en los ojos que solo se le quitaba con una ducha larga y una almohada, en ese orden. Nada grave. Nada que no tuviera todo el mundo que encadenara turnos de doce horas. Pero se acumulaba,

turno tras turno, como una capa fina de polvo que nunca se termina de limpiar del todo.

Ahora, bajo el toldo de la entrada, miraba la lluvia con la misma expresión con la que se mira una factura inesperada. Llevaba consigo el paraguas de siempre —uno viejo, de esos que se compran en un chino un día de emergencia y luego terminan viviendo para siempre en el fondo de un bolso, con dos varillas torcidas y un color azul que ya no era azul sino un gris con memoria—, pero el coche estaba aparcado a seis manzanas, porque las plazas cerca de urgencias llevaban meses ocupadas por obras que nadie terminaba nunca. Seis manzanas bajo aquello no eran una caminata, eran una travesía, aunque fuera con paraguas.

—¿Vas a esperar a que escampe?

La voz venía de su derecha. Un hombre, quizás de cuarenta y tantos, con una chaqueta que en algún momento había sido impermeable y ya no lo era del todo, la miraba con una media sonrisa cansada, del tipo que se pone la gente cuando quiere ser simpática pero le queda poca simpatía en el cuerpo.

—Llevo aquí diez minutos —dijo Marta—. No tiene pinta de escampar.

—No. —El hombre se subió el cuello de la chaqueta, un gesto inútil—. Yo tengo que coger el autobús de las nueve y media en la esquina. Si lo pierdo, el siguiente es dentro de cuarenta minutos y mi hijo me espera despierto.

—¿Cuántos años tiene?

—Nueve. Ya debería estar dormido, pero se empeña en esperarme despierto. Dice que no puede dormir si no le doy las buenas noches en persona, que por teléfono no cuenta. —Se rió, un poco avergonzado de sí mismo, como si contarle fuera confesar una debilidad—. Es un poco cabezota. Sale a la madre.

Marta no preguntó por la madre. No era su costumbre indagar más de lo que le ofrecían —tantas horas escuchando historias ajenas enseñan, entre otras cosas, a no tirar de los hilos que la gente no te tiende ella misma— pero algo en el modo en que Julián había dicho «sale a la madre», con ese tono neutro y gastado de quien repite la misma frase muchas veces para no tener que dar más explicaciones,

le hizo pensar que aquel hombre cargaba más peso del que aparentaba bajo aquella chaqueta que ya no era del todo impermeable.

Pensó en las seis manzanas que le quedaban por delante hasta el coche, y en que ella, al menos, tenía el paraguas ya en la mano y llegaría a un sitio seco eventualmente. Julián tenía un horario que cumplir y un niño esperando despierto una voz en persona, no por teléfono, y no llevaba nada con lo que protegerse.

—Tenga —dijo, tendiéndoselo—. Se lo presto. Démelo cuando nos volvamos a ver.

El hombre la miró como si hubiera dicho algo en otro idioma.

—No nos vamos a volver a ver.

—Ya. Pero dígalo igual. Así no se siente tan raro aceptarlo.

Él sonrió, esta vez de verdad, con una sorpresa genuina que le suavizó diez años de la cara.

—Me llamo Julián —dijo, como si eso fuera una especie de garantía.

—Marta.

—Marta. Vale. —Cogió el paraguas con las dos manos, con un cuidado excesivo para un objeto de tres euros—. Se lo devuelvo, en serio. Trabaja aquí, ¿no? En el hospital.

—Turno de tarde, planta tres. Entro a las nueve de la mañana y salgo a esta hora casi todos los días.

Julián asintió como quien memoriza una dirección, abrió el paraguas con un chasquido húmedo y salió corriendo hacia la esquina, dejando a Marta bajo el toldo con las manos vacías y una sensación extraña, no de haber hecho algo importante, sino de haber hecho algo pequeño que por algún motivo le pesaba distinto a los demás gestos pequeños del día.

Se subió el cuello del abrigo, respiró hondo como si eso sirviera de algo contra la lluvia, y echó a andar.

. . .

Las seis manzanas, que en un día normal habría cubierto en siete u ocho minutos, se convirtieron esa noche en casi el doble: el agua fría metiéndose por el cuello, el pelo pegado a la cara, los zapatos haciendo un ruido que no quería ni escuchar, y los pies —esos

mismos pies que llevaban doce horas metidos en los zuecos—protestando cada vez que pisaba un charco que no había visto a tiempo. En la segunda manzana pensó, con cierto rencor cómico, en lo fácil que habría sido quedarse esperando bajo el toldo, como cualquier persona sensata, hasta que amainara. En la tercera dejó de pensar del todo, porque pensar bajo aquella lluvia era como intentar leer con los ojos cerrados: un esfuerzo inútil que solo servía para irritarla más.

Pasó junto a una farmacia con la persiana a medio bajar, junto a un bar donde dos hombres discutían de fútbol con la puerta abierta y el calor saliendo en una vaharada que por un segundo la tentó a entrar y esperar allí, junto a un solar vacío que llevaba años esperando una obra que nunca llegaba. Reconocía cada uno de esos sitios de memoria, los había visto cientos de veces desde el coche, pero a pie, bajo el agua, con la respiración entrecortada, la misma calle de siempre le pareció más larga y más ajena, como si el mal tiempo hubiera corrido los muebles de un piso conocido.

Cuando por fin llegó al coche estaba tan empapada que se rió sola, una risa corta y sin humor, del tipo que se le escapa a una cuando ya no queda otra reacción disponible.

Condujo despacio. Los limpiaparabrisas no daban abasto y las luces de los coches se desdibujaban en el cristal como si el mundo entero estuviera llorando de una manera exagerada y un poco ridícula. En circunstancias normales habría cogido la avenida —era el camino de siempre, el que hacía con los ojos cerrados después de tres años en aquel turno— pero las obras habían cortado el carril derecho a la altura del cruce con Alcalde Ruiz, y aquella noche, cansada y mojada y sin ganas de discutir con un semáforo en rojo eterno, giró dos calles antes de lo habitual y tomó la paralela.

No pensó en ello más que un segundo. Fue una decisión del tamaño de un bostezo: la clase de giro que se toma sin sopesarlo, como quien elige un carril del supermercado o decide contestar un mensaje antes que otro, sin sospechar siquiera que ese instante minúsculo pudiera tener algún peso.

La calle paralela era más estrecha, con menos farolas, y avanzaba flanqueada de edificios bajos que Marta apenas reconocía

a pesar de llevar tres años haciendo casi el mismo trayecto cada noche. Le pareció, por un momento, estar conduciendo por una ciudad distinta, una versión ligeramente desplazada de la suya, como esas fotografías que se parecen mucho a un lugar conocido pero que uno tarda un rato en identificar del todo. Cruzó dos semáforos en ámbar, adelantó a un ciclista que llevaba un plástico a modo de poncho, y giró por fin hacia su calle sintiendo ya, por delante, el peso agradable de la idea de la ducha caliente.

Llegó a casa a las diez y cuarto, casi media hora más tarde de lo normal, se quitó la ropa mojada en el rellano para no dejar el suelo hecho un desastre, y se metió en la ducha más caliente que pudo soportar, el agua golpeándole los hombros como si quisiera deshacer, además del frío, el cansancio acumulado del turno entero. No encendió la televisión. No miró el móvil. Se durmió con el pelo mojado, algo que su madre siempre le había dicho que no hiciera, y no soñó con nada que recordara al despertar.

. . .

Julián llegó a casa esa noche con el paraguas todavía goteando en la entrada y encontró a su hijo despierto, tal como había prometido, sentado en la cama con la lamparita encendida y un libro de dinosaurios abierto en una página que ya se sabía de memoria.

—Llegas tarde —dijo el niño, sin reproche, solo constatando un hecho, como hacen los niños que aún no han aprendido del todo a fingir.

—Llovía mucho. —Julián se sentó al borde de la cama, todavía con la ropa húmeda pegada a los hombros—. Una señora me prestó un paraguas.

—¿La conocías?

—No. De nada.

El niño lo miró con esa seriedad absoluta que solo tienen los niños de nueve años cuando algo les parece verdaderamente extraordinario.

—¿Y por qué te lo dio, si no la conocías?

Julián no tuvo una respuesta preparada. Se quedó pensando un momento, con la mano apoyada en la manta, mientras fuera seguía

lloviendo contra la ventana.

—No lo sé —dijo al final—. Supongo que porque podía.

Aquella noche, después de apagar la luz y sentarse un rato en la cocina con un vaso de agua que no tenía sed de beber, Julián pensó en la mujer del hospital más de lo que habría esperado pensar en una desconocida. No por el paraguas en sí —al fin y al cabo, era solo un paraguas— sino por la naturalidad con que se lo había ofrecido, sin dramatismo, sin necesidad de que él se lo agradeciera de una manera especial, como si prestarle algo a un extraño bajo la lluvia fuera lo más razonable del mundo. Llevaba tres días arrastrando una idea oscura, una fatiga que iba más allá del cansancio físico, la sensación de que quizás llevaba demasiado tiempo intentándolo solo para acabar decepcionando a todo el mundo de todas formas. Aquel gesto pequeño no cambió esa idea de golpe —las cosas nunca cambian de golpe— pero la aflojó un poco, como se afloja un nudo cuando alguien tira del hilo correcto sin saber siquiera que lo está haciendo.

Se prometió, sin decírselo a nadie todavía, que iría a la reunión del jueves. Llevaba semanas evitándola.

. . .

A la mañana siguiente, mientras esperaba el café, vio la noticia en el móvil de refilón, uno de esos titulares que uno lee sin querer y luego no puede dejar de pensar en ellos durante el resto del día: un accidente en la avenida, a la altura del cruce con Alcalde Ruiz, sobre las nueve y cuarenta de la noche. Un camión que había perdido el control por el agua acumulada en la calzada, un semáforo, dos coches. Nadie había muerto —eso decía la noticia, en ese tono neutro con el que las noticias dicen las cosas graves— pero había heridos, y uno de ellos estaba grave.

Marta se quedó mirando la pantalla más tiempo del que hacía falta para leer el titular.

No sintió lo que quizás debería haber sentido. No fue un escalofrío de película, ni una revelación con música de fondo. Fue algo más pequeño y más raro: la certeza tranquila, casi aburrida, de que ella habría estado en ese cruce a esa hora si aquella noche

hubiera sido una noche cualquiera. Había salido diez minutos más tarde de lo habitual, había caminado más despacio de lo normal por la lluvia y los pies cansados, y encima había tenido que reducir la velocidad al conducir por el agua acumulada en la calzada: pequeños retrasos que, sumados uno detrás de otro, la habían llevado a girar dos calles antes de lo habitual y tomar la paralela, justo para evitar el cruce con Alcalde Ruiz.

Podría haber sido ella. O podría no haber sido ella de todas formas —las obras podrían haber estado cortadas cualquier otro día también, cualquiera sabe cuántas veces la vida nos desvía sin que nos enteremos— pero esa mañana, con el café enfriándose y el titular todavía abierto en la pantalla, Marta pensó en Julián, en su chaqueta que ya no era impermeable, en el chasquido húmedo del paraguas al abrirse, y sintió algo parecido a la gratitud, aunque no supiera muy bien hacia quién dirigirla. Hacia la lluvia, quizás. Hacia el hijo que esperaba despierto. Hacia sí misma, por una vez, por haber hecho algo sin calcularlo.

No le dio más vueltas, o eso intentó. Se vistió, desayunó de pie junto a la encimera como hacía siempre, y de camino al hospital —esta vez en coche, esta vez sin lluvia— pasó, sin proponérselo, por el cruce con Alcalde Ruiz. Habían retirado ya los coches accidentados, pero quedaban restos: cristales barridos hacia el bordillo, un trozo de parachoques abandonado junto a una farola, la cinta amarilla de la policía todavía atada a una señal, ondeando sin ningún propósito ya. Marta redujo la velocidad sin darse cuenta, como si el cuerpo quisiera rendir un pequeño homenaje sin que la cabeza se lo hubiera pedido.

En el vestuario, antes de empezar el turno, se lo contó a Nuria, una compañera con la que compartía taquilla desde hacía dos años. —Qué fuerte —dijo Nuria, atándose el pelo—. ¿Y le prestaste el paraguas a un desconocido así, sin más?

—Sin más.

—Yo no le presto ni el paraguas a mi hermano.

Se rieron las dos, del tipo de risa que sirve para quitarle peso a algo que, en el fondo, no se sabe bien cómo llevar. Nuria no le dio más importancia —¿por qué habría de dárselo?, era solo una

coincidencia de tráfico, un cruce, unas obras, una lluvia cualquiera— y Marta tampoco insistió. Pero durante el resto del turno, cada vez que había un instante de calma entre pacientes, volvía a aquella cinta amarilla ondeando sin sentido, y a la idea, cada vez menos incómoda y cada vez más tranquila, de que a veces el mundo nos aparta del camino sin que nos demos ni cuenta de que estábamos en peligro.

Aquella noche, cuando salió del hospital, miró hacia la esquina donde había visto a Julián por si acaso, sin saber muy bien qué esperaba encontrar allí. No había nadie. Llovía menos.

. . .

Pasaron once días.

Once días de turnos que se parecían entre sí lo suficiente como para que Marta ya no pudiera distinguirlos del todo al final de la semana: pacientes que llegaban y se iban, alguno que se quedaba más de la cuenta, una intoxicación etílica un sábado, una crisis de ansiedad un martes que resultó ser, según se supo después, el primer síntoma de algo mucho más serio. El tiempo, en aquellos turnos de doce horas, tenía esa cualidad extraña de estirarse y encogerse a la vez: las horas dentro del hospital parecían interminables mientras ocurrían, y sin embargo, vistas desde fuera, los días se sucedían con una rapidez que a Marta a veces la dejaba desorientada, como si hubiera pasado una semana entera sin haberla vivido del todo.

Llovió tres de esos once días, ninguno tan fuerte como aquella noche. Marta llevó el paraguas viejo en el asiento trasero del coche, por si acaso, y lo usó dos veces, sin pensar ni una sola vez en Julián al hacerlo, porque así son casi siempre estas cosas: un gesto que pareció enorme en el momento se convierte, al cabo de unos días, en un recuerdo pequeño entre muchos otros, guardado en algún cajón de la memoria que no se abre todos los días.

Marta ya casi no pensaba en el paraguas —al fin y al cabo era un paraguas de tres euros y las cosas de tres euros no suelen ocupar mucho espacio en la memoria de nadie— cuando, al salir una noche de un turno especialmente largo, con la señora Peral ya trasladada a

otra planta y un poco de esa tristeza tonta que dejan los pacientes con los que una se encariña sin querer, el guardia de seguridad de la entrada la llamó antes de que cruzara la puerta.

—Marta, ¿verdad? De la planta tres. —El guardia rebuscó bajo el mostrador—. Un hombre dejó esto para usted esta tarde. Dijo que no sabía su apellido, pero que seguro que la reconocíamos por la descripción: turno de tarde, planta tres, pelo recogido. Preguntó bastante hasta dar con la persona correcta.

Le tendió un sobre pequeño, sin nombre por fuera, y un paraguas apoyado contra el mostrador que Marta reconoció al instante.

No llevaba nombre. Solo, en el interior, una nota escrita a mano con una letra insegura, de esas que delatan a alguien que no escribe mucho:

«Gracias por el paraguas. No sé si me acordará, pero cambió mi noche. Se lo devuelvo aunque tarde. Espero que no lo necesitara mucho estos días. J.»

El paraguas era el mismo, gris con memoria de azul, con las mismas dos varillas torcidas, un poco más gastado quizás, pero el mismo, cerrado y atado con una goma para que el viento no se lo llevara.

Marta se quedó de pie en el vestíbulo un buen rato, con la nota en una mano y el paraguas en la otra, sintiendo una emoción que no sabía nombrar del todo —no era orgullo, ni siquiera era exactamente ternura— sino algo más parecido al asombro pequeño de comprobar que un gesto insignificante había dejado, en efecto, una huella en el mundo, por diminuta que fuera. Que Julián se hubiera acordado. Que hubiera vuelto, preguntando por una desconocida con solo un nombre de pila y una descripción vaga, hasta encontrar a alguien dispuesto a ayudarle. Que en algún rincón de su semana desordenada hubiera encontrado el momento de escribir aquella nota torpe y sincera.

No supo, y quizás nunca lo sabría, que la noche en que le prestó el paraguas, Julián había estado a punto de no coger el autobús de las nueve y media. No había estado a punto por la lluvia, ni por el paraguas: había estado a punto porque llevaba tres días pensando

que quizás sería más fácil para todos —para su hijo, sobre todo— si él simplemente dejaba de intentarlo. Llevaba tres años sobrio y aquella semana había sido la primera en mucho tiempo en que había vuelto a mirar el número del bar de la esquina de su antiguo trabajo con algo que no era desprecio.

No supo que el gesto de Marta —tan pequeño, tan poco pensado, un paraguas viejo tendido a un desconocido bajo un toldo — había llegado en el minuto exacto en que Julián necesitaba una prueba de que a alguien, en algún lugar, todavía le importaba lo suficiente como para no dejarlo mojarse. No fue el paraguas lo que lo salvó esa noche, por supuesto; las cosas nunca son tan simples. Pero fue una brizna, un pequeño peso puesto del lado correcto de la balanza, en una noche en la que la balanza podría haberse inclinado de cualquier manera.

De todo esto, Marta no sabría nada. Solo tenía una nota torpe y un paraguas viejo, y la sensación tranquila de que el mundo, a veces, sin que una se dé mucha cuenta, le devuelve las cosas.

. . .

No podía saber que aquel sobre, sin nombre, sin remitente, sería el primero de una cadena que ella nunca llegaría a ver completa: que la propia nota, doblada de nuevo, terminaría cambiando de manos una vez más antes de que pasara un mes; que el papel en el que Julián había escrito «cambió mi noche» seguiría un camino que ninguno de los dos podría haber previsto bajo aquel toldo, la noche en que un paraguas de tres euros pasó de un brazo a otro sin que nadie levantara la voz ni pidiera nada a cambio.

Tampoco podía saber —y esto quizás era lo más justo de todo, lo más parecido a cómo funcionan realmente estas cosas— que ella misma había sido, sin proponérselo, el eslabón de otra cadena mucho más antigua: que aquella costumbre suya de quedarse quince minutos de más, de prestar sin pedir nada a cambio, de no calcular demasiado los gestos pequeños, la había aprendido, a su vez, de una vecina de su infancia que una tarde de lluvia parecida a esta le había prestado un abrigo a su madre, embarazada de ella, cuando esperaban las dos un autobús que no llegaba. Su madre se

lo había contado muchas veces, como una anécdota menor, casi una broma familiar. Marta nunca había pensado en ella como el origen de nada. Pero ahí estaba, de todas formas, agazapada bajo la superficie de un gesto que parecía nuevo y no lo era del todo.

Las cadenas de favores no suelen anunciarse a sí mismas. No llevan etiqueta, no avisan de dónde vienen ni hacia dónde van. Simplemente pasan de una mano a otra, como un paraguas viejo con las varillas torcidas, cambiando ligeramente de forma cada vez que alguien lo abre, hasta que quien lo lleva ya no puede saber —ni falta que le hace— cuántas manos lo sostuvieron antes que la suya.

Guardó la nota en la guantera del coche esa misma noche, no muy segura de por qué, aunque en el fondo sí lo sabía: algunas cosas se guardan no porque vayan a servir para algo, sino porque certifican que algo, en algún momento, ocurrió de verdad. El paraguas volvió a su sitio de siempre, en el asiento trasero, listo para la próxima lluvia, la próxima urgencia, el próximo desconocido bajo un toldo.

Aquella noche, antes de dormirse, Marta pensó en la señora Peral y en su verano en la playa inventado, en el niño que preguntaba por su perro, en Julián y su chaqueta que ya no era impermeable. Pensó que su trabajo consistía, en el fondo, en una larga sucesión de gestos pequeños —una mano sostenida, quince minutos de más, un paraguas prestado— que casi nunca sabía adónde iban a parar. La mayoría se perdían sin dejar rastro, o eso creía ella. Pero de vez en cuando, muy de vez en cuando, alguno volvía. Una nota doblada en cuatro y un paraguas dejado en la entrada de un hospital por un hombre que había preguntado por ella sin saber ni su apellido, una noche cualquiera de las muchas noches en que llovía.

Se durmió pensando en la lluvia, que ya no le parecía tan mala compañía como el día anterior. Fuera, en algún punto de la ciudad que ella no podía ver, un niño de nueve años dormía ya profundamente, tranquilo, sin saber nada de paraguas ni de cruces con cinta amarilla, solo seguro de que su padre había vuelto a casa, como cada noche, para darle las buenas noches en persona.

## EL HOMBRE DEL PARAGUAS

El paraguas goteaba todavía en la entrada cuando Julián se sentó al borde de la cama de Mateo, la ropa húmeda pegada a los hombros, y le contó lo de la señora que se lo había prestado sin conocerlo de nada. El niño le hizo la pregunta que Julián no supo responder —«¿y por qué te lo dio, si no la conocías?»— y él se quedó pensando un momento antes de decir, casi para sí mismo, que suponía que era porque podía.

Aquella frase se le quedó pegada durante días, como una piedra pequeña en el zapato que no molesta lo suficiente para pararse a sacarla, pero tampoco deja de notarse.

. . .

Trabajaba en el almacén de una distribuidora de bebidas, una ironía que a Julián ya ni siquiera le hacía gracia después de tres años. Entraba a las dos de la tarde y salía a las nueve, cargando cajas que pesaban más de lo que su espalda estaba dispuesta a admitir, entre pasillos enteros de botellas que en otra vida —así las llamaba él para sus adentros, «otra vida», como si hubiera sido otra persona quien las bebía— le habrían parecido una tentación constante, y que ahora, la mayoría de los días, eran solo mercancía: cajas que pesaban, cajas que se apilaban, cajas que había que escanear antes de las nueve si quería salir a su hora. Había pedido el traslado a esa sección hacía dos años, cuando todavía dudaba de sí mismo, y su encargado, un hombre práctico que no hacía preguntas que no necesitaba hacer, lo había cambiado sin comentarios a la sección de conservas, donde se quedó tres meses, hasta que Julián mismo le pidió volver: necesitaba demostrarse que podía estar rodeado de aquello sin que le temblara nada por dentro. Lo había conseguido. La mayoría de los días.

Los martes por la tarde, antes del turno, tenía cita en el hospital: un análisis de sangre rutinario para vigilar un hígado que él mismo se había encargado de maltratar durante casi una década. El médico —un hombre joven, amable, que siempre encontraba un motivo distinto para no decirle directamente que las cosas iban razonablemente bien— le repetía cada vez que los valores mejoraban, despacio, «como tienen que mejorar las cosas que se rompieron despacio». Julián asentía y no decía que aquellas visitas le daban más miedo que alivio, porque siempre cabía la posibilidad de que un día el médico dejara de encontrar motivos para sonreír, y esa posibilidad, por remota que fuera, se le quedaba pegada durante días como una sombra que solo él podía ver.

Aquel martes había sido de los que se alargan más de la cuenta: la cita se había retrasado, había esperado más de una hora en una sala con una televisión muda y subtítulos que iban por delante del sonido, y había salido del hospital ya de noche, con el tiempo justo para coger el autobús que lo dejaba a dos calles de casa. La lluvia no estaba en sus planes. La señora bajo el toldo, tampoco.

. . .

Mateo tenía nueve años y una capacidad asombrosa para hacer preguntas que Julián no sabía responder. Se repartía entre las dos casas por semanas completas alternas —una semana con Julián, la siguiente con Elena—, un acuerdo de custodia compartida al que habían llegado hacía apenas un año, después de un primer año de separación en que Elena solo le había dejado ver a Mateo con visitas cortas y supervisadas. Había sido ella misma quien, viendo que la sobriedad de Julián no era un impulso pasajero sino algo que se sostenía semana tras semana, había propuesto ampliar el acuerdo, casi como quien concede una segunda oportunidad que no estaba segura de si merecía darse pero que decidió dar de todos modos. Julián no sabía si merecía aquella confianza recuperada, pero la agradecía en silencio cada vez que le tocaba el cambio, cuando el niño llegaba el domingo por la noche con la mochila del cole ya preparada para el lunes, sin que nadie se lo hubiera pedido a nadie.

El horario de Julián, de dos a nueve de la tarde, no encajaba bien con el de un niño de nueve años, así que, en las semanas que le tocaban, Herminia, la vecina del quinto, bajaba cada tarde después del colegio a quedarse con Mateo en el propio piso de Julián, a cambio de que él le arreglara cosas de la casa que a ella ya no le daban las fuerzas para arreglar: allí merendaban juntos, Mateo hacía los deberes bajo su vigilancia distraída pero constante, y cenaba casi siempre antes de que Julián llegara, ya con el pijama puesto y los dientes lavados la mayoría de las noches. Era Herminia quien lo acostaba, en realidad, aunque Mateo insistiera siempre en quedarse despierto hasta que su padre llegara para darle las buenas noches en persona, un ritual pequeño que ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar, por tarde que se hiciera. Herminia se quedaba hasta que Julián cruzaba la puerta, y entonces volvía a su propio piso, un rellano más arriba.

Había habido un tiempo, no tan lejano, en que Elena no le dejaba acercarse a Mateo sin supervisión, y con razón: Julián recordaba, con la claridad incómoda de los recuerdos que uno preferiría no tener tan nítidos, una tarde en que había ido a recoger al niño del colegio con el aliento todavía cargado de la noche anterior, y la mirada de la profesora, que no dijo nada pero tampoco necesitaba decirlo, y la llamada de Elena esa misma noche, no gritando, lo cual había sido peor que si hubiera gritado, simplemente diciendo, con una calma que dolía más que cualquier reproche, que no podía seguir así, que Mateo se merecía algo mejor que un padre que olía a lo que olía a las cuatro de la tarde.

Recordaba también, aunque procuraba no hacerlo muy a menudo, la semana que pasó solo en el piso después de aquella llamada, cuando Elena se llevó a Mateo a casa de sus padres y Julián se quedó con cuatro paredes y un silencio que no sabía cómo llenar sin lo de siempre. Había sido la semana más larga de su vida, más larga incluso que los primeros meses de sobriedad, porque en aquella semana no había tenido todavía ninguna herramienta, ningún Ramón, ninguna sala con sillas plegables, solo la certeza árida de que se estaba quedando sin gente dispuesta a esperarlo. Aquella llamada había sido, en cierto modo, el principio de todo lo

demás: la primera reunión a la que había ido arrastrando los pies, convencido de que aquello no iba con él, y el primer día, mucho después, en que había salido de una de esas reuniones sintiendo que quizás sí, que quizás aquello también iba con él.

—¿Vas a ir a tu reunión el jueves? —le preguntó Mateo el miércoles, mientras cenaban pasta con demasiado queso rallado, una costumbre que Julián no corregía porque le gustaba ver a su hijo feliz por cosas tan pequeñas.

—¿Cómo sabes tú lo de la reunión?

—Mamá me lo contó. Dice que vas los jueves a hablar con gente.

—A veces voy.

—¿Y esta semana?

Julián removi6 la pasta en el plato más tiempo del necesario.

—No lo sé todavía.

No era mentira del todo. Llevaba tres semanas sin ir, después de casi un año de asistencia casi perfecta, y las razones que se daba a sí mismo cada jueves sonaban cada vez más parecidas a excusas y cada vez menos a motivos: que había trabajado mucho, que Mateo tenía deberes y prefería quedarse con él, que total, ya llevaba tres años sobrio y a esas alturas quizás no necesitaba tanto ir a sentarse en un círculo de sillas plegables a escuchar las mismas historias una y otra vez.

La verdad, que no le contaba ni a Mateo ni a nadie, era distinta: llevaba tres semanas sin ir porque llevaba tres semanas pensando en beber con una frecuencia que no sentía desde hacía mucho tiempo, y una parte de él tenía miedo de sentarse en aquel círculo y decirlo en voz alta, porque decirlo en voz alta lo hacía real de una manera que callarlo no conseguía.

Mateo, que a pesar de sus nueve años tenía un instinto casi inc6modo para notar cuándo algo no iba del todo bien, se quedó mirando el plato un rato antes de preguntar, con esa manera directa que solo tienen los niños:

—¿Es por lo de mamá? ¿Lo de que a lo mejor nos mudamos?

Julián dejó el tenedor sobre el plato.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Mamá. Dice que todavía no está decidido, que a lo mejor no pasa nada. Pero tú te pones raro cuando lo piensas, se te nota.

Julián se quedó un momento sin saber qué decir, sorprendido, no por primera vez, de lo mucho que veía su hijo de lo que él creía tener bien escondido.

—A veces me pongo raro pensando en cosas que todavía no han pasado —dijo al final, con la sinceridad que solo se atrevía a usar con Mateo, quizás porque era la única persona ante la que no le daba vergüenza no tener todas las respuestas—. Eso no es culpa tuya, ni de mamá. Es solo que a veces mi cabeza se adelanta a cosas que igual nunca ocurren.

—¿Y eso se cura?

—Se trabaja. No sé si se cura del todo. Se trabaja.

Mateo asintió, con la seriedad de quien acepta una explicación que no entiende del todo pero que suena honesta, y volvió a la pasta con demasiado queso rallado, como si el asunto ya estuviera zanjado, al menos por esa noche.

. . .

El detonante, si es que hacía falta uno —a veces no lo había, a veces la cabeza simplemente decidía ponerse en su contra sin motivo aparente— había sido una carta del abogado de Elena, llegada hacía un mes, revisando el acuerdo de custodia a la luz de una posible mudanza de trabajo de ella a otra ciudad. No era una amenaza, ni mucho menos una mala intención por parte de Elena —ella misma se lo había explicado con calma, una tarde, sentados los dos en la cocina como dos personas civilizadas que ya no se querían de la misma manera pero que seguían queriendo lo mismo para su hijo— pero la sola palabra «mudanza» le había abierto a Julián una grieta por la que empezó a colarse el miedo antiguo, el de perderlo todo otra vez, el de no ser suficiente, el de que en el fondo daba igual cuánto tiempo llevara sobrio porque siempre habría una carta, una noticia, un imprevisto capaz de convencerlo de que ya no merecía la pena seguir intentándolo.

Había estado, la noche del paraguas, más cerca de lo que jamás le confesaría a nadie de comprar una petaca en el bar de la esquina

de su antiguo trabajo, el mismo que llevaba tres años evitando por la acera de enfrente. Se había parado frente al escaparate iluminado, había mirado las botellas alineadas como quien mira una fotografía antigua, con una mezcla de nostalgia y náusea que no sabía nombrar del todo, y se había preguntado, sin drama, con una claridad casi aburrida, si de verdad importaría tanto.

Y entonces había llovido, y había perdido el autobús que no perdió, gracias a un paraguas prestado por una desconocida que no le pidió nada a cambio salvo una promesa que ninguno de los dos pensaba cumplir de verdad.

. . .

El martes siguiente, en el almacén, un compañero llamado Bruno —joven, veintipocos años, de esos que todavía hablan del fin de semana con el entusiasmo de quien no ha aprendido aún que los lunes siempre llegan— le preguntó qué le pasaba, porque llevaba dos días más callado de lo habitual.

—Nada —dijo Julián, apilando cajas con más fuerza de la necesaria—. Cosas mías.

—Si es por la ex, tío, olvídala. Las mujeres...

—No es por la ex.

Bruno se encogió de hombros y siguió con lo suyo, sin insistir, y Julián se lo agradeció en silencio, porque no tenía manera de explicarle a un chico de veintitrés años, sin hijos, sin pasado, lo que era despertarse un martes cualquiera con la sensación de que el suelo bajo los pies, ese suelo que llevaba tres años construyendo con paciencia de albañil, podía desaparecer de golpe por una carta de un abogado y una palabra —«mudanza»— que no significaba nada en sí misma pero que arrastraba detrás todo lo que él más temía perder.

Siguió cargando cajas hasta las nueve, con la espalda protestando y la cabeza en otro sitio, y esa noche, de camino a casa, se sorprendió a sí mismo mirando otra vez el escaparate del bar de la acera de enfrente, aunque esta vez sin pararse. Se preguntó, no por primera vez, qué habría pasado si aquella noche de lluvia no hubiera perdido el autobús, si hubiera llegado a casa a su hora, sin

cruzarse con nadie, sin aquella conversación bajo un toldo que en el fondo no había durado ni tres minutos. Probablemente nada especial. Probablemente habría acostado a Mateo, habría cenado algo rápido, y la idea de la petaca se habría quedado exactamente donde estaba, rondándole la cabeza sin materializarse en nada, como llevaba rondándole semanas. Pero no podía evitar pensar que aquellos tres minutos, sin que nadie se lo propusiera, habían actuado como un pequeño freno de mano en un coche que ya llevaba tiempo bajando una cuesta.

. . .

El jueves llegó con un cielo gris pero sin lluvia, lo cual a Julián le pareció, sin poder explicar por qué, un alivio pequeño y tonto.

Avisó a Herminia de que aquel jueves llegaría más tarde de lo habitual, y caminó hasta el centro parroquial donde se celebraban las reuniones, un edificio bajo con una sala que olía siempre a café recalentado y a sillas de plástico que llevaban demasiados años allí.

Estuvo a punto de dar media vuelta en la puerta. Se quedó un minuto entero de pie en la calle, mirando la luz encendida en la ventana de la sala, calculando —con esa parte de la cabeza que siempre calcula excusas con una precisión que no dedica a nada más— si todavía tenía tiempo de irse a casa y decir que se había encontrado mal.

—¿Entras o te quedas mirando la puerta como un cartel? —dijo una voz a su espalda.

Era Ramón, un hombre de sesenta y tantos que llevaba en el grupo más años de los que nadie se molestaba en contar, y que tenía la costumbre de decir las cosas más serias con el tono más liviano posible, como si suavizarlas fuera parte del tratamiento. Había sido él quien, el primer día de Julián en aquella sala, tres años atrás, le había ofrecido un café sin preguntarle nada más, dejando que fuera el propio Julián quien decidiera cuánto quería contar y cuánto prefería callar.

—Estaba pensando —dijo Julián.

—Ya. Yo también pensaba, hace veinte años, en la puerta de un bar. Nunca me llevó a ningún sitio bueno, pensar en la puerta.

—¿Y a ti qué te hizo entrar, la primera vez?

Ramón se quedó un momento callado, mirando la ventana iluminada.

—Mi hija dejó de cogerme el teléfono —dijo, sin dramatismo, como quien cuenta un dato meteorológico—. Tardé dos años en conseguir que volviera a hacerlo. A ti no te va a pasar eso, si sigues viniendo.

Julián no respondió. Entraron juntos.

. . .

Dentro, el círculo de sillas estaba casi completo: caras conocidas, alguna nueva —un chico joven, con la mirada baja, que Julián reconoció enseguida porque él mismo había tenido esa misma mirada baja no hacía tanto—, la misma cafetera de siempre goteando en la esquina, el mismo cartel plastificado en la pared con los doce pasos que Julián ya se sabía de memoria sin haberlo intentado. Se sentó donde se sentaba siempre, tercera silla desde la puerta, y durante los primeros veinte minutos escuchó sin decir nada, como llevaba haciendo las últimas semanas cuando todavía iba, dejando que las palabras de los demás llenaran el silencio que él no se atrevía a llenar.

Una mujer, Carmen, contó que llevaba ocho meses sobria y que la semana anterior había sido la primera vez que había ido a una boda sin beber, y que había bailado más que nunca en su vida porque, dijo, «no tenía que preocuparme de calcular cuántas copas llevaba». Todos se rieron, esa risa cómplice de quien reconoce algo propio en la historia de otro. El chico joven de la mirada baja no dijo nada, y nadie lo forzó a hacerlo; Ramón simplemente le puso una mano en el hombro al terminar, un gesto pequeño que Julián reconoció perfectamente, porque a él se lo habían hecho también, hacía tres años, en esa misma sala.

Fue Ramón quien, al final, miró a Julián directamente y dijo:

—Julián lleva tres semanas sin venir. A lo mejor tiene algo que contar.

No era una acusación. Era, si acaso, una puerta abierta, de esas que alguien sostiene sin insistir, dejando que seas tú quien decida cruzarla o no.

Julián se miró las manos un momento.

—La semana pasada estuve a punto de comprar una petaca —dijo, y la sala no se sobresaltó, porque en aquella sala ya habían oído frases parecidas cientos de veces, y sin embargo, para él, decirlo en voz alta fue como quitarse un peso que llevaba días cargando sin saber bien dónde ponerlo—. No lo hice. No sé muy bien por qué no lo hice, la verdad. Llovía, perdí el autobús, una mujer me prestó un paraguas sin conocerme de nada, y por algún motivo, cuando llegué a casa, ya no tenía tantas ganas.

—A veces es así de tonto —dijo Ramón—. A veces todo lo que hace falta es un motivo pequeño para no hacer la cosa grande.

Julián asintió, sin saber muy bien si estaba de acuerdo del todo, pero sintiendo, por primera vez en semanas, que el peso de la carta del abogado, del miedo a la mudanza, del miedo a no ser suficiente, ocupaba un poco menos de espacio del que ocupaba esa misma mañana.

Al final de la reunión, mientras recogían las sillas plegables, Ramón se acercó de nuevo.

—¿Sabes lo que más me ha costado entender en todos estos años? —dijo, apilando una silla sobre otra con la familiaridad de quien lleva haciéndolo décadas—. Que esto no va de llegar a un sitio y quedarse. Va de volver, una y otra vez, cada vez que uno se aleja. Tú te alejaste tres semanas. Has vuelto. Eso es lo único que cuenta hoy.

—¿Y si me vuelvo a alejar?

—Pues vuelves otra vez. Así hasta que se te olvide contar las veces.

Julián no supo qué responder a eso, así que solo asintió, y salió de la sala con esa ligereza rara que a veces sigue a decir una verdad incómoda en voz alta, la misma ligereza que recordaba de sus primeros meses de sobriedad y que llevaba tiempo sin sentir.

Caminó hacia casa por una calle distinta a la habitual, sin ninguna razón concreta, solo porque la noche ya no era una amenaza sino, simplemente, una noche.

. . .

Pasó junto a un portal con una hilera de buzones metálicos, la mayoría abollados, alguno con el nombre del vecino ya despegado y sujeto solo por una esquina de celo amarillento. Se detuvo sin saber muy bien por qué. Pensó en la señora del hospital, en el paraguas, en la frase que le había dicho a Mateo sin pensarla del todo: «supongo que porque podía».

Sacó del bolsillo la libreta pequeña que llevaba siempre encima, de esas que tienen los repartidores y los albañiles, con las esquinas dobladas y un lápiz metido en la espiral, y arrancó una hoja. Se quedó un momento con el lápiz en el aire, sin saber cómo empezar, hasta que dejó de pensar en las palabras exactas y escribió simplemente lo que él mismo habría necesitado leer unas semanas antes, sin firmar, sin pensarlo demasiado:

«No sé quién eres ni qué te ha traído hasta aquí, pero si hoy ha sido un día difícil, quiero que sepas que mañana puede no serlo. A veces solo hace falta aguantar un poco más de lo que uno cree poder aguantar. Alguien que no te conoce de nada.»

Releyó la nota una vez, dudó si tachar la última frase por parecerle demasiado sentimental para un desconocido, y decidió dejarla tal cual. Dobló la hoja en cuatro y se quedó de pie frente a la hilera de buzones, mirando los nombres desgastados, preguntándose cuál de aquellas casillas metálicas pertenecería a alguien que de verdad la necesitara, consciente de que no había manera de saberlo y de que, en el fondo, esa era precisamente la gracia del gesto: no elegir, no calcular, confiar en que cayera donde tuviera que caer.

Eligió, sin mirar demasiado el nombre, uno de los buzones con el cartel más desgastado, como si aquello significara que su dueño llevaba más tiempo necesitando algo así, deslizó la nota por la ranura, y se marchó sin esperar nada a cambio, exactamente igual que había hecho una desconocida con él, hacía apenas unos días, bajo un toldo, con un paraguas de tres euros que ya no le pertenecía a nadie en concreto.

No sabría nunca que aquel buzón pertenecía, en realidad, a un piso que llevaba meses vacío, el antiguo hogar de un hombre mayor que se había mudado a una residencia el invierno anterior, y que la

nota se quedaría allí, sin que nadie la recogiera, hasta que alguien — una repartidora que entregaba paquetes en aquel portal casi todas las semanas y que un día tendría motivos propios, muy distintos a los de Julián, para fijarse en un papel doblado que asomaba por la ranura— decidiera que una nota sin destinatario claro merecía, de todos modos, encontrar a alguien a quien pertenecer.

. . .

Llegó a casa antes de las diez. Antes de entrar al salón, le escribió un mensaje breve a Elena, algo que no hacía desde hacía tiempo sin que mediara algún asunto práctico de por medio: «He ido a la reunión. Todo bien. Gracias por no rendirte conmigo hace dos años». La respuesta llegó casi al momento, más corta todavía: «Me alegro, Julián. De verdad». No era gran cosa, dos frases entre dos personas que ya no compartían nada más que un hijo y un pasado complicado, pero a Julián, esa noche, le pareció suficiente.

Mateo ya dormía en el sofá del salón, vencido por una película de dibujos animados que llevaba puesta la mitad del tiempo sin que nadie la mirara, mientras Herminia recogía la cocina en silencio para no despertarlo. Julián lo cogió en brazos con ese cuidado excesivo y torpe de los padres que todavía no se creen del todo el peso de sus propios hijos, y lo llevó a la cama sin despertarlo del todo.

—Papá —murmuró Mateo, medio dormido—. ¿Fuiste a la reunión?

—Fui.

—¿Y qué tal?

Julián lo arropó, apagó la luz, y se quedó un momento en la puerta, mirando la silueta pequeña de su hijo respirando tranquilo bajo la manta.

—Bien —dijo, y por primera vez en semanas, era del todo verdad—. Bastante bien.

Cerró la puerta despacio y se fue a la cocina a beber un vaso de agua que, esta vez, sí tenía sed de tomar.

No podía saber que la nota que acababa de dejar en un buzón equivocado tardaría casi dos semanas en encontrar a su destinatario real, ni que ese destinatario no sería un desconocido cualquiera sino un hombre mucho mayor que él, sentado la mayoría de las tardes en

un banco de una plaza, esperando una compañía que casi nunca llegaba. No podía saber tampoco que aquel gesto —tan pequeño, tan parecido al que una desconocida había tenido con él bajo un toldo— seguiría moviéndose de mano en mano mucho después de que él lo hubiera olvidado, de la misma manera en que un río sigue corriendo mucho después de que la lluvia que lo alimentó haya dejado de caer.

Solo sabía, esa noche, que había vuelto a la sala de las sillas plegables, que le había dicho a su hijo la verdad sin que le temblara la voz, y que en algún buzón de la ciudad, sin firma y sin remitente, había dejado escrito lo único que él mismo había necesitado escuchar durante tres semanas: que aguantar un poco más, casi siempre, es la mitad del camino.

## LA NOTA EN EL BUZÓN

Sole llevaba cuarenta y una entregas ese día cuando paró la bici eléctrica frente al portal de la calle Recoletos número 12, un edificio de fachada gris con una hilera de buzones metálicos junto a la puerta, la mayoría abollados, y comprobó en la pantalla del móvil que le tocaba subir al tercero con un paquete que pesaba más de lo que la aplicación había anunciado.

Tenía diecinueve años y llevaba ocho meses repartiendo para una empresa que la trataba, en sus propias palabras, «como si fuera una API y no una persona»: la aplicación le asignaba rutas sin preguntar si tenía hambre, sin preguntar si llovía, sin preguntar nada salvo cuántos minutos tardaba entre un punto y otro, y penalizaba cada minuto de más con una fracción de estrella que a Sole, en los días malos, le parecía la medida exacta de cuánto valía su cansancio para el mundo.

Aquel jueves era, sin lugar a dudas, un día malo. Llevaba desde las once de la mañana en la calle, había pinchado una rueda a mediodía y había tenido que pagarse ella misma el arreglo, y el sol de la tarde, que en otra vida habría agradecido, solo servía para recordarle que llevaba la camiseta pegada a la espalda desde hacía tres horas. Además, esa mañana había recibido un mensaje de la aplicación avisando de que su valoración media había bajado a 4,7, por culpa, según el mensaje automático, de «una incidencia reciente», sin especificar cuál, y Sole se había pasado media hora repasando mentalmente sus últimas entregas intentando averiguar qué había hecho mal, sin llegar a ninguna conclusión, solo a la sensación conocida de estar siendo juzgada por un algoritmo que nunca explicaba sus razones.

Llevaba el móvil sujeto al manillar con una funda de silicona ya agrietada por el sol, y cada pocos minutos vibraba con una notificación nueva: siguiente entrega, valoración del cliente, un

mensaje del grupo de WhatsApp de repartidores donde alguien preguntaba si a todos les había bajado la tarifa por kilómetro esa semana. Sole no contestaba casi nunca a ese grupo. Leía, comparaba, y seguía pedaleando.

. . .

Vivía con su madre en un piso de dos habitaciones a las afueras, desde que su padre se había ido, hacía cuatro años, a «buscarse la vida» en un sitio que nunca especificó del todo y del que solo llegaban, de tarde en tarde, mensajes cortos preguntando cómo estaban, sin nunca preguntar si necesitaban algo. Su madre trabajaba limpiando oficinas de madrugada, y Sole se había apuntado a repartir en cuanto cumplió los dieciocho, primero para «ayudar un poco», después porque el «un poco» se había convertido, sin que nadie lo planeara del todo, en la mitad del alquiler.

Había dejado el instituto en segundo de bachillerato, no porque no le fuera bien —le iba, de hecho, sorprendentemente bien, sobre todo en las asignaturas de ciencias— sino porque las cuentas de casa no daban para que ella estudiara y trabajara a la vez con la dedicación que ambas cosas merecían, y entre las dos, había elegido la que traía dinero de manera inmediata. Se había prometido a sí misma que retomaría los estudios más adelante, que se sacaría el título por la vía de adultos, que aquello era temporal. Llevaba diciéndose lo mismo desde hacía año y medio, y una parte de ella, la parte más honesta y menos amable, empezaba a sospechar que «temporal» era una palabra que la gente usaba para no tener que admitir que algo se había vuelto permanente sin que nadie lo decidiera del todo.

Se había apuntado, hacía tres meses, a un curso nocturno para preparar la prueba de acceso a ciclos de grado superior de enfermería, dos noches por semana, después de diez o doce horas de reparto. Las primeras semanas había ido con una disciplina casi feroz, apuntando fórmulas y esquemas en un cuaderno que llevaba siempre en la mochila, robando minutos de descanso entre entrega

y entrega para repasar. Últimamente, faltaba más de lo que le gustaría admitir.

No era solo el cansancio, aunque el cansancio era real y se le metía en los huesos de una manera que ni un fin de semana entero de sueño conseguía sacar del todo. Era, más bien, una sensación que le costaba nombrar: la de estar corriendo en una cinta que se movía un poco más rápido que sus piernas, de manera que por más que se esforzara, la distancia entre donde estaba y donde quería estar no terminaba de acortarse. Su madre, cuando volvía de madrugada del turno de limpieza, a veces se sentaba un rato con ella en la cocina, sin decir mucho, y esos silencios compartidos eran, para Sole, más reconfortantes que cualquier consejo que su madre pudiera haberle dado sobre cómo aguantar. Su madre sabía aguantar. Lo llevaba haciendo desde que Sole tenía memoria. Pero saber aguantar y saber explicar cómo se hace no eran, había aprendido Sole, la misma cosa.

. . .

Subió los tres pisos a pie porque el ascensor llevaba «Averiado» colgado de un cartel escrito a mano desde antes de que ella empezara a repartir por esa zona, dejó el paquete a un hombre que ni siquiera levantó la vista del móvil para darle las gracias, y bajó de nuevo resoplando, calculando mentalmente cuántas entregas más necesitaba para llegar al objetivo del día. Aquel hombre del tercero era, más o menos, representativo de la mayoría de sus clientes: gente ocupada, apurada, que la trataba con la misma atención que le prestaría a una máquina expendedora, sin maldad, simplemente sin verla del todo, como si el uniforme de la empresa borrara, de alguna manera, a la persona que había debajo.

No lo culpaba, exactamente. Ella misma, antes de empezar a repartir, probablemente había hecho lo mismo con más de un repartidor, sin darse cuenta. Pero ocho meses de ser la persona invisible del otro lado de la puerta le habían enseñado algo que no esperaba aprender: cuánto pesaba, acumulado día tras día, no ser vista.

Fue entonces, en el vestíbulo, cuando se fijó en la hilera de buzones. Lo hacía casi todos los días, sin darle importancia, un vistazo automático de quien pasa cientos de veces por el mismo sitio, pero aquel jueves algo le llamó la atención: un papel doblado en cuatro asomaba por la ranura de uno de los buzones, el del 2ºB, con las esquinas ya un poco curvadas, como si llevara ahí más tiempo del que un papel debería estar esperando a que alguien lo recogiera.

No le dio más importancia esa vez. Salió del portal, siguió con la ruta, y encadenó cuatro entregas más antes de que se le ocurriera —de esas ideas que aparecen sin avisar, mientras la cabeza está en otra cosa— que llevaba viendo aquel mismo papel en el mismo buzón desde hacía, por lo menos, una semana.

. . .

En un semáforo, mientras esperaba a que cambiara para poder cruzar la avenida, se cruzó con Yasmina, otra repartidora a la que conocía de vista y de algún café rápido compartido entre entregas, cuando las rutas coincidían.

—¿Qué tal el día? —le preguntó Yasmina, ajustándose la mochila térmica.

—De estos que no se acaban nunca. ¿Y tú?

—Igual. Me han bajado la valoración por un pedido que llegó frío, y no fue culpa mía, el restaurante tardó media hora en tenerlo listo. —Yasmina puso los ojos en blanco—. Un día de estos dejo esto.

—¿Y qué harías?

—No lo sé. Algo que no dependa de que un algoritmo decida si he sido buena persona ese día. —Se rió, sin mucha alegría en la risa—. Tú sigues con lo de la prueba de acceso, ¿no?

—Voy tirando.

—Yo lo dejé a las tres semanas. No me dio para más. —Yasmina se encogió de hombros, sin ningún rencor aparente, solo con el cansancio tranquilo de quien ha hecho las cuentas y ha decidido no torturarse por ello—. A ti te veo con más aguante que a mí.

El semáforo cambió, y cada una siguió su ruta en direcciones distintas. Sole pedaleó un rato pensando en la palabra que había

usado Yasmina —aguante— sin saber todavía que esa misma palabra, escrita con otra letra y para otra persona, la estaba esperando doblada en cuatro dentro de un buzón.

. . .

Volvió a fijarse el lunes siguiente, cuando otra entrega la llevó de nuevo al portal de Recoletos 12. El papel seguía allí, un poco más curvado, un poco más gris de polvo. Sole se quedó un momento mirándolo, con esa mezcla de curiosidad y mala conciencia de quien sabe que no debería tocar el correo ajeno, y sin embargo se acercó, tiró suavemente del papel, y lo sacó de la ranura.

No llevaba nombre por fuera. Lo desdobló, casi esperando encontrar una factura o una publicidad cualquiera, y en cambio encontró una letra desconocida, apretada, de las que escriben las personas que no escriben a menudo a mano:

«No sé quién eres ni qué te ha traído hasta aquí, pero si hoy ha sido un día difícil, quiero que sepas que mañana puede no serlo. A veces solo hace falta aguantar un poco más de lo que uno cree poder aguantar. Alguien que no te conoce de nada.»

Sole se quedó de pie en el vestíbulo, releyendo la nota dos veces, sintiendo algo parecido a lo que sentiría si hubiera encontrado, por accidente, una carta de amor ajena: la sensación incómoda de estar viendo algo que no era para sus ojos, mezclada con una ternura que no esperaba sentir por un papel doblado en cuatro.

Preguntó, casi por rutina, en la portería, si el vecino del 2ºB seguía viviendo allí. La portera, una mujer de mediana edad que llevaba el edificio desde antes de que naciera Sole, negó con la cabeza sin levantar apenas los ojos del crucigrama.

—Ese piso está vacío desde el invierno. Don Aurelio se fue a una residencia, el pobre. Se lo llevó la hija, aunque él no quería.

—¿Y el buzón?

—Nadie lo vacía. Debería quitarlo el administrador, pero ya sabes cómo son estas cosas.

. . .

Sole salió de nuevo a la calle con la nota guardada en el bolsillo del chaleco de reparto, entre el móvil y la botella de agua, sin saber muy bien qué hacer con ella. Podría haberla tirado. Habría sido lo más razonable: un papel sin destinatario, en un buzón vacío, de un edificio en el que ella solo entraba y salía por trabajo. No era asunto suyo.

Pero pensó en la frase —«aguantar un poco más de lo que uno cree poder aguantar»— y pensó, sin poder evitarlo, en las dos noches que había faltado al curso esa misma semana, en la cuenta del banco que llevaba mirando con más ansiedad de la normal, en la sensación, cada vez más frecuente, de que quizás lo más sensato sería dejar de fingir que algún día terminaría la prueba de acceso y aceptar que repartir paquetes era, sencillamente, lo que le había tocado.

Y entonces pensó en Don Aurelio.

No lo conocía —nunca había coincidido con él, ni siquiera sabía qué aspecto tenía— pero sabía, por las rutas que hacía casi todos los días, quién ocupaba el banco de la plaza de las Acacias todas las tardes, un hombre mayor, siempre solo, siempre con la misma chaqueta de pana, mirando a la gente pasar con una expresión que Sole había aprendido a reconocer sin necesidad de que nadie se la explicara: la expresión de quien espera compañía que casi nunca llega. Había pasado por delante de aquel banco cientos de veces, y en alguna ocasión, cuando el tráfico de entregas se lo permitía, le había dicho «buenas tardes» sin pararse del todo, y él siempre respondía con una sorpresa genuina, como si aquel saludo fugaz fuera más de lo que esperaba recibir ese día.

No sabía si el hombre del banco era el mismo Don Aurelio del piso vacío. Probablemente no había manera de saberlo con certeza. Pero la coincidencia —un hombre mayor sin nadie, una nota sin nadie a quien pertenecer— le pareció, esa tarde, suficientemente parecida como para no ignorarla.

. . .

Encontró al hombre del banco esa misma tarde, hacia las siete, cuando la luz empezaba a inclinarse y las sombras de los plátanos

de la plaza se alargaban sobre la grava. Llevaba, en efecto, la misma chaqueta de pana que Sole recordaba, un poco gruesa para la temperatura, como si el frío le llegara antes que a los demás.

—Buenas tardes —dijo Sole, bajándose de la bici y dejándola apoyada contra el respaldo del banco de al lado—. Perdona que le moleste. ¿Es usted Don Aurelio?

El hombre la miró con una sorpresa que tardó un segundo en convertirse en cautela, la cautela razonable de alguien mayor al que se dirige una desconocida en una plaza.

—Lo era. Ahora ya no sé muy bien qué soy, para los papeles. ¿Por qué lo pregunta?

Sole dudó, sin saber cómo explicar algo que ni ella misma terminaba de entender del todo.

—Vivía usted en Recoletos 12, ¿verdad? Antes de la residencia.

—Cuarenta y seis años viví allí. —Algo en su voz se ablandó, o se entristeció, o las dos cosas a la vez—. ¿Cómo sabe usted eso?

—Reparto paquetes por esa zona. Encontré esto en su buzón. —Sole sacó la nota del bolsillo y se la tendió, un poco insegura de repente, preguntándose si aquello no sería una tontería, una intromisión, un gesto raro de una desconocida hacia un anciano que no había pedido nada—. No sé de quién es. No tiene nombre. Pero llevaba ahí más de una semana, y me pareció que alguien debería leerla antes de que se quedara ahí para siempre.

Don Aurelio cogió la nota con una mano que temblaba ligeramente, no de miedo sino de la edad, y se puso unas gafas que llevaba colgadas del cuello con un cordón. Leyó despacio, moviendo los labios sin sonido, como hacen algunas personas mayores cuando leen algo que les importa.

Cuando terminó, se quedó un momento en silencio, mirando el papel como si esperara que dijera algo más.

—«Alguien que no te conoce de nada» —repitió, en voz baja, casi para sí mismo—. Qué cosa más rara y más bonita, que alguien se moleste en escribir esto para nadie en concreto.

—Yo pensé lo mismo.

—¿Y usted decidió que era para mí?

Sole se encogió de hombros, con una sonrisa un poco avergonzada.

—No lo sé, la verdad. Pensé en usted. No sé por qué, exactamente. Le veo aquí casi todas las tardes, y siempre pensé que... —se interrumpió, sin saber cómo terminar la frase sin sonar condescendiente.

—Que estoy solo —terminó él, sin ningún rencor, con la naturalidad de quien ya ha dejado de fingir lo contrario—. Lo estoy. Mi hija viene los domingos, cuando puede. Los demás días, esto —señaló el banco, la plaza, el aire mismo— es la compañía que hay.

. . .

Se quedaron hablando más de lo que Sole había planeado, sentados los dos en el banco, ella con la bici apoyada al lado y el móvil vibrando con notificaciones de nuevas entregas que, por primera vez en meses, decidió ignorar durante un rato. Don Aurelio le contó, sin que ella preguntara mucho, que había sido electricista toda la vida, que había enviudado hacía seis años, que la residencia no estaba mal —«tienen buena comida, eso hay que decirlo»— pero que echaba de menos su propio ruido, sus propias cosas, la sensación de que un espacio era suyo y no de una institución con horarios de visita.

—¿Y usted qué reparte, a estas horas? —le preguntó él, con esa curiosidad genuina de quien lleva mucho tiempo sin que nadie le pregunte por su propia vida y ha olvidado, un poco, cómo devolver la pregunta.

—De todo. Comida, paquetes, alguna vez medicinas urgentes. Voy a mi aire.

—¿Y le gusta?

Sole pensó la respuesta más de lo que había pensado ninguna respuesta en semanas.

—No especialmente. Pero paga las facturas.

—Eso también tiene su mérito, ¿sabe? —dijo Don Aurelio, con una seriedad que sorprendió a Sole—. Yo pasé cuarenta años haciendo un trabajo que no siempre me gustaba, por las mismas razones. Hay quien tiene la suerte de que le paguen por lo que ama. Los demás

simplemente hacemos lo que hay que hacer, y buscamos el cariño en otro sitio.

—¿Y dónde lo buscaba usted?

—En mi mujer. En mi hija, cuando era pequeña. —Se quedó un momento callado, mirando hacia los plátanos de la plaza—. Ahora lo busco en bancos de plaza, ya ve, y en desconocidas que aparecen con notas que no son tuyas.

Sole sonrió, un poco conmovida, sin saber muy bien qué responder a eso.

—¿Y qué querría hacer, si no tuviera que pensar en las facturas?

La pregunta la pilló desprevenida, no porque nunca se la hubiera hecho ella misma, sino porque hacía mucho que nadie se la hacía en voz alta, esperando de verdad una respuesta.

—Enfermería —dijo, casi sin pensarlo—. Estoy preparando la prueba de acceso. O lo estaba. Últimamente faltó más de lo que debería.

—¿Por qué falta?

—Porque después de repartir doce horas, lo último que me apetece es sentarme a estudiar biología. Y porque a veces pienso que da igual el esfuerzo, que las cosas no van a cambiar de todas formas.

Don Aurelio asintió, despacio, con la parsimonia de quien ha vivido lo suficiente para reconocer ese pensamiento sin necesidad de que se lo expliquen más.

—Yo empecé de aprendiz de electricista a los catorce años —dijo—. Barriendo virutas de cobre del suelo, la mayoría de los días, sin tocar un cable siquiera. Tardé cuatro años en que me dejaran hacer algo que no fuera barrer. Si hubiera pensado entonces que aquello no iba a ningún sitio, no habría llegado a los treinta años trabajando en lo mío, que era lo único que de verdad quería hacer.

—¿Y cómo aguantó?

—No lo sé, la verdad. —Sonrió, con una sonrisa que le arrugó toda la cara de una manera que a Sole le pareció, de repente, muy hermosa—. Supongo que aguantando un poco más de lo que creía poder aguantar.

Ninguno de los dos dijo nada durante un momento. La frase se quedó flotando entre ellos, casi idéntica a la que Sole llevaba en el

bolsillo, escrita por una mano que ninguno de los dos conocería jamás.

. . .

Se despidieron cuando ya casi no quedaba luz, con la promesa — esta vez ambos con intención real de cumplirla— de que Sole pasaría por la plaza siempre que su ruta se lo permitiera, aunque solo fuera para decir «buenas tardes» sin prisa, unos minutos, en lugar del saludo fugaz de siempre.

—Una cosa más —dijo Don Aurelio, cuando Sole ya se disponía a montar en la bici—. ¿Cómo se llama usted? No se lo he preguntado antes, qué falta de educación la mía.

—Sole. Bueno, Soledad, en realidad, pero nadie me llama así desde que me bautizaron.

Don Aurelio se rió, una risa breve pero sincera.

—Soledad. Vaya nombre más irónico, para la persona que se ha sentado a hacerle compañía a un viejo desconocido un jueves cualquiera.

—Supongo que sí. —Sole se encogió de hombros, sonriendo también—. Mi madre dice que me lo puso por mi abuela, no por ninguna intención especial. Pero ahora que lo dice, tiene gracia.

—Vuelva cuando pueda, Soledad. Aunque solo sea un minuto.

—Volveré.

De camino a casa, con la última entrega del día ya completada y la ciudad encendiéndose poco a poco a su alrededor, Sole sacó el móvil y buscó, por primera vez en tres semanas, el calendario del curso nocturno. La siguiente clase era el miércoles. Se prometió, sin decírselo a nadie todavía, exactamente igual que había hecho Julián unos días antes sin que ninguno de los dos lo supiera nunca, que iría.

No sabía que la nota que llevaba en el bolsillo —ya devuelta a Don Aurelio, quien la guardaría, doblada, en el cajón de su mesilla en la residencia, para releerla en las tardes más difíciles— llevaba también, sin que nadie se lo hubiera propuesto, un pedazo de la historia de un hombre al que ella nunca conocería, que una noche

de lluvia había estado a punto de rendirse por completo y no lo había hecho gracias a un paraguas prestado por una desconocida.

Tampoco sabía que su propia decisión de esa noche —volver al curso, aguantar un poco más— acabaría teniendo, meses más tarde, consecuencias que ella todavía no podía imaginar: que aquel miércoles al que decidió no faltar sería el primero de una racha de asistencia perfecta que la llevaría, casi un año después, a presentarse por fin a la prueba de acceso; que Don Aurelio, con el tiempo, se convertiría en algo parecido a un abuelo prestado, alguien a quien visitar los domingos que su madre libraba, alguien que le preguntaría por sus exámenes con más interés genuino del que había mostrado nadie en mucho tiempo. Las cadenas de favores, había aprendido sin saberlo esa tarde, no avisan de antemano de hasta dónde van a llegar. Simplemente se ponen en marcha, un eslabón después de otro, y a veces hace falta que pase mucho tiempo para que alguien, mirando hacia atrás, pueda ver la cadena entera.

Pedaleó hasta casa con las piernas cansadas y la cabeza, por primera vez en semanas, un poco más ligera. Esa noche, antes de dormir, sacó el cuaderno de fórmulas de la mochila y repasó, sin que nadie se lo pidiera, un tema entero que llevaba dos semanas postergando. No terminó de entenderlo del todo. Pero lo intentó, que últimamente ya era, en sí mismo, una victoria pequeña.

## EL BANCO DE LA PLAZA

Don Aurelio había aprendido, en los seis meses que llevaba en la residencia Los Robles, que había dos maneras de medir el tiempo: la de dentro, marcada por los horarios de las comidas, la gimnasia suave de las once y la hora del bingo los martes, y la de fuera, la de siempre, la que se medía por la luz cambiando sobre los plátanos de la plaza de las Acacias. Prefería con mucho la segunda, y por eso, cada tarde después de la siesta obligatoria —obligatoria no por reglamento, sino por la fuerza de la costumbre que le pesaba en los párpados a esa hora, le gustara o no—, cogía el bastón que todavía no necesitaba del todo pero que la hija insistía en que llevara, y caminaba las tres manzanas que separaban la residencia de su banco.

Porque ya era suyo, aquel banco. Nadie se lo había asignado, nadie había puesto una placa, pero llevaba yendo tantas tardes que los otros vecinos del barrio —los que paseaban perros, los que llevaban niños a la fuente, los que simplemente cruzaban la plaza de camino a algún sitio— habían empezado a saludarlo con la misma naturalidad con la que se saluda a un árbol que siempre ha estado ahí.

En la residencia, algunos compañeros lo consideraban un poco raro por insistir en salir todas las tardes, lloviera o no, cuando dentro había una sala común con televisión, un patio con sombra, y actividades organizadas por las educadoras que a Aurelio, en confianza, le parecían pensadas más para llenar horas que para llenar vidas. Ramírez, un vecino de habitación con quien compartía alguna partida de dominó, se lo decía con frecuencia, medio en broma medio en serio: «Te vas a resfriar un día de estos, yendo a ese banco como si fuera una cita importante». Aurelio nunca sabía explicarle bien por qué necesitaba ir. Solo sabía que los días que la lluvia se lo impedía, algo en su ánimo se torcía de una manera que

no lograba corregir con nada de lo que ofrecía la residencia por dentro.

. . .

La residencia no estaba mal. Aurelio se lo repetía a sí mismo con la misma frecuencia con la que se lo repetía a Cristina, su hija, los domingos que venía a verlo, como si necesitara convencer a los dos a la vez. La comida era mejor de lo que había esperado, la habitación tenía luz por la tarde, y las auxiliares —sobre todo una, Nieves, que le recordaba vagamente a una prima lejana que había tenido de joven— eran amables de una manera que no sonaba impostada. Pero no era su casa. Nunca sería su casa, por mucho que Cristina, con la mejor intención del mundo, insistiera en llamarla así: «tu casa nueva», decía, y a Aurelio cada vez le costaba un poco más no corregirla.

Su casa había sido el piso de Recoletos 12, tercer piso, el mismo donde había llevado a Pilar recién casados, hacía cuarenta y seis años, y donde la había cuidado los últimos dos, cuando la enfermedad ya no le dejaba subir sola las escaleras y el ascensor, que llevaba averiado más tiempo del que funcionaba, se había convertido en una broma cruel del edificio entero. Pilar llevaba seis años muerta. Aurelio calculaba a veces, sin poder evitarlo, cuánto tiempo llevaba solo en comparación con cuánto tiempo habían estado juntos, como si aquella resta pudiera darle alguna respuesta útil. Cuarenta y seis años juntos. Seis solo. La cuenta, hasta ahora, seguía saliendo a su favor, aunque cada año que pasaba el margen se estrechaba un poco más.

Pilar había sido maestra de primaria durante treinta y cinco años, en un colegio del barrio que ya ni siquiera existía con ese nombre, y tenía una paciencia con los gestos pequeños que Aurelio admiraba sin conseguir replicarla del todo. Ella habría sabido, por ejemplo, qué decir exactamente cuando un vecino les hacía un favor sin que se lo pidieran, cómo agradecer sin sonar excesivo ni escueto. Aurelio, más de adentro, más callado, había aprendido con los años a demostrar el cariño con hechos —un enchufe arreglado, una gotera reparada— antes que con palabras, y ahora, viudo, se encontraba a menudo

echando de menos precisamente esas palabras que nunca había aprendido a decir con la misma soltura que ella.

. . .

Había sido electricista toda su vida laboral, desde los catorce años, cuando entró de aprendiz en un taller del barrio de Lavapiés barriendo virutas de cobre del suelo sin que le dejaran tocar un cable siquiera, hasta los sesenta y dos, cuando se jubiló con las manos ya temblando lo justo para que la empresa, con mucho tacto, le sugiriera que quizás era momento de descansar. Le había gustado su trabajo, de una manera que pocas veces se molestaba en explicar porque le parecía que sonaría raro dicho en voz alta: le gustaba entender cómo funcionaban las cosas por dentro, los cables escondidos detrás de las paredes, la lógica invisible que hacía que una casa entera se iluminara con solo apretar un interruptor. Cristina, de pequeña, lo llamaba «el mago de la luz», y Aurelio todavía sonreía al recordarlo, aunque hacía mucho que su hija había dejado de llamarlo así.

Cristina tenía ahora cuarenta y ocho años, dos hijos ya adolescentes, un trabajo de administrativa que la mantenía ocupada de lunes a viernes, y una culpa que llevaba encima desde que había convencido a su padre de mudarse a la residencia, una culpa que Aurelio percibía cada domingo en la manera en que ella evitaba mirarlo a los ojos cuando le preguntaba si estaba bien. Había sido decisión de los dos, en realidad —después de que Aurelio se cayera en el baño una madrugada y pasara cuatro horas en el suelo hasta que un vecino, extrañado de no verlo bajar a comprar el pan, llamara a la puerta— pero Cristina cargaba con el peso como si hubiera sido solo suya, y Aurelio no sabía cómo quitárselo de encima sin que sonara a reproche.

Recordaba aquella madrugada con una claridad que hubiera preferido no tener: el suelo frío del baño contra la mejilla, el reloj de pared que veía desde ese ángulo extraño marcando las horas sin que él pudiera hacer nada por levantarse, la vergüenza —más que el dolor de la cadera, que también estaba ahí— de imaginarse a sí mismo encontrado así por cualquiera. Cuando por fin llegó la

ambulancia, Aurelio ya había decidido, en su cabeza, que aquello no podía volver a pasar, aunque tardó semanas en encontrar el valor de decírselo a Cristina en voz alta. Ella lloró al oírlo, no de tristeza exactamente, sino de ese alivio culpable de quien lleva tiempo pensando lo mismo sin atreverse a proponerlo.

—¿Estás bien aquí, papá? —le preguntaba cada domingo, sin falta, con esa mezcla de esperanza y miedo de quien de verdad quiere oír que sí pero también sospecha que no.

—Estoy bien, hija. No te preocupes.

Nunca era del todo mentira. Tampoco era del todo verdad.

. . .

Aquel martes, antes de salir hacia la plaza, Nieves lo encontró en el pasillo abrochándose la chaqueta con esa lentitud de manos que ya no obedecían del todo.

—¿Otra vez al banco, Don Aurelio? Va a terminar echando raíces ahí.

—Es lo único que me da ganas de levantarme de la siesta, Nieves. No me lo quite.

—No se me ocurriría. —Ella le ayudó con el último botón, un gesto pequeño que hacía casi sin darse cuenta, con la misma naturalidad con la que ayudaría a cualquiera de los residentes, aunque a Aurelio, en el fondo, le gustaba pensar que había algo un poco especial en cómo se lo ofrecía a él—. ¿Le traigo algo cuando vuelva? ¿Un té, como el otro día?

—Con que me guarde un trozo de ese bizcocho que hacen los jueves, me conformo.

—Se lo guardo. Vaya con cuidado, que dicen que va a refrescar.

Aurelio cogió el bastón y salió a la calle con la misma sensación de alivio que sentía cada tarde al cruzar la puerta, como quien se quita un abrigo que no le queda mal pero que tampoco es del todo suyo.

. . .

Aquella tarde de martes, la plaza tenía ese ambiente particular de las tardes de finales de septiembre, cuando el calor del verano ya empieza a ceder pero todavía no hace frío suficiente para llevar

chaqueta, aunque Aurelio la llevara de todas formas, porque el frío, según él mismo bromeaba con Nieves, le llegaba antes que a los demás desde que había cumplido los setenta.

Se sentó en su banco de siempre, dejó el bastón apoyado contra el respaldo, y sacó del bolsillo la nota doblada que llevaba consigo desde hacía semanas, la que le había traído aquella repartidora joven, Soledad, una tarde que Aurelio ya guardaba entre sus recuerdos favoritos de los últimos meses. La releía de vez en cuando, no porque hubiera olvidado lo que decía —se la sabía de memoria— sino porque el gesto de desdoblarla, de ver otra vez aquella letra apretada y ajena, le devolvía algo parecido a la sensación de aquella tarde: la sorpresa de que alguien, sin conocerlo de nada, se hubiera tomado la molestia.

Sole había vuelto dos veces desde entonces, ambas de camino a alguna entrega, deteniéndose apenas diez minutos para sentarse a su lado y contarle cómo iba el curso nocturno —bien, decía, mejor de lo que esperaba, aunque el cansancio seguía siendo el mismo cansancio de siempre—. Aurelio esperaba esos encuentros con una ilusión que no se atrevía a confesarle a Cristina, no porque le diera vergüenza, sino porque temía que su hija lo malinterpretara como una señal de que necesitaba más compañía de la que ya le daba, y Aurelio no quería que Cristina cargara con una culpa más.

. . .

Fue entonces cuando la vio: una niña de siete u ocho años, con dos coletas torcidas que alguien —su madre, probablemente, con prisa— le había hecho esa misma mañana, corriendo detrás de una paloma con una determinación que solo tienen los niños de esa edad, convencidos de que esta vez sí van a atraparla. La madre estaba sentada dos bancos más allá, con el móvil en una mano y una bolsa de la compra a los pies, la mirada perdida en la pantalla con esa expresión de cansancio que Aurelio reconocía bien, la misma que había visto en Cristina tantas veces, la de alguien que está físicamente en un sitio y mentalmente resolviendo tres problemas distintos al mismo tiempo.

La niña se llamaba Ana. Aurelio lo sabía porque la madre la llamaba así, sin levantar apenas la vista del móvil, cada vez que se alejaba demasiado: «Ana, no tan lejos», con una voz que sonaba más a costumbre que a preocupación real.

Llevaban yendo a la plaza, madre e hija, casi todas las tardes desde hacía un par de semanas, y Aurelio, que tenía todo el tiempo del mundo para fijarse en los detalles que a los demás se les escapaban, había notado que la madre casi nunca jugaba con la niña. No por desamor, sospechaba Aurelio, sino por ese agotamiento particular que no deja espacio para nada más, el mismo que había visto en Cristina en los años en que criaba sola a sus dos hijos mientras su marido viajaba por trabajo casi todas las semanas.

Ana, en cambio, tenía esa energía inagotable de los niños que todavía no han aprendido a estar cansados de verdad, y aquella tarde, después de rendirse en su persecución de la paloma, se acercó al banco de Aurelio con la misma naturalidad con la que se acercaría a cualquier otro elemento del paisaje, sin la cautela que los adultos aprenden con los años.

—¿Por qué estás siempre solo? —le preguntó, sin ningún tacto, con esa honestidad brutal que solo tienen los niños antes de que alguien les enseñe a suavizar las preguntas incómodas.

Aurelio no se ofendió. Al contrario, le pareció una pregunta más sincera que la mayoría de las que le hacían los adultos.

—Porque mis amigos de mi edad ya no salen mucho a la calle —dijo—. Y porque me gusta ver pasar a la gente.

—¿Y no se aburre?

—A veces. Pero el aburrimiento no es tan malo como la gente cree. Da tiempo para pensar cosas.

Ana lo miró con una seriedad desproporcionada para su tamaño, como si estuviera evaluando la respuesta con un criterio muy exigente, y luego, sin decir nada más, se sentó en el otro extremo del banco, sacó de la mochila que llevaba colgada un cuaderno pequeño de dibujo y unos rotuladores, y se puso a dibujar con la misma concentración feroz con la que antes había perseguido a la paloma.

Se quedó así un buen rato, en silencio, mientras Aurelio la observaba de reojo sin querer interrumpir, preguntándose qué estaría dibujando con tanta dedicación. Le recordaba, sin poder evitarlo, a Cristina de pequeña, que también se pasaba tardes enteras concentrada en sus dibujos mientras Pilar corregía exámenes en la mesa de al lado y él llegaba de trabajar oliendo a soldadura y a cable pelado. Había algo reconfortante en ver esa misma concentración feroz en una niña que no conocía de nada, como si ciertas cosas —la manera en que los niños se entregan por completo a lo que están haciendo, sin la distracción constante que acompaña a los adultos— no cambiaran demasiado de una generación a otra.

La madre, dos bancos más allá, seguía con el móvil, ajena a la escena, hasta que un mensaje —Aurelio no pudo evitar notarlo, aunque no era su intención fisgar— pareció alterarla de una manera visible: se llevó una mano a la frente, respiró hondo, y guardó el teléfono en el bolso con un gesto brusco, casi de rabia contenida.

—Ana, nos vamos ya —dijo, levantándose, con una voz que intentaba sonar normal y no lo conseguía del todo.

—Un momento, mamá, que no he terminado.

—Ana.

—¡Ya voy!

La niña arrancó la hoja del cuaderno con cuidado, dobló las esquinas para que no se estropeará, y se acercó al banco de Aurelio antes de que su madre pudiera insistir de nuevo.

—Toma —dijo, tendiéndole el papel—. Es para ti. Para que no te aburras tanto.

Aurelio cogió el dibujo con las dos manos, con el mismo cuidado excesivo con el que había cogido, meses atrás, la nota de Sole. Era un dibujo sencillo, de esos que hacen los niños de ocho años sin preocuparse demasiado por la perspectiva ni la proporción: un sol enorme en una esquina, unas cuantas nubes con forma de algodón, un banco —su banco, comprendió Aurelio con una emoción que no esperaba sentir por un garabato— y, sentado en él, un hombrecito con el pelo blanco y una sonrisa que ocupaba media cara.

—Eres tú —explicó Ana, por si no había quedado claro—. Te he puesto sonriendo, aunque tú casi nunca sonríes. Pero en el dibujo sí, porque en los dibujos se puede.

—Ana, vámonos, por favor —insistió la madre, ya junto a ellos, con una impaciencia que a Aurelio le pareció, más que enfado, puro agotamiento acumulado.

—Ya voy, mamá, pesada.

—Ana.

—Adiós, señor. Vuelve a sonreír así, aunque sea de verdad alguna vez.

Y se fue corriendo hacia su madre, dejando a Aurelio con el papel en las manos y una sensación en el pecho que tardó un momento en identificar como algo parecido a las ganas de llorar, aunque no de tristeza exactamente, sino de esa clase de emoción que llega cuando algo te recuerda, sin avisar, que todavía eres capaz de sentir cosas así.

. . .

La madre —Aurelio nunca llegaría a saber su nombre, aunque la volvería a ver algunas tardes más, siempre con la misma prisa contenida, siempre con el móvil en la mano— pasó por su lado camino a la salida de la plaza, tirando de Ana con suavidad, y le dedicó a Aurelio una sonrisa breve, casi de disculpa, del tipo que dedican los padres cansados cuando sus hijos hacen algo que no habían anticipado.

—Perdone si le ha molestado —dijo, sin detenerse del todo.

—Al contrario —respondió Aurelio, y quiso decir algo más, algo sobre lo mucho que había significado el gesto, sobre cómo un dibujo de una niña de ocho años acababa de conseguir lo que ninguna terapia ni ninguna visita dominical había logrado del todo en seis meses, pero las palabras no le salieron a tiempo, y la mujer ya se alejaba, tirando de la mano de su hija, con la cabeza ya de vuelta en la pantalla del móvil y en lo que fuera que la había alterado minutos antes.

Aurelio se quedó un buen rato más en el banco, mucho después de su hora habitual de volver, mirando el dibujo bajo la luz cada vez

más tenue del atardecer. Pensó en Pilar, que habría sabido qué decir en ese momento, que siempre había tenido una manera de recibir los gestos pequeños con una gratitud que a Aurelio, más callado, más de adentro, le costaba expresar en el momento pero que sentía con la misma intensidad. Recordó, sin buscarlo, una tarde muy parecida a aquella, décadas atrás, en que Cristina, con seis o siete años, le había traído un dibujo parecido después del colegio, y Pilar lo había pegado en la nevera con una ceremonia exagerada, como si fuera una obra maestra, mientras Aurelio, más pragmático, solo había atinado a decir «qué bonito, hija», sin la efusividad que el momento probablemente merecía. Se preguntó, con una punzada de algo parecido al arrepentimiento tardío, cuántos gestos así se le habrían escapado sin que él supiera reconocerlos a tiempo.

Pensó también, sin poder evitarlo, en la madre de Ana, en esa mezcla de cansancio y urgencia que le había reconocido enseguida, y se preguntó qué sería aquel mensaje que la había alterado tanto, qué carga llevaría encima esa mujer que apenas tenía tiempo de mirar a su propia hija jugar. Aurelio no tenía manera de saberlo, ni de ayudarla, más allá de aquella sonrisa breve que le había devuelto en la puerta de la plaza. Pero pensó, con la sabiduría tranquila de quien ha vivido lo suficiente para reconocer estas cosas, que una niña capaz de regalarle un dibujo a un desconocido triste en un banco probablemente encontraría, tarde o temprano, la manera de regalarle algo parecido a su propia madre, sin que nadie se lo pidiera, de la misma forma espontánea.

. . .

Volvió a la residencia ya de noche, más tarde de lo permitido oficialmente, y Nieves, al verlo entrar, le preguntó si estaba bien, con esa preocupación profesional que a veces se parecía sospechosamente al cariño de verdad.

—Estoy bien —dijo Aurelio, y esta vez, por primera vez en mucho tiempo, sintió que la frase no necesitaba ninguna reserva detrás.

Guardó el dibujo con cuidado en el cajón de la mesilla, junto a la nota de Sole, dos papeles doblados de dos desconocidas —una joven, una niña— que sin proponérselo, sin conocerse entre ellas,

habían conseguido lo mismo: recordarle a un hombre de setenta y ocho años que todavía había motivos, pequeños pero reales, para seguir bajando cada tarde las tres manzanas hasta su banco.

Antes de acostarse, pasó por la sala común, donde Ramírez lo esperaba con el dominó ya montado sobre la mesa, como cada noche.

—Llega tarde —dijo Ramírez, repartiendo las fichas—. ¿Ha pasado algo en su cita importante con el banco?

Aurelio sonrió, algo que Ramírez notó enseguida, porque llevaba meses jugando con él y no recordaba haberle visto esa expresión con tanta frecuencia.

—Una niña me ha hecho un dibujo.

—¿Y por eso esa cara?

—Por eso esta cara.

Ramírez no insistió más, se limitó a colocar su primera ficha con la parsimonia de siempre, y jugaron dos partidas casi en silencio, un silencio cómodo, del que no necesita llenarse con palabras para ser compañía de verdad. Aurelio perdió las dos, distraído, pensando todavía en el hombrecito de pelo blanco sonriendo en el papel que ahora guardaba en su mesilla, y por primera vez en mucho tiempo, perder al dominó no le importó lo más mínimo.

No podía saber que aquella misma niña, esa misma noche, haría un segundo dibujo —distinto a este, pero nacido del mismo impulso— para su propia madre, y que ese segundo gesto llegaría a una cocina y a una nevera justo en el momento en que una madre agotada más lo necesitaba, cumpliendo, para otra persona, exactamente la misma función silenciosa que el primero acababa de cumplir para él: la de un gesto pequeño, hecho sin cálculo, que llega justo cuando alguien más lo necesita, sin que el niño o el adulto que lo reciben tengan manera de saber cuánto pesaba, en realidad, aquello que estaban aligerando.

## EL DIBUJO EN LA NEVERA

El mensaje que Marina había leído en la plaza, mientras Ana perseguía una paloma con una fe inquebrantable en su propia velocidad, era de Héctor, su ex marido, y decía, con esa economía de palabras que a Marina siempre le había parecido una forma sutil de crueldad: «Mi abogada dice que hay que revisar la pensión. Hablamos esta semana».

No era la primera vez que Héctor mandaba un mensaje así, pero cada vez conseguía el mismo efecto: un vacío repentino en el estómago, la sensación de que el suelo, ya de por sí inestable desde el divorcio, acababa de moverse otro poco más. Llevaban separados catorce meses. Marina se había prometido a sí misma, la noche que firmaron los papeles, que no dejaría que Héctor siguiera teniendo ese poder sobre su cuerpo, sobre su capacidad de arruinarle una tarde entera con una frase de doce palabras. Llevaba catorce meses fallando en esa promesa con una regularidad que empezaba a darle vergüenza.

No es que Héctor fuera un mal padre —eso, al menos, se lo reconocía, incluso en los peores momentos—: veía a Ana cada dos fines de semana, siempre puntual, siempre atento cuando estaba con ella. El problema, si es que había un problema concreto y no simplemente el desgaste natural de dos personas que ya no encontraban la manera de hablarse sin fricción, era que Héctor parecía haber decidido, desde la separación, tratar todo lo relacionado con Marina como una negociación que había que ganar, y cada mensaje suyo llevaba ese peso implícito, esa sensación de estar siempre un paso por detrás en una partida que ella ni siquiera recordaba haber aceptado jugar.

. . .

Marina tenía treinta y seis años y trabajaba como gestora de cuentas en una aseguradora, un trabajo que había conseguido conservar, no sin esfuerzo, durante todo el proceso del divorcio, aunque su jefa, Patricia, la había avisado más de una vez, con la delicadeza justa para no sonar a amenaza pero dejando claro el mensaje, de que los números de su cartera de clientes habían bajado desde el año anterior. «Entiendo que estás pasando un mal momento», le había dicho Patricia hacía un mes, en su despacho con vistas a un aparcamiento, «pero necesito que la cosa se estabilice». Marina había asentido, había dicho que por supuesto, que lo entendía, y había salido de aquel despacho con la misma sensación de estar sosteniendo demasiadas cosas a la vez que llevaba sintiendo desde hacía más de un año.

No había sido siempre así. Antes del divorcio, Marina había sido, según sus propias jefas de entonces, una de las gestoras más sólidas del departamento, capaz de mantener carteras de clientes difíciles con una calma que sus compañeros envidiaban abiertamente. Pero los últimos catorce meses le habían enseñado que la calma no era un rasgo fijo de personalidad, sino un recurso que se gastaba, como cualquier otro, y que el suyo llevaba tiempo funcionando muy por debajo de sus reservas habituales. Se despertaba cansada aunque durmiera ocho horas. Cometía pequeños errores —una fecha mal apuntada, un correo enviado sin el adjunto— que antes jamás habría cometido, y cada uno de esos errores le costaba después una tarde entera de rumiación silenciosa, preguntándose si aquello era el principio de algo peor.

Al día siguiente de aquel mensaje de Héctor tenía, precisamente, una reunión con Patricia para revisar resultados trimestrales. Llevaba dos semanas temiéndola.

. . .

Cuando llegaron a casa esa noche, Ana venía hablando sin parar, con esa energía que a Marina, en los días buenos, le parecía la cosa más bonita del mundo, y en los días malos —y aquel había sido, sin duda, un día malo— le costaba seguir sin sentir que le faltaban recursos.

—Mamá, ¿sabes qué? Le hice un dibujo a un señor del parque. Estaba solo en un banco, todo el rato solo, y le hice un dibujo para que no estuviera tan solo.

—Qué bonito, cariño —dijo Marina, sacando la compra de las bolsas con la mitad de la cabeza puesta en la reunión del día siguiente, calculando qué cifras podría presentar para suavizar la caída, qué palabras usar para que Patricia entendiera que aquello era temporal sin que sonara a excusa.

—Le puse sonriendo, aunque él casi nunca sonríe. Pero se lo dejé por si un día se le olvida cómo se hace.

—Qué buena idea. —Marina abrió la nevera, guardó la leche, comprobó de reojo la fecha de caducidad del yogur que llevaba tres días postergando tirar—. Anda, ve a lavarte las manos, que cenamos ya.

Ana se fue corriendo hacia el baño, sin percibir, o quizás percibiéndolo y decidiendo no darle importancia con esa sabiduría selectiva de los niños, que su madre no la había escuchado del todo.

. . .

La cena fue rápida, casi mecánica: pasta con tomate, la conversación reducida a lo esencial —cómo había ido el cole, si tenía deberes, a qué hora había que acostarse—, y Marina, mientras fregaba los platos, se sorprendió a sí misma pensando en el mensaje de Héctor con una intensidad que no dejaba espacio para pensar en mucho más.

Mientras fregaba, la llamó su hermana Cecilia, que vivía en otra ciudad y con quien hablaba casi todos los días, aunque fuera cinco minutos entre tarea y tarea.

—¿Qué tal el día? —preguntó Cecilia, con ese tono que ya anticipaba, por experiencia, que la respuesta no iba a ser especialmente buena.

—Héctor quiere revisar la pensión. Y mañana tengo la reunión con Patricia.

—Joder, Marina. ¿Todo el mismo día?

—Todo el mismo día.

—¿Necesitas que me pase este fin de semana?

—No hace falta, de verdad. —Marina apoyó la espalda contra la encimera, mirando por la ventana de la cocina hacia la calle ya oscura—. Solo necesito que este día termine.

—Pues termina ya, anda. Vete a dormir. Mañana lo vemos con la cabeza más despejada.

Marina colgó con la sensación, no nueva pero siempre reconfortante, de que al menos había alguien al otro lado del teléfono que sabía exactamente cuánto pesaba todo aquello sin que ella tuviera que explicarlo con detalle. Calculó, sin poder evitarlo, cuánto le costaría un abogado propio si aquello se complicaba, cuánto tiempo llevaría sin poder pagar el alquiler si la pensión bajaba de verdad, cuánto tendría que trabajar para compensar cualquier recorte, y en algún momento de aquel cálculo mental se dio cuenta de que llevaba tres minutos con las manos quietas dentro del agua, mirando un plato sin fregarlo.

Acostó a Ana a su hora habitual, le leyó dos páginas del libro que llevaban a medias —menos de las que solían leer, porque Marina no conseguía concentrarse en la lectura con la cabeza en otro sitio, y Ana, con esa generosidad silenciosa que a veces tienen los niños hacia sus padres cansados, no protestó— y se fue a la cocina a prepararse algo caliente antes de intentar dormir, aunque sabía, por experiencia reciente, que dormir bien esa noche no era una opción muy probable.

. . .

Lo que Marina no vio esa noche —porque estaba en la ducha, o porque estaba repasando por enésima vez el correo con los números trimestrales, o simplemente porque la cabeza no le daba para ver todo lo que pasaba en su propia casa— fue que Ana, antes de dormirse, había sacado de nuevo el cuaderno de dibujo, esta vez con una intención distinta.

Había estado pensando en el señor del banco durante la cena, sin decirlo, dándole vueltas a la conversación que habían tenido, a la palabra «aburrimiento» que él había usado, a la manera en que se le había iluminado la cara al recibir el dibujo, una expresión que Ana, sin tener el vocabulario exacto para explicarlo, había identificado

como algo parecido a lo que sentía ella cuando alguien la sorprendía con un regalo pequeño y sincero.

Y había pensado, con esa lógica simple y aplastante que a veces tienen los niños, que si un dibujo había servido para alegrar a un señor triste en un banco, quizás también podría servir para alegrar a su madre, que últimamente sonreía menos de lo que Ana recordaba de hacía un año, aunque nunca hubiera puesto en palabras esa observación ante nadie, ni siquiera ante sí misma con demasiada claridad.

Ana no entendía del todo lo que era un divorcio, ni una pensión, ni una reunión trimestral, pero entendía, con la claridad simple de sus ocho años, que su madre se reía menos que antes, que a veces se quedaba mirando el móvil con una cara que Ana había aprendido a reconocer como «cara de problema», y que las noches en que su madre la acostaba con prisa, sin la calma de otros tiempos, coincidían casi siempre con esos días de «cara de problema». No podía arreglar nada de aquello. Pero sabía hacer dibujos, y sabía, después de la tarde con el señor del banco, que a veces un dibujo bastaba para cambiar, aunque fuera un poco, la cara de alguien.

Dibujó, con los mismos rotuladores de siempre, algo más sencillo que el retrato del señor del banco: dos figuras cogidas de la mano, una alta y una pequeña, bajo un sol tan grande como el del dibujo anterior, y debajo, con la letra torcida de quien todavía está aprendiendo a escribir con soltura, una frase corta: «Te quiero mucho mamá, no estas sola».

Lo dobló con cuidado, salió de puntillas de su habitación cuando ya se suponía que debía estar dormida, y lo pegó en la puerta de la nevera con el imán del calendario del colegio, el único que encontró a mano, colocándolo justo a la altura de los ojos, calculando —con esa precisión inesperada que a veces tienen los niños para las cosas que de verdad les importan— que su madre lo vería a primera hora, antes que ninguna otra cosa.

Volvió a la cama sin que Marina, ocupada en el salón con el ordenador abierto y una hoja de cálculo que no terminaba de cuadrarle, se enterara de nada.

A la mañana siguiente, Marina se despertó con esa sensación pesada en el pecho que llevaba acompañándola desde el mensaje del día anterior, la sensación concreta de saber exactamente qué iba a pasar en las próximas horas y no tener ninguna manera de evitarlo: la reunión con Patricia a las diez, la posibilidad —cada vez más real en su cabeza, aunque nadie se lo hubiera dicho todavía con esas palabras— de que aquella reunión terminara con una conversación sobre reducir su cartera de clientes, o algo peor, y después, por la tarde, la llamada pendiente con Héctor sobre la pensión, que llevaba evitando responder desde el día anterior porque no se sentía con fuerzas para escribir nada que no sonara desesperado o, peor, resignado.

Se levantó, preparó el desayuno de Ana en piloto automático, la despertó con más suavidad de la que sentía por dentro, y fue a la cocina a prepararse el café que necesitaba antes de enfrentarse a nada.

Fue entonces cuando lo vio.

El dibujo estaba ahí, en la puerta de la nevera, a la altura exacta de sus ojos, con las dos figuras cogidas de la mano bajo el sol y la frase torcida debajo: «Te quiero mucho mamá, no estas sola».

Marina se quedó de pie, con la cafetera todavía en la mano, sin terminar de servir el café, mirando aquel papel durante más tiempo del que tenía disponible esa mañana. No supo, al principio, qué hacer con la emoción que le subió por el pecho, algo que no era exactamente tristeza ni exactamente alegría, sino una mezcla incómoda y hermosa de las dos cosas a la vez: la tristeza de darse cuenta de que su hija de ocho años había notado, sin que nadie se lo dijera, lo sola que se sentía su madre; y la alegría, torpe y repentina, de comprobar que a pesar de todo —del divorcio, de las cifras trimestrales, de los mensajes de Héctor— había alguien en su vida capaz de fijarse en ella con esa atención y ese cariño tan puros.

Se sentó un momento en la silla de la cocina, con el dibujo todavía en las manos —lo había despegado de la nevera sin darse cuenta, con ese gesto instintivo de querer sostener las cosas que

importan— y dejó que se le escaparan un par de lágrimas que llevaba, sospechaba, conteniendo desde hacía semanas por motivos que no tenían mucho que ver con aquel dibujo en concreto, sino con todo lo demás: con Héctor, con Patricia, con la sensación general de estar sosteniendo una casa entera con los brazos ya cansados de sostenerla.

Pensó, mientras se secaba los ojos con el dorso de la mano, en cuántas veces durante el último año había sentido que fallaba como madre por estar demasiado distraída, demasiado agotada, demasiado metida en sus propios problemas para estar presente del todo con Ana. Aquel dibujo, torpe y sincero, le decía algo distinto: que a pesar de todas esas distracciones, a pesar de las cenas rápidas y los cuentos leídos a medias, su hija la veía, la quería, y de alguna manera —una manera que Marina no terminaba de entender del todo, pero que agradecía con toda el alma— sabía exactamente cuándo su madre necesitaba que se lo recordaran.

. . .

Cuando Ana entró en la cocina, ya vestida para el colegio, encontró a su madre con los ojos un poco rojos pero sonriendo, una sonrisa distinta a las de los últimos días, más entera.

—¿Has visto mi dibujo? —preguntó Ana, con una mezcla de orgullo y timidez, deteniéndose en la puerta como si de repente no estuviera del todo segura de si había hecho bien.

—Lo he visto. —Marina se agachó para estar a su altura, algo que llevaba tiempo sin hacer con la calma suficiente—. Es precioso, cariño. De verdad.

—Es como el que le hice al señor del banco, pero para ti. Porque tú también estás sola a veces, aunque no lo digas.

Marina no supo qué responder a eso durante un momento, sorprendida, no por primera vez, de la capacidad de su hija para ver con una claridad que a los adultos, enredados en sus propias preocupaciones, se les escapaba.

—A veces sí —admitió, finalmente, con una honestidad que no había planeado—. Pero contigo cerca, un poco menos.

Ana sonrió, satisfecha con la respuesta, y se fue a por la mochila sin darle más vueltas al asunto, con esa capacidad infantil de decir algo profundamente cierto y pasar enseguida a otra cosa, como si soltar la verdad no le costara ningún esfuerzo especial.

. . .

Marina llegó a la reunión con Patricia esa mañana con el dibujo doblado en el bolso, un gesto casi supersticioso que no habría sabido explicar del todo si alguien le hubiera preguntado por qué lo llevaba encima.

La reunión empezó como Marina había temido: Patricia, con el informe trimestral abierto en la pantalla compartida, señaló la caída en la cartera de clientes con esa objetividad profesional que no dejaba mucho margen para excusas. Marina sintió, durante los primeros minutos, la misma opresión de siempre, la sensación de estar siendo medida y encontrada insuficiente. Pero en algún momento, mientras explicaba las razones detrás de dos clientes perdidos —uno por una fusión empresarial ajena a cualquier cosa que ella pudiera haber hecho, otro por una queja que ya había resuelto satisfactoriamente— notó que hablaba con una firmeza que llevaba meses sin sentir, una firmeza que no tenía nada que ver con las cifras en sí, sino con algo más difícil de nombrar: la certeza tranquila de que, pasara lo que pasara en aquella sala, había alguien en casa que la quería exactamente como era, cansada y todo.

—Necesito que esto se estabilice en el próximo trimestre —dijo Patricia, al final, sin dureza pero sin margen para la ambigüedad.

—Lo entiendo. Y creo que puedo conseguirlo.

Patricia la miró un segundo de más, como si notara algo distinto en el tono, y asintió.

—Confío en ti, Marina. Solo necesitaba decírtelo claro.

No fue una victoria, exactamente. Pero tampoco fue la derrota que Marina había estado anticipando durante dos semanas, y salió de aquella reunión con la sensación, poco frecuente últimamente, de haber sido tratada como una profesional capaz y no como un problema pendiente de resolver.

Por la tarde, cuando por fin se sentó a escribirle a Héctor sobre la pensión, lo hizo con una calma que llevaba meses sin sentir al dirigirse a él. Releyó el mensaje de él una vez más —«Mi abogada dice que hay que revisar la pensión. Hablamos esta semana»— y en lugar de responder desde el miedo, como había hecho tantas otras veces, escribió algo distinto: «Claro, hablemos. Yo también tengo algunas cosas que plantear sobre los gastos de Ana, así que aprovechamos para revisarlo todo, no solo lo que te interesa a ti». Lo releyó dos veces antes de enviarlo, sorprendida de su propio tono, sin desesperación, sin resignación, simplemente exponiendo su situación con la misma claridad con la que exponía cualquier otro asunto profesional.

Héctor tardó una hora en responder, y cuando lo hizo, su mensaje —«Vale, tienes razón, hablamos de todo el jueves»— tenía un tono distinto al que Marina esperaba, casi conciliador, como si algo en la firmeza tranquila de ella hubiera reajustado, sin necesidad de ningún drama, el tipo de conversación que iban a tener.

No supo si aquella calma cambiaría el resultado final de la negociación sobre la pensión. Pero sí supo, con una certeza tranquila que no necesitaba explicación, que aquel día había conseguido atravesarlo de una manera distinta a como habría atravesado cualquier otro día parecido una semana antes.

. . .

No sabría nunca, porque estas cosas casi nunca se saben del todo, que aquel dibujo —el mismo gesto que su hija había aprendido esa misma tarde de un anciano solitario en un banco de plaza, que a su vez lo había recibido de una repartidora joven, que a su vez lo había encontrado en forma de nota anónima dejada por un hombre que unas semanas antes había estado a punto de rendirse del todo, gracias a un paraguas prestado por una desconocida bajo la lluvia— era, en realidad, el último eslabón visible de una cadena que llevaba semanas moviéndose de mano en mano sin que nadie, ni Marina ni ninguno de los anteriores, tuviera manera de ver el recorrido completo.

Guardó el dibujo, esa noche, en el primer cajón de su mesilla, junto a la alianza que todavía no se había decidido a tirar ni a vender, dos objetos que representaban, cada uno a su manera, algo que ya no estaba pero que en algún momento había importado, y algo que sí estaba, presente y real, dispuesta a sacarlo de nuevo cualquier mañana que necesitara recordar por qué merecía la pena seguir sosteniéndolo todo.

## EL TURNO CAMBIADO

—Rodrigo, ¿te puedo pedir un favor?

Iván lo abordó en el pasillo estrecho que conectaba la cocina con la barra, ese pasillo donde solo cabía una persona a la vez y donde, por eso mismo, se producían la mitad de las conversaciones importantes del restaurante, dichas deprisa, entre dos platos y el siguiente pedido.

—Dime.

—¿Podrías cambiarme el turno del jueves? Yo hago el tuyo del sábado, el que quieras, el que te venga mejor.

Rodrigo llevaba tres años trabajando en La Brasería, un restaurante de comida tradicional en pleno centro que llenaba todas las noches y que, por eso mismo, exigía a su plantilla una disponibilidad que a veces rozaba lo absurdo. Los cambios de turno entre compañeros eran habituales, casi una moneda de cambio interna que todos usaban de vez en cuando, y Rodrigo no le dio, en un primer momento, más importancia de la que solía darle a esas peticiones.

—¿Qué tienes el jueves?

—Nada especial. Cosas mías.

Algo en el tono de Iván —una tensión contenida, una rapidez en la respuesta que no encajaba con la naturalidad del resto de la frase — le hizo a Rodrigo mirarlo un segundo de más, pero no insistió. Llevaban trabajando juntos el tiempo suficiente como para saber que había preguntas que no se hacían, no porque estuvieran prohibidas, sino porque el ambiente del restaurante, con su ritmo constante de urgencia, no dejaba demasiado espacio para las conversaciones profundas, y todos habían aprendido a respetar ese silencio implícito.

—Vale, sin problema. El jueves lo hago yo, tú el sábado.

—Te debo una, en serio.

—No me debes nada. Con el sábado ya estamos en paz.

Ramón, el encargado, pasó por el pasillo en ese momento cargando una caja de vino, y sin detenerse del todo, preguntó:

—¿Otro cambio de turno? Como sigáis así, un día no va a saber ni yo quién trabaja qué día.

—Rodrigo me hace un favor —dijo Iván, sin dar más detalles.

—Mientras el jueves esté cubierto, a mí me da igual quién venga. —

Ramón siguió su camino hacia la bodega, sin darle más importancia, acostumbrado a aquella danza constante de cambios que, en el fondo, hacía posible que el restaurante funcionara con la flexibilidad necesaria para una plantilla con vidas fuera del trabajo tan variadas como la de cualquier otro sitio.

. . .

Rodrigo tenía veintinueve años y llevaba desde los veintitrés trabajando de camarero, primero en bares de estudiantes que pagaban mal y trataban peor, después en La Brasería, donde al menos el sueldo era decente y el ambiente, dentro de lo exigente que podía ser un sábado por la noche con la sala llena, era razonablemente humano. No era el trabajo que había imaginado para sí mismo a los veintinueve —había estudiado dos años de Ingeniería Industrial antes de dejarlo, sin tener del todo claro por qué, más allá de una mezcla de agotamiento y falta de convicción que nunca había sabido explicar bien ni a sus padres ni a sí mismo— pero tampoco lo odiaba. Le gustaba el ritmo, la coreografía silenciosa de una sala llena funcionando bien, la satisfacción concreta de una mesa que salía contenta después de una noche complicada.

Sus padres, sobre todo su padre, ingeniero él mismo durante toda su vida laboral, no habían llevado especialmente bien la decisión de dejar la carrera. No había habido gritos ni ultimátums, pero sí un silencio incómodo durante meses, una decepción que se colaba en las llamadas de teléfono de los domingos en forma de preguntas indirectas —«¿y no has pensado en retomarlo?», «¿no te gustaría hacer algo más acorde con lo que estudiaste?»— que Rodrigo había aprendido a esquivar con respuestas cortas y cambios

de tema. Con el tiempo, la decepción se había ido diluyendo, sustituida por una aceptación resignada que a Rodrigo, en el fondo, todavía le costaba distinguir del todo de la decepción original.

El equipo de La Brasería —seis camareros, tres cocineros, un encargado, Ramón, que llevaba el restaurante con una mezcla de exigencia y camaradería que hacía que el trabajo, en los días buenos, se sintiera casi como formar parte de un equipo deportivo— se había convertido, con los años, en algo parecido a una segunda familia, de esas que uno no elige del todo pero que terminan importando más de lo esperado. Rodrigo conocía la vida de casi todos sus compañeros con ese nivel de detalle superficial pero constante que da compartir turnos de ocho horas varias veces por semana: sabía que Iván llevaba siete años con Marisol, que se habían casado hacía tres, que vivían en un piso pequeño a las afueras que estaban pagando con esfuerzo. No sabía mucho más, porque tampoco había hecho falta preguntarlo.

Había visto a Marisol alguna vez, cuando venía a recoger a Iván después del cierre, esperándolo en la puerta con paciencia mientras él terminaba de cuadrar la caja. Le había parecido, en esos breves cruces, una mujer amable, de risa fácil, del tipo de persona con la que resultaba sencillo intercambiar cuatro frases mientras se esperaba a otra. Una vez, meses atrás, mientras Iván terminaba de recoger la barra, Rodrigo y ella habían hablado un rato sobre nada en particular —el frío que empezaba a notarse esa noche, un atasco que Marisol había sufrido esa tarde— sin que ninguno de los dos supiera, en ese momento, que aquella conversación trivial sería, con el tiempo, un recuerdo pequeño que Rodrigo asociaría después con toda la historia que todavía no conocía.

Había cambiado el turno sin pensarlo demasiado porque, con el cambio, se quedaba con el sábado libre en lugar del jueves, y aquel sábado tenía una cita con una chica que había conocido dos semanas antes, Elena —no la misma Elena de la vida de Julián, otra Elena distinta, aunque el mundo, en una ciudad de más de un millón de habitantes, insistiera en repetir los nombres con una frecuencia que a veces resultaba casi cómica—. Prefería con mucho tener esa noche libre de verdad, sin la sala llena de fondo y sin salir del

trabajo pasada la medianoche, para poder disfrutar la cita con calma en lugar de llegar arrastrando los pies después de un turno completo.

. . .

Lo que Rodrigo no sabía, porque Iván no se lo había contado y Rodrigo no había preguntado, era que aquel jueves su mujer, Marisol, tenía la primera cita del embarazo en la que se vería, si todo iba bien, el corazón del bebé latiendo por primera vez en la ecografía, y que Iván llevaba dos semanas dándole vueltas a cómo pedir el cambio de turno sin explicar por qué, porque hacía apenas un mes había tenido que ausentarse dos días por una gripe fuerte, y su encargado, Ramón —no el mismo Ramón de las reuniones de Julián, otro Ramón, aunque el mundo, otra vez, insistiera en repetir los nombres— ya le había dejado caer, con esa amabilidad que en realidad es una advertencia, que las faltas no podían convertirse en costumbre.

Iván tampoco había querido contarle a Rodrigo el motivo real por miedo a algo que él mismo reconocía como un poco irracional: la sensación supersticiosa, muy extendida entre las parejas que llevan tiempo intentando tener un hijo, de que hablar demasiado pronto de un embarazo, incluso con la mejor intención, podía de alguna manera invocar la mala suerte. Marisol y él llevaban dos años intentándolo, con dos pérdidas anteriores que habían aprendido, con el tiempo, a no mencionar en las conversaciones casuales, y aquella ecografía de las doce semanas era, para los dos, una especie de frontera simbólica: si todo iba bien, empezarían a permitirse creer que esta vez sí.

La primera pérdida había sido a las nueve semanas, hacía año y medio, y los había pillado tan desprevenidos que ni siquiera habían tenido tiempo de procesar del todo la alegría inicial antes de que se convirtiera en otra cosa. La segunda, ocho meses después, a las once semanas, había sido, de alguna manera perversa, todavía más dura, precisamente porque ya sabían lo que se sentía al perder algo así, y esa vez el duelo llegó acompañado de un miedo nuevo: el de que quizás aquello fuera, simplemente, algo que no iba a poder ser

para ellos. Habían ido a especialistas, se habían hecho pruebas los dos, y todo había salido normal, lo cual, paradójicamente, no había aliviado del todo la angustia, porque no tener una explicación médica concreta dejaba la puerta abierta a que todo volviera a repetirse sin ningún motivo identificable.

Por eso, cuando el test de embarazo dio positivo por tercera vez, ni Iván ni Marisol se permitieron ninguna celebración. Lo vivieron casi en secreto, incluso entre ellos mismos, como si cualquier muestra de ilusión pudiera ser, de alguna manera absurda pero real, una provocación al destino.

. . .

El jueves por la mañana, antes de ir al hospital, Iván se despertó con un nudo en el estómago que no tenía nada que ver con el trabajo. Marisol, a su lado, fingía una tranquilidad que Iván sabía que no sentía del todo —la reconocía porque era la misma tranquilidad fingida que él mismo llevaba practicando toda la semana— y los dos desayunaron casi en silencio, intercambiando frases cortas sobre cosas sin importancia, como si hablar de la cita en sí fuera a ponerla en peligro de alguna manera absurda.

—¿Tienes el turno libre de verdad? —preguntó Marisol, no por primera vez esa semana—. No quiero que luego tengas problemas con Ramón.

—Rodrigo me lo cambió sin problema. No pasa nada.

—¿Sabe Rodrigo por qué es?

—No. Le dije que eran cosas mías.

Marisol lo miró un momento, con esa mezcla de comprensión y ligero reproche que solo dan los años de matrimonio.

—Deberías haberle dicho la verdad. Seguro que lo habría entendido igual de bien, o mejor.

—Ya. Es que si lo digo en voz alta, antes de la ecografía, siento que estoy tentando a la suerte.

Marisol no dijo nada más. No hacía falta. Ella sentía exactamente lo mismo.

. . .

La cita fue a las once de la mañana. La sala de espera del hospital tenía ese silencio particular de las salas de espera de maternidad, distinto al de otras esperas médicas: parejas jóvenes que se cogían la mano sin decir nada, alguna mujer sola con la mirada perdida en el móvil, un ambiente que mezclaba, en dosis desiguales según cada pareja, la esperanza y el miedo.

Iván recordaba, con una nitidez que le sorprendía, las dos salas de espera anteriores, casi idénticas a aquella en su disposición de sillas y en el mismo cartel desteñido sobre lactancia materna colgado en la pared, pero completamente distintas en lo que habían significado. Aquella vez, con la primera pérdida, habían salido de una sala como esa con una noticia que todavía no sabían cómo nombrar del todo. Con la segunda, ya sabían exactamente qué palabras usar, y eso, de alguna manera perversa, había dolido más. Ahora, sentado en la misma clase de silla de plástico, con la misma mano de Marisol apretando la suya, Iván no conseguía separar del todo la esperanza del miedo a que aquella sala repitiera, por tercera vez, la misma historia.

Cuando la ginecóloga encendió la pantalla y el sonido rítmico y rápido del latido llenó la sala, Marisol apretó la mano de Iván con una fuerza que le dejó marca durante un rato, y los dos se quedaron mirando aquella imagen borrosa en blanco y negro como si fuera lo más nítido que habían visto en sus vidas.

—Todo está perfectamente —dijo la ginecóloga, con esa neutralidad profesional que en momentos así resulta, paradójicamente, el sonido más hermoso del mundo—. El corazón late fuerte, la medida es la esperada para las semanas de gestación. Todo va bien.

Iván no lloró en ese momento —eso vendría después, en el coche, ya solos, cuando por fin se permitió soltar dos años de tensión acumulada— pero sintió, con una claridad que pocas veces había sentido en su vida, la certeza física de que aquel jueves, el que había conseguido tener libre gracias a un compañero que ni siquiera sabía por qué se lo estaba pidiendo, sería uno de los días que recordaría con más nitidez el resto de su vida.

. . .

Rodrigo, esa misma mañana, dormía hasta tarde, aprovechando que su turno en La Brasería no empezaba hasta las siete de la tarde, pensando ya en la cita del sábado con Elena, sin saber absolutamente nada de lo que estaba ocurriendo, a esa misma hora, a pocos kilómetros de distancia, en una sala de ecografías de un hospital.

Aprovechó la mañana y la primera parte de la tarde, antes de entrar a trabajar el turno que le había cambiado a Iván, para hacer cosas pequeñas que llevaba postergando: llevó unos zapatos al arreglo, llamó a su madre, que vivía en otra ciudad y a la que últimamente llamaba menos de lo que le gustaría admitir. Después entró a trabajar como cualquier otro jueves, sin ninguna marca especial que lo distinguiera de cualquier otro turno de su vida.

Al día siguiente, cuando volvió a trabajar el viernes por la noche, se cruzó con Iván en el mismo pasillo estrecho de siempre.

—¿Qué tal el jueves? —preguntó Rodrigo, sin especial curiosidad, más por cortesía que por otra cosa.

Iván se quedó un momento callado, con una expresión que Rodrigo no supo interpretar del todo —algo entre la emoción contenida y las ganas de contar algo que todavía no se sentía preparado para contar del todo—.

—Bien —dijo, finalmente—. Muy bien, la verdad.

—Me alegro.

—De verdad, Rodrigo. Gracias por el cambio.

—Que no es nada, tío. Para eso estamos.

. . .

El sábado, con Iván cubriendo su turno en La Brasería, Rodrigo tuvo el día entero libre por primera vez en semanas, y a las once de la noche, sin ni una pizca del cansancio habitual de después de un turno completo, quedó con Elena en un bar cerca de su casa, uno de esos sitios pequeños con música baja donde se podía hablar sin gritar.

La cita fue bien, sin más. Se rieron de anécdotas de trabajo —Elena trabajaba en una farmacia, y tenía sus propias historias de clientes imposibles que hacían buena pareja con las de Rodrigo

sobre mesas complicadas y propinas escasas—, hablaron de series, de viajes que les gustaría hacer algún día, del tipo de conversación ligera y agradable que tienen dos personas que se están conociendo sin prisa, sin la urgencia de decidir nada todavía. Rodrigo volvió a casa esa noche con la sensación satisfecha de un sábado bien aprovechado, sin sospechar en ningún momento que aquel mismo cambio de turno que le había regalado una noche libre y tranquila tenía, en la vida de otra persona, un peso completamente distinto al que él le había dado.

. . .

Pasaron las semanas. Iván y Marisol decidieron, con la cautela de quien ha aprendido a desconfiar de la buena suerte, esperar hasta las dieciséis semanas para contarle en el trabajo, y cuando por fin lo hicieron, Rodrigo fue de los primeros en felicitarlo, con un abrazo torpe entre plato y plato durante el turno de la cena, sin tiempo apenas para parar del todo.

La noticia corrió rápido por el restaurante, como corren esas cosas en un equipo pequeño que pasa tantas horas junto: Ramón le regaló a Iván, medio en broma, un babero con el logo de La Brasería bordado que alguien había encargado sin que Iván se enterara; las cocineras empezaron a vigilar, con un cariño un poco excesivo, que Marisol comiera bien cuando venía a recogerlo después del cierre; y el ambiente general del equipo, ya de por sí bueno, adquirió esa calidez extra que aparece cuando un grupo de gente comparte, aunque sea de forma indirecta, la alegría de uno de los suyos.

—Oye —dijo Iván, aquella noche, aprovechando un hueco entre dos mesas—, ¿te acuerdas de cuando te pedí el cambio de turno, hace unos meses?

—Sí, claro.

—Era para la primera ecografía. La de las doce semanas. Llevábamos dos pérdidas antes de esta, y no quería contarle hasta estar seguro de que esta vez iba bien.

Rodrigo se quedó parado un momento, con una bandeja todavía en las manos, procesando la información con una mezcla de sorpresa y una especie de vértigo retrospectivo, la sensación extraña

de descubrir, meses después, que un gesto que él mismo había olvidado casi de inmediato había significado, para otra persona, algo completamente distinto a lo que él había imaginado en su momento.

—No tenía ni idea —dijo, al final—. Pensé que era algo del papeleo del piso, o yo qué sé.

—Ya, no quería contarlo. Pero llevaba tiempo queriendo decírtelo. Aquel día... —Iván se detuvo, buscando las palabras exactas—. Aquel día fue importante. Y tú me lo diste sin hacer preguntas, sin pedirme explicaciones. Eso, para mí, significó más de lo que puedes imaginar.

—Oye, que tampoco fue nada del otro mundo. Cambié un turno.

—Para ti fue cambiar un turno. Para mí fue estar ahí para lo más importante que me ha pasado en la vida. —Iván hizo una pausa, mirando hacia la sala, donde ya empezaban a llegar los primeros clientes de la noche—. ¿Sabes lo que más me costó, en realidad? No pedirte el cambio. Eso fue fácil. Lo difícil fue no contarte por qué, quedarme con el «cosas mías» y confiar en que lo entendieras sin más. Y lo entendiste. Ni siquiera insististe.

—No hacía falta insistir. Si alguien dice que son cosas tuyas, son cosas tuyas.

—Ya. Pero no todo el mundo respeta eso. Podrías haberte ofendido, haber pensado que te estaba ocultando algo raro, yo qué sé.

—Nunca pensé eso.

—Ya lo sé. Por eso te lo cuento ahora.

Rodrigo no supo qué responder a eso, y se quedó un momento en silencio, con la bandeja todavía en las manos, sintiendo algo parecido a lo que sentiría cualquiera al descubrir que un gesto pequeño, hecho sin ninguna intención especial, había pesado en la vida de otra persona mucho más de lo que él mismo podía llegar a entender del todo.

. . .

Aquella noche, de camino a casa después del cierre, Rodrigo pensó en la conversación con una intensidad que no esperaba. Pensó en cuántas veces, a lo largo de aquellos tres años en La Brasería, había cambiado turnos sin pensarlo, sin preguntar motivos,

simplemente porque le venía bien o porque le daba igual, sin saber nunca —y probablemente sin llegar a saberlo casi nunca— qué era lo que de verdad había en juego para la persona al otro lado de la petición.

Pensó también, con una punzada de algo parecido a la vergüenza retrospectiva, en las veces en que él mismo había pedido un cambio de turno sin dar más explicación que «cosas mías», protegiendo su propia privacidad de la misma manera en que Iván había protegido la suya, y se preguntó cuántas de esas peticiones suyas habían sido, para quien las había concedido, gestos igual de invisibles e igual de importantes de lo que él nunca sabría.

No tenía manera de saber, esa noche, que su propio favor —cambiar un turno sin hacer preguntas— era, en el fondo, el mismo tipo de gesto que había recibido Julián bajo un toldo, meses atrás, de una desconocida con un paraguas; el mismo tipo de gesto que Sole había hecho al desviarse de su ruta para entregar una nota que no era suya; el mismo tipo de gesto, en definitiva, que parecía repetirse una y otra vez en la ciudad, de mano en mano, sin que casi nadie llegara nunca a enterarse del alcance real de lo que había puesto en marcha.

Pensó, ya casi llegando a casa, en su padre, en aquellas llamadas de domingo cargadas de preguntas indirectas sobre la ingeniería que había dejado a medias, y se preguntó, por primera vez con una claridad que no había sentido antes, si quizás había estado midiendo mal el valor de lo que hacía cada noche en La Brasería. No fabricaba nada, no diseñaba nada, no dejaría, probablemente, ningún legado que sus futuros nietos pudieran señalar con orgullo. Pero aquella noche había aprendido que cambiar un turno sin hacer preguntas podía significar, para otra persona, la diferencia entre vivir un momento importante acompañado o vivirlo con el estómago encogido por el miedo a perder un trabajo que necesitaba. Quizás aquello, pensó, sin necesidad de resolverlo del todo esa misma noche, contaba también como una manera de construir cosas, aunque nunca fuera a aparecer en ningún plano ni en ningún currículum.

Llegó a casa, se preparó algo rápido de cenar, y antes de dormirse, pensó, sin darle demasiada trascendencia porque era el tipo de persona que prefería no darle demasiada trascendencia a las cosas, que la próxima vez que alguien le pidiera un cambio de turno sin dar explicaciones, se lo daría de todos modos, exactamente igual que había hecho con Iván, porque nunca se sabía, después de todo, qué estaría en juego al otro lado de la petición.

## LA CITA QUE NO ERA

—Se llama Alba, tiene treinta y dos años, es fisioterapeuta, y si no le gustas en los primeros diez minutos, te lo va a decir a la cara, así que ve preparado —le había dicho Marga, su hermana, dos días antes, con esa mezcla de entusiasmo y advertencia que ponía siempre que organizaba algo—. Es compañera de yoga. Buena gente. Y está soltera, que ya es más de lo que puedo decir de la mayoría de la gente que conozco.

Bruno —no el mismo Bruno que cargaba cajas en el almacén de bebidas donde trabajaba Julián, aunque la ciudad, una vez más, insistiera en repetir los nombres con una frecuencia que a veces resultaba casi cómica— tenía treinta y un años y llevaba, según su hermana, «demasiado tiempo sin intentarlo en serio», una frase que a él le sonaba a reproche aunque Marga insistiera en que no lo era. Trabajaba como delineante en un estudio de arquitectura pequeño, un empleo estable pero sin demasiado brillo, del tipo que uno acepta a los veinticuatro años pensando que será temporal y que, sin darse cuenta, se convierte en la columna vertebral de una década entera. Había estudiado arquitectura con la ilusión de diseñar algún día edificios propios, proyectos que llevaran su firma de principio a fin, pero la realidad del mercado laboral lo había llevado, como a tantos compañeros de promoción, a un puesto de delineante donde pasaba las horas dibujando y corrigiendo los planos que otros firmaban, una tarea que dominaba con una eficiencia casi mecánica pero que cada vez le costaba más disociar de una sensación de estancamiento que no sabía bien cómo nombrar.

Llevaba año y medio sin salir con nadie, desde que Claudia, su última pareja, se había mudado a Países Bajos por un contrato de dos años que los dos sabían, sin decírselo del todo en su momento, que terminaría con la relación de una manera u otra. Habían estado juntos cuatro años, suficiente tiempo como para que la ruptura,

aunque civilizada y sin gritos, dejara un vacío que Bruno todavía notaba en las cosas más tontas: el lado de la cama que ya no ocupaba nadie, la costumbre de cocinar para dos que había tardado meses en desaprender, las llamadas de los domingos que se habían ido espaciando hasta desaparecer del todo, sin que ninguno de los dos decidiera formalmente cortarlas, simplemente dejaron de producirse.

Aceptó la cita más por cansancio de las insistencias de Marga que por verdadera ilusión, y quedaron en La Vieja Estación, una cafetería del centro con mesas de madera desgastada y una camarera de mediana edad, Elvira, que llevaba allí, según los rumores del barrio, más años de los que nadie se molestaba en contar.

Marga llevaba meses insistiendo, con la determinación de una hermana mayor que se ha propuesto arreglar la vida sentimental de su hermano pequeño como quien se propone terminar un puzle a medias. Había sido ella quien, después de la separación con Claudia, había estado más pendiente de Bruno de lo habitual, llamándolo con excusas variadas para asegurarse de que comía bien, de que salía de casa, de que no se quedaba encerrado en el piso los fines de semana enteros viendo partidos que ni siquiera le interesaban del todo. Bruno le agradecía la preocupación, aunque a veces la insistencia con las citas a ciegas le resultara más agotadora que reconfortante.

—No tienes que casarte con ella —le había dicho Marga, la noche antes—. Solo tienes que ir, tomarte un café, y ver qué pasa. Si no hay conexión, pues nada, y ya está. Pero al menos lo intentas.

—Ya lo sé, Marga. Voy a ir.

—Más te vale. Le he hablado tan bien de ti que como no aparezcas, quedo yo fatal.

. . .

Llegó diez minutos tarde, un margen que le pareció razonable para una primera cita organizada por terceros, y escaneó la sala buscando a una mujer que encajara con la descripción vaga que Marga le había dado: «morena, pelo corto, seguramente con una

revista o un libro, porque odia estar sin hacer nada mientras espera».

La vio enseguida, o eso creyó: una mujer morena de pelo corto, sentada sola en una mesa junto a la ventana, con un libro abierto delante que no parecía estar leyendo del todo, la mirada perdida en la calle con una expresión que a Bruno le pareció, en aquel primer vistazo, una mezcla de paciencia y algo de tristeza contenida.

—¿Alba? —preguntó, acercándose con una sonrisa que esperaba que resultara simpática y no desesperada.

La mujer levantó la vista, sorprendida, y tardó un segundo de más en responder, un segundo que Bruno, en su nerviosismo, no supo interpretar como la señal de alarma que en realidad era.

—Sí, soy Alba —dijo ella, finalmente, con una sonrisa curiosa, casi divertida—. Aunque no sé quién eres tú.

—Soy Bruno. El de Marga.

—¿Marga?

—Mi hermana. Me dijo que quedaríamos aquí.

La mujer se rió, una risa breve y genuina, y negó con la cabeza.

—No conozco a ninguna Marga. Estoy esperando a alguien de una aplicación de citas, pero desde luego no te llamas como me habían dicho que se llamaba él.

. . .

El malentendido tardó un par de minutos en aclararse del todo, entre risas incómodas y explicaciones cruzadas: había, en efecto, otra Alba en La Vieja Estación aquella tarde, sentada dos mesas más allá, cerca de la barra, con el pelo recogido en una coleta que Bruno no había visto por estar mirando hacia la ventana, y aquella Alba —la de verdad, la compañera de yoga de Marga— llevaba ya un rato mirando hacia la puerta, preguntándose por qué su cita no llegaba, sin sospechar que su cita estaba a pocos metros, hablando animadamente con otra mujer completamente distinta por error.

—Debería ir a buscarla —dijo Bruno, ya de pie, un poco abochornado—. Perdona la confusión. De verdad.

—No pasa nada —dijo la Alba equivocada, todavía sonriendo—. Ha sido lo más interesante que me ha pasado en toda la tarde, la

verdad. Mi cita de la aplicación lleva veinte minutos de retraso y no contesta a los mensajes. Empezaba a pensar que me habían dado plantón.

Bruno dudó un momento, con esa incomodidad de quien no sabe si marcharse de inmediato es lo correcto o si sería una grosería abandonar a alguien en mitad de una conversación, por breve y accidental que hubiera sido.

—¿Quieres que te haga compañía cinco minutos, antes de que vaya a rescatar mi propia cita del desastre que acabo de montar? —preguntó, medio en broma.

—Me parece un trato justo.

. . .

Se sentó, sin terminar de decidir si aquello era lo más adecuado, y en los siguientes minutos —que terminaron siendo bastantes más de cinco, aunque ninguno de los dos hizo mención al reloj— la conversación tomó un rumbo que ninguno de los dos había anticipado. La mujer, que resultó llamarse también Alba, aunque insistió en que la llamaran Al para no confundirla más con la otra, tenía cuarenta y tres años, trabajaba en recursos humanos, y llevaba, según contó con una franqueza que sorprendió a Bruno, casi un año usando aplicaciones de citas sin ningún resultado que mereciera la pena.

—¿Y tú qué? —preguntó Al, después de contarle brevemente su propia historia—. ¿Llevas mucho sin salir con nadie, o es la primera cita después de una ruptura?

—Año y medio. Se fue a Holanda por trabajo.

—¿Y por qué no te fuiste tú también?

La pregunta, hecha con la naturalidad de quien no tiene ningún interés oculto detrás porque en el fondo ambos sabían que aquello no iba a ninguna parte romántica, le llegó a Bruno de una manera que no esperaba. Se quedó un momento pensando la respuesta, sorprendido de no tener una preparada, a pesar de que llevaba año y medio dándole vueltas al asunto en privado.

—No lo sé, la verdad. Me ofrecieron acompañarla. Podría haber pedido una excedencia, o buscar trabajo allí, hay estudios de

arquitectura en Ámsterdam que contratan gente de fuera. Pero me dio miedo, supongo. Dejar el trabajo, dejar la ciudad, dejar todo lo conocido por algo que no sabía si iba a funcionar.

—¿Y ahora te arrepientes?

—Todos los días, un poco. Aunque también me digo a mí mismo que hice lo sensato.

Al lo miró con una expresión que Bruno no supo descifrar del todo, algo entre la comprensión y una especie de advertencia amable.

—Yo hice lo sensato durante quince años, con un trabajo que odiaba en una empresa que me exprimía, porque daba miedo dejarlo sin tener otra cosa segura esperando. Cuando por fin lo dejé, con cuarenta años, sin ningún plan concreto, fue la mejor decisión de mi vida. Tardé dos años en encontrar el camino de RRHH, que es lo que hago ahora y que me gusta de verdad. Pero los quince años anteriores, todos esos años de hacer lo sensato, no me devuelven nadie, aunque me los pase reclamándoselos al tiempo.

—¿Y cómo supiste que era el momento de dejarlo? —preguntó Bruno, con un interés que ya no fingía tener solo por cortesía.

—No lo supe, la verdad. No hubo ningún momento de claridad total, ninguna señal del cielo. Lo que hubo fue un lunes por la mañana, uno más entre cientos, en que me desperté y me di cuenta de que llevaba tres años enteros posponiendo mi propia vida a cambio de una nómina que, en el fondo, tampoco era tan buena como para justificar tanto sacrificio. Ese lunes presenté la renuncia. No tenía ahorros para dos años sin sobresaltos, tuve que apretarme el cinturón más de lo que me hubiera gustado, y hubo meses en que me arrepentí muchísimo de la decisión. Pero nunca, ni en los peores momentos de esos dos años de incertidumbre, me arrepentí tanto como me había arrepentido cada domingo por la noche, los quince años anteriores, pensando en el lunes que me esperaba.

—¿Y tus padres, tu familia? ¿Qué dijeron?

—Mi padre pensó que me había vuelto loca. Todavía hoy, si le preguntas, te dirá que fue una temeridad. Pero yo no vivo la vida de mi padre, ¿sabes? Vivo la mía. Y a estas alturas, con cuarenta y tres

años, prefiero equivocarme tomando mis propias decisiones que acertar siguiendo las de otro.

. . .

Bruno se quedó callado un momento, con la taza de café ya fría entre las manos, dándole vueltas a algo que llevaba tiempo evitando pensar con claridad: la oferta que le había hecho, hacía apenas dos semanas, un antiguo compañero de universidad, Gonzalo, que ahora trabajaba en un estudio de arquitectura en Lisboa, buscando gente para un proyecto de seis meses, ampliable, con condiciones mejores de las que tenía en su estudio actual y, sobre todo, con la promesa de participar en el diseño desde cero, no solo en la ejecución de planos ajenos. Había respondido a Gonzalo con evasivas, diciendo que se lo pensaría, sin ninguna intención real de pensárselo del todo, porque la sola idea de mudarse de nuevo, de dejar otra vez lo conocido por algo incierto, le producía el mismo vértigo que había sentido año y medio antes con Claudia.

Llevaba, de hecho, catorce días abriendo aquel correo cada noche antes de dormir, releendo la propuesta, calculando ventajas y desventajas en una lista mental que nunca llegaba a ninguna conclusión definitiva, y cerrando la pestaña sin responder, aplazando la decisión un día más, como llevaba aplazando, sin quererlo reconocer del todo, la pregunta más grande de fondo: si aquel trabajo de delineante, cómodo y seguro, era de verdad lo que quería para el resto de su vida, o simplemente lo que le había resultado más fácil no cambiar.

—Tengo una oferta de trabajo en Lisboa —dijo, casi sin darse cuenta de que lo estaba diciendo en voz alta—. Llevo dos semanas sin responder.

—¿Y qué es lo que te frena?

—Lo mismo que me frenó con Claudia, creo. El miedo a que salga mal y me quede sin nada de lo que tenía antes.

—¿Y qué tienes ahora, exactamente, que te daría tanto miedo perder?

La pregunta se quedó flotando entre ellos un momento, sin que Bruno encontrara una respuesta rápida. Pensó en su piso, en su

rutina, en el estudio donde llevaba siete años dibujando planos ajenos sin haber diseñado nunca nada completamente suyo, en las tardes de domingo que se parecían tanto unas a otras que a veces le costaba distinguir qué semana del año estaba viviendo.

—La verdad —dijo, al final—, no tengo muy claro que sea tanto como para darme tanto miedo perderlo.

Al sonrió, con una sonrisa que a Bruno le pareció, de repente, la de alguien que ya había tenido exactamente esa misma conversación consigo misma, años atrás, en algún momento decisivo de su propia vida.

—Pues ya tienes la respuesta, ¿no?

. . .

Fue entonces cuando Bruno, mirando hacia la barra, vio a Elvira, la camarera, observándolos con una media sonrisa discreta mientras servía otra mesa, la clase de sonrisa de quien lleva años viendo primeras citas, malentendidos, rupturas y reconciliaciones en las mismas cuatro mesas junto a la ventana, y ya ha aprendido a reconocer, con solo un vistazo, cuáles de esas conversaciones van a cambiar algo de verdad y cuáles se van a olvidar antes de que se enfríe el café.

Elvira llevaba veintidós años trabajando en La Vieja Estación, más tiempo del que había durado ningún otro empleo, ninguna otra relación, casi ninguna otra cosa en su vida, y en todo ese tiempo había desarrollado una especie de sexto sentido para las conversaciones que ocurrían en sus mesas, un instinto que le permitía distinguir, sin necesidad de escuchar una sola palabra, entre una charla intrascendente y un momento verdaderamente importante en la vida de alguien. Había visto a Bruno sentarse en la mesa equivocada, había visto el instante exacto en que ambos se dieron cuenta del error, y había esperado, con la curiosidad profesional de quien ha aprendido a disfrutar de los pequeños dramas ajenos sin necesidad de intervenir en ellos, a ver si se marchaban de inmediato o se quedaban charlando. Se habían quedado. Eso, en su experiencia, solía significar algo.

—Creo que debería ir a rescatar mi cita de verdad —dijo Bruno, levantándose por fin, con una mezcla de urgencia y pena de tener que cortar aquella conversación—. Lleva ya mucho rato esperando, y encima le he arruinado la tarde sin querer.

—Ve. Y suerte con Lisboa, decidas lo que decidas.

—Gracias, Al. De verdad.

—No me las des a mí. Dáselas a tu hermana, por elegir mal la cafetería para las citas a ciegas.

. . .

Bruno se acercó a la otra mesa, donde la verdadera Alba llevaba ya casi media hora esperando con una paciencia que empezaba visiblemente a agotarse, y se disculpó con una torpeza sincera que, para su sorpresa, ella recibió con más gracia de la que esperaba.

—Ya me extrañaba que Marga me hablara tan bien de alguien capaz de sentarse en la mesa equivocada durante veinte minutos sin darse cuenta —dijo Alba, con una sonrisa que suavizaba el reproche—. Menos mal que al final has venido a rescatarme.

—Lo siento de verdad. Ha sido un despiste tonto.

—No pasa nada. Al menos parece que la conversación te ha ido bien, por lo que se veía desde aquí.

Bruno no supo qué responder a eso, un poco avergonzado de que su torpeza hubiera sido tan visible desde la otra mesa, y cambió de tema con la excusa de pedir algo de beber. La cita, la de verdad, resultó agradable, sin sobresaltos, del tipo de primera cita que no promete gran cosa pero que tampoco decepciona: hablaron de yoga, del trabajo de fisioterapeuta de Alba, de series que ambos habían visto, con una conversación fluida pero sin esa chispa particular que Bruno, para su propia sorpresa, sí había sentido en los veinte minutos accidentales con la otra mujer. Terminaron despidiéndose con la vaga promesa de repetir alguna vez, una promesa que ninguno de los dos, en el fondo, tenía muchas ganas de cumplir.

Pero Bruno no dejó de pensar, durante el resto de la noche, en la otra conversación, la que no debería haber sucedido, la del malentendido que se había alargado veinte minutos de más. Llegó a casa, se preparó una infusión que no tenía especial interés en beber,

y se sentó en el sofá con el portátil sobre las rodillas, sin encender la televisión de fondo como hacía casi todas las noches, necesitando, por una vez, el silencio completo para pensar con claridad.

Abrió el correo electrónico y releyó la oferta de Lisboa que llevaba dos semanas sin responder, cada línea ya tan conocida que casi podría haberla recitado de memoria: el proyecto, las condiciones, la fecha límite para responder, que quedaba a solo tres días. Pensó en Al, en su lunes cualquiera que se había convertido en el principio de todo lo demás, en la manera en que había dicho «prefiero equivocarme tomando mis propias decisiones que acertar siguiendo las de otro» con una convicción que a Bruno, en ese momento, le había parecido casi envidiable.

Pensó también en Claudia, en Ámsterdam, en la vida paralela que podría haber tenido si hacía año y medio hubiera decidido acompañarla, y se dio cuenta, con una claridad que no había sentido en meses, de que el miedo que sentía ahora frente a Lisboa era exactamente el mismo miedo, con otro nombre y otra ciudad, que lo había frenado entonces. Y de que aquel miedo, cada vez que ganaba, no le dejaba a cambio ninguna certeza sólida: solo más tardes de domingo parecidas entre sí, más planos firmados por otros, más preguntas que se repetían sin encontrar nunca una respuesta definitiva.

Llamó a Marga antes de decidirse del todo, casi a medianoche, sabiendo que ella seguiría despierta.

—¿Qué tal la cita? —preguntó Marga, nada más descolgar.

—Bien. Rara, pero bien. Oye, ¿te acuerdas de que te comenté lo de Lisboa hace unas semanas?

—Sí. Nunca me dijiste qué habías decidido.

—Creo que voy a aceptar.

Hubo un silencio breve al otro lado de la línea, seguido de una risa sorprendida.

—¿En serio? ¿Qué te ha hecho cambiar de idea así, de repente?

—Es una historia un poco rara. Te la cuento otro día con calma. Pero sí, creo que voy a aceptar.

—Pues me alegro muchísimo, hermanito. Ya iba siendo hora.

Esta vez, en lugar de cerrar la pestaña sin hacer nada, como había hecho las últimas catorce veces que la había abierto, escribió una respuesta.

. . .

No sabría nunca que Elvira, la camarera de La Vieja Estación, llevaba años observando ese tipo de escenas desde la barra sin que casi nadie reparara en ella —los clientes hablaban de sus vidas, de sus dudas, de sus decisiones más importantes, a pocos metros de una mujer que servía cafés y se quedaba con fragmentos de cientos de historias ajenas que nunca contaría a nadie—, ni que aquella tarde, mientras limpiaba la mesa que Bruno y la mujer equivocada habían dejado vacía, Elvira había pensado, sin poder evitarlo, en su propia vida, en las decisiones que ella misma había dejado de tomar hacía mucho tiempo por el mismo miedo que acababa de ver disolverse, delante de sus ojos, en la conversación de dos desconocidos que ni siquiera debían haberse sentado juntos.

Tampoco podía saber Bruno, mientras le daba a enviar a aquel correo aceptando la propuesta de Lisboa, que la mujer que lo había ayudado a tomar aquella decisión —una desconocida cuyo apellido nunca llegaría a saber, con la que probablemente no volvería a cruzarse en su vida— llevaba, a su vez, años esperando sin saberlo una señal parecida, un empujón pequeño que la ayudara a hacer las paces con sus propias decisiones pasadas, y que se lo había encontrado, de manera igual de accidental, en la sorpresa genuina de un hombre que se había sentado en la mesa equivocada.

Meses después, ya instalado en Lisboa, trabajando por fin en un proyecto que llevaba su firma junto a la de Gonzalo, Bruno pensaría de vez en cuando en aquella tarde en La Vieja Estación, sin poder explicarle a nadie, ni siquiera del todo a sí mismo, por qué una conversación de veinte minutos con una desconocida había pesado más en su decisión que dos semanas enteras de cálculos y listas de ventajas y desventajas. Llegaría a la conclusión, con el tiempo, de que algunas decisiones no se toman por acumulación de argumentos, sino por el empujón preciso de alguien que, sin

proponérselo, dice en voz alta exactamente lo que uno necesitaba escuchar en el momento exacto en que más falta hacía.

## EL PADRE QUE LLEGA TARDE

Diego llevaba toda la semana con la fecha marcada en rojo en el calendario de la cocina, subrayada dos veces, con una nota debajo escrita por Hugo mismo, con esa letra todavía torpe de siete años: «función de fin de curso, no llegues tarde papá».

La función era a las cinco de la tarde. Diego trabajaba, desde hacía seis años, como técnico de mantenimiento para una empresa de ascensores, un trabajo que consistía, la mayoría de los días, en desplazarse de un edificio a otro reparando averías que casi nunca avisaban con antelación y que casi siempre, por alguna ley no escrita del universo, ocurrían en el peor momento posible.

Había pedido permiso para salir a las cuatro con dos semanas de antelación, se lo había recordado a su encargado, Fermín, en tres ocasiones distintas durante esa semana, y Fermín se lo había confirmado las tres veces con un «tranquilo, no hay problema», la clase de frase que en el mundo laboral de Diego solía significar exactamente lo contrario de lo que decía.

. . .

Diego tenía cuarenta años y llevaba dos siendo padre soltero, desde que Rosa, su mujer, había muerto de un aneurisma cerebral una tarde de martes cualquiera, sin ningún síntoma previo, sin ninguna advertencia, mientras recogía a Hugo del colegio. Había sido, según le explicaron después los médicos, uno de esos sucesos que no se pueden prevenir ni predecir, una tragedia sin culpables ni explicaciones satisfactorias, el tipo de cosa que le sucede a otras familias hasta que un martes deja de ser así.

Trabajaba de técnico de ascensores desde los veintitrés años, un oficio que había aprendido de su propio padre, también técnico, y que llevaba en la sangre con una mezcla de orgullo profesional y cansancio acumulado que solo entienden quienes pasan la vida

reparando máquinas ajenas para que otros puedan subir y bajar sin pensar ni un segundo en la complejidad mecánica que lo hace posible. Le gustaba el trabajo, en general: la lógica de los mecanismos, la satisfacción de dejar funcionando algo que antes no lo hacía, la variedad de edificios y vecinos que conocía cada semana. Lo que no le gustaba, desde que era padre solo, era la imprevisibilidad constante, la manera en que una avería cualquiera podía torcerle un día entero sin previo aviso, exactamente como estaba a punto de suceder aquella tarde.

Los primeros meses después de aquello habían sido, para Diego, una sucesión borrosa de trámites, de miradas de lástima de vecinos y compañeros de trabajo, de un silencio en casa que antes llenaba Rosa con su costumbre de cantar mientras cocinaba, y de un niño de cinco años que preguntaba, cada noche durante semanas, cuándo iba a volver mamá, hasta que un día, sin que Diego supiera identificar exactamente cuál, dejó de preguntarlo, lo cual dolía de una manera distinta pero igual de honda que las preguntas mismas.

Habían salido adelante, los dos, con la ayuda intermitente de la abuela materna de Hugo, Pilar —no la misma Pilar que había sido esposa de Don Aurelio, aunque el mundo, otra vez, insistiera en repetir los nombres—, que vivía a dos horas en coche y que se desplazaba cuando podía, y con una red pequeña pero sólida de vecinos y compañeros de colegio que se habían convertido, sin que nadie lo planeara formalmente, en la única red de seguridad real con la que contaba Diego para los días en que el trabajo y la crianza chocaban de frente, como parecía que iba a ocurrir aquella tarde.

Pilar había querido, en los primeros meses después de la muerte de Rosa, que Diego y Hugo se mudaran con ella, ofreciéndose a ayudar con la crianza de una manera más constante de lo que la distancia permitía, pero Diego se había negado, con una determinación que sorprendió a la propia Pilar, insistiendo en que Hugo necesitaba mantener su colegio, sus amigos, la única normalidad que le quedaba después de perder a su madre. Con el tiempo, Pilar había aceptado aquella decisión, aunque seguía repitiéndole, cada vez que hablaban por teléfono, que la oferta seguía en pie si algún día Diego cambiaba de opinión.

. . .

Aquella mañana, antes de salir a trabajar, Diego había repasado con Hugo las cuatro frases de su papel una última vez, mientras el niño desayunaba con el disfraz de explorador ya puesto sobre el pijama, incapaz de esperar hasta la tarde para probárselo.

—Papá, ¿vendrás en primera fila?

—Donde consiga sitio, hijo. Pero te veré, eso seguro.

—¿Y si llegas tarde?

—No voy a llegar tarde.

Hugo lo había mirado con esa seriedad desproporcionada que a veces adoptan los niños que ya han aprendido, demasiado pronto, que las promesas de los adultos no siempre se cumplen, y Diego había sentido, sin poder evitarlo, la sombra de aquella seriedad pesándole en el pecho durante todo el trayecto hasta el primer aviso de la mañana.

. . .

A las tres y media, cuando Diego ya estaba recogiendo sus herramientas en el último edificio de la mañana, calculando que le sobraba tiempo de sobra para ducharse en casa y llegar puntual a la función, sonó el teléfono de la empresa.

—Diego, tenemos un problema en la calle Alameda 45 —dijo Fermín, con esa voz apurada que Diego había aprendido a temer con los años—. Un ascensor atascado entre plantas, con gente dentro. Dicen que hay una señora mayor y un niño pequeño.

—Fermín, tengo la función de mi hijo a las cinco.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero eres el único disponible ahora mismo, Raúl está en otro aviso al otro lado de la ciudad y no llega antes de las cinco. Si no vas tú, tenemos gente atrapada durante quién sabe cuánto tiempo.

Diego se quedó un momento en silencio, con la llave inglesa todavía en la mano, calculando, con una angustia que le apretaba el pecho de una manera física y real, las opciones que tenía delante: ignorar el aviso y arriesgarse a que despidieran a alguien —a él mismo, probablemente, dado el historial de faltas que ya arrastraba

desde la muerte de Rosa, cuando había tenido que ausentarse más de lo que a la empresa le había parecido razonable— o acudir al aviso y arriesgarse a perderse la función de Hugo, la primera en la que su hijo tenía un papel con texto propio, apenas cuatro frases, pero cuatro frases que Hugo llevaba semanas ensayando en casa frente al espejo con un orgullo que a Diego se le clavaba en el pecho cada vez que lo veía.

—Voy para allá —dijo, finalmente, con la voz más entera de lo que sentía por dentro—. Pero necesito que alguien más venga a relevarme en cuanto pueda, sea quien sea.

—Haré lo que pueda.

. . .

El ascensor de la calle Alameda 45 llevaba atascado, según descubrió Diego al llegar, casi cuarenta minutos, entre el segundo y el tercer piso, con una mujer de unos setenta años, visiblemente nerviosa, y su nieto de unos ocho, que lloraba en silencio más por contagio del miedo de su abuela que por comprender del todo la gravedad de la situación.

—Tranquilos, ya estoy aquí, esto lo arreglamos enseguida —dijo Diego, con esa voz calmada que había aprendido, con los años, a fabricar incluso en los días en que él mismo no se sentía calmado en absoluto.

—Llevamos aquí una eternidad —dijo la mujer, con la voz temblorosa—. Mi nieto tiene que estar en el colegio dentro de media hora, tiene un examen.

Diego sintió, al oír aquello, una punzada de ironía amarga que no compartió en voz alta: allí estaba él, retrasando su propia obligación con su propio hijo, para ayudar a que otro niño llegara a tiempo a la suya. La vida, pensó, tenía una manera particular de recordarle a la gente que las urgencias de los demás casi nunca esperan a que las nuestras se resuelvan primero.

—Vamos a sacarlos de aquí lo antes posible, se lo prometo. Pero necesito que no se muevan y confíen en mí, ¿de acuerdo?

El problema, sin embargo, resultó más complicado de lo esperado: un fallo en el sistema de frenado que requería no solo

liberar la cabina manualmente, un procedimiento delicado que no se podía apresurar sin poner en riesgo a los ocupantes, sino también revisar después todo el mecanismo antes de dar el ascensor por seguro para el resto de vecinos del edificio. Diego trabajó con una concentración absoluta, consciente de cada minuto que pasaba, calculando mentalmente cuánto tiempo le quedaba antes de que la función empezara, mientras al mismo tiempo se obligaba a no apresurar un trabajo que, hecho mal, podía costarle la vida a alguien.

Liberó a la mujer y al niño a las cuatro y veinte, veinte minutos después de lo que había calculado en el mejor de los escenarios, y todavía le quedaba, según el protocolo de la empresa, revisar el mecanismo completo antes de dejar el ascensor operativo, un proceso que no podía saltarse sin más, por mucho que el reloj corriera en su contra.

—Fermín, ¿hay alguien de camino? —preguntó, llamando de nuevo a la oficina, con una tensión en la voz que ya no se molestaba en disimular.

—Raúl está a quince minutos. En cuanto llegue, te vas.

. . .

Raúl llegó a las cuatro y cuarenta, más tarde de lo que Diego había esperado, y Diego, sin esperar ni a quitarse el mono de trabajo del todo, salió corriendo hacia el coche, calculando desesperadamente que si no había demasiado tráfico, quizás, solo quizás, podría llegar a tiempo para ver al menos el final de la función.

No hubo suerte con el tráfico. Una avenida cortada por obras — las mismas obras, quizás, que llevaban meses complicándole la vida a media ciudad, aunque Diego no tenía manera de saberlo ni le importaba en ese momento— lo obligó a un desvío de varios minutos que, sumados a los minutos ya perdidos en el ascensor, convirtieron lo que debería haber sido un trayecto de quince minutos en una odisea de casi cuarenta, con Diego agarrado al volante con una angustia que apenas conseguía contener, mirando el reloj del

salpicadero como si mirarlo pudiera, de alguna manera, ralentizar el tiempo.

Llegó al colegio a las cinco y veinticinco. La función, según le confirmó una madre que salía ya del salón de actos con su propio hijo disfrazado de árbol, había terminado hacía diez minutos.

. . .

Encontró a Hugo sentado solo en un banco del patio, todavía con el disfraz puesto —un traje improvisado de explorador, con un sombrero de cartón que se le torcía sobre la frente—, esperando con esa paciencia resignada que ningún niño de siete años debería tener que practicar tan a menudo. A su lado, la profesora, una mujer joven que Diego reconoció de las reuniones de padres, le hacía compañía con esa amabilidad profesional de quien ha aprendido a quedarse un rato de más cuando un padre se retrasa, sin hacer sentir culpable a nadie por ello.

—Siento muchísimo el retraso —dijo Diego, dirigiéndose primero a la profesora, con una sinceridad que no necesitaba fingir—. Hubo una emergencia de trabajo, gente atrapada en un ascensor.

—No se preocupe, Diego. Hugo lo entendió muy bien, aunque le noté un poco triste al principio. Le dije que seguro que usted vendría en cuanto pudiera.

—Gracias por quedarse con él.

—Faltaría más.

La profesora se despidió con un gesto discreto, dejándolos solos, y Diego se agachó frente a su hijo, sin aliento todavía de la carrera desde el coche.

—Hugo. Lo siento muchísimo, hijo. Se atascó un ascensor con gente dentro, tuve que quedarme a terminarlo.

—Ya lo sé, papá. Me lo dijo la seño. Le llamaste para avisar.

Diego no sabía que Fermín, o quizás la propia profesora avisada por algún otro padre, había conseguido comunicar el motivo del retraso, y sintió un alivio parcial, aunque no suficiente para aliviar del todo el peso que llevaba encima desde que había visto a la madre del niño-árbol salir del salón de actos.

—¿Cómo estuvo? ¿Te salieron bien las frases?

—Bien. Me puse un poco nervioso, pero bien.

—Seguro que estuviste genial.

—No lo viste, papá.

La frase, dicha sin ningún reproche especial, con la simple constatación de un hecho que a Hugo, evidentemente, le dolía más de lo que su tono dejaba entrever, le atravesó a Diego el pecho con más fuerza que cualquier reproche gritado podría haberlo hecho.

—No, no lo vi. Y lo siento muchísimo. De verdad.

—No pasa nada.

—Sí que pasa, Hugo. No pasa nada solo porque tú digas que no pasa nada.

Hugo se quedó mirándolo un momento, sorprendido quizás de que su padre no aceptara sin más el perdón fácil que le estaba ofreciendo, y algo en su expresión se ablandó, como si aquella honestidad —el reconocimiento explícito de que sí, aquello dolía, y que Diego lo sabía— le hubiera importado más que cualquier excusa bien construida.

. . .

Se quedaron un rato más en el patio, ya vacío de otros padres e hijos, y Diego le pidió a Hugo que le contara la función entera, frase por frase, escena por escena, con todo el detalle que su hijo quisiera darle, y Hugo, con la generosidad casi ilimitada de los niños para perdonar cuando sienten que de verdad les están escuchando, se lanzó a narrar la obra completa con un entusiasmo que fue creciendo con cada frase, actuando algunas partes, imitando la voz de la profesora, hasta que Diego sintió que, de alguna manera imperfecta pero real, había conseguido presenciar la función después de todo, aunque fuera a través de los ojos y las palabras de su hijo en lugar de los suyos propios.

—Y entonces salió Marcos vestido de árbol, pero se le cayó una rama de cartón a mitad de la función, y todos se rieron, pero él siguió como si nada, como un profesional —contó Hugo, con los brazos abiertos imitando la caída de la rama—. Y luego salí yo, y dije mis frases, y no me equivoqué ni una.

—¿Ni una?

—Ni una. Bueno, en el ensayo de la tarde antes casi me equivoco, pero hoy no.

—Estoy segurísimo de que estuviste buenísimo.

—Tú no lo viste, papá —repitió Hugo, esta vez con menos dolor en la voz que la primera vez que lo había dicho, como si contar la función completa le hubiera servido, de alguna manera, para procesar también la decepción.

—Ya lo sé. Pero te estoy viendo contarla ahora mismo, y eso también cuenta un poco, ¿no?

Hugo lo pensó un momento, con esa seriedad que solo tienen los niños cuando de verdad están sopesando algo.

—Un poco sí.

—¿Sabes qué? —dijo Diego, cuando Hugo terminó el relato, ya de camino al coche—. Voy a pedirle a la profesora si alguien grabó la función en vídeo. Así la puedo ver de verdad, con imágenes y todo.

—¿Y si nadie la grabó?

—Entonces me conformo con que me la cuentes otra vez, tantas veces como haga falta.

Hugo sonrió, satisfecho con la respuesta, y se cogió de la mano de su padre con esa confianza absoluta que solo tienen los niños que, a pesar de todo lo que la vida les ha quitado ya demasiado pronto, todavía creen que el mundo, en general, está de su lado.

. . .

Aquella noche, después de acostar a Hugo, Diego se sentó en la cocina con una cerveza que no tenía muchas ganas de beber, pensando en Rosa, en cómo ella, con su paciencia infinita, habría sabido convertir aquel desastre de tarde en algo mucho más ligero de lo que a él le había resultado. Rosa había tenido siempre ese don particular de encontrarle el lado gracioso a los desastres domésticos, de convertir una comida quemada o una gotera inesperada en una anécdota que contar años después entre risas, y Diego, dos años después de su muerte, todavía no había conseguido desarrollar del todo esa misma ligereza, esa capacidad de quitarle hierro a las cosas sin fingir que no dolían.

Pensó también, no por primera vez, en si estaba haciendo las cosas bien, en si un padre solo, por más esfuerzo que pusiera, podía de verdad compensar todo lo que Hugo había perdido, o si simplemente estaba haciendo lo que podía con las herramientas que tenía, que era, al final, lo único que cualquier padre, solo o acompañado, podía hacer de verdad. Se preguntó, mirando la cerveza sin apenas tocarla, cuántas tardes más como aquella le esperaban, cuántas veces más tendría que elegir entre un aviso de trabajo y un momento irrepetible en la vida de su hijo, sin ninguna garantía de que la próxima vez la balanza cayera del lado correcto.

No tenía manera de saber que, a pocos kilómetros de allí, en otra cocina de otra casa, una madre llamada Marina se hacía, casi a diario, la misma pregunta exacta, con las mismas dudas, el mismo cansancio, la misma sensación de estar sosteniendo sola el peso entero de la crianza de un hijo mientras el mundo exterior —jefes, ascensores atascados, obras en la calzada— parecía empeñado en ponerle obstáculos justo en los momentos que más importaban. No se conocían, no vivían en el mismo barrio, no tenían manera de cruzarse nunca, pero los dos, esa misma noche, se preguntaban lo mismo, con las mismas palabras casi exactas, sin saber que en algún otro rincón de la ciudad alguien más estaba librando, en silencio, la misma batalla agotadora.

A la mañana siguiente, antes de asignar los avisos del día, Fermín lo llamó aparte.

—Oye, lo de ayer. Sé que llegaste tarde a lo de tu hijo por echarme una mano con la de Alameda. Lo siento. Y te lo agradezco.

—Ya está hecho, Fermín. No hace falta que te disculpes.

—Voy a intentar que no te vuelva a tocar un aviso así en horario de tarde, al menos mientras pueda evitarlo. No prometo milagros, pero lo voy a intentar.

Diego asintió, sin mucha convicción de que aquella promesa fuera a cumplirse del todo —las urgencias, en su trabajo, casi nunca respetaban los horarios de nadie— pero agradeciendo, de todos modos, que alguien reconociera en voz alta lo que había costado aquella tarde.

Ese mismo día, entre dos avisos de trabajo, Diego encontró un hueco para llamar al colegio y preguntar por el vídeo de la función. Nadie la había grabado. Se lo dijo a Hugo esa noche, esperando una decepción que, para su sorpresa, no llegó del todo.

—No pasa nada, papá. Ya te la conté yo. Y la próxima función sí que vas a venir, ¿verdad?

—La próxima función —dijo Diego, cogiéndole la mano— voy a estar en primera fila, aunque tenga que dejar todos los ascensores del mundo atascados.

Hugo se rió, una risa clara y genuina que a Diego, esa noche, le pareció el sonido más parecido a la felicidad que había escuchado en mucho tiempo.

## LA CAMARERA QUE TODO LO VE

Elvira llevaba veintidós años sirviendo cafés en La Vieja Estación, el tiempo suficiente como para conocer, con solo un vistazo, qué clientes iban a pedir lo de siempre y cuáles estaban a punto de vivir algo que recordarían el resto de sus vidas. Había visto primeras citas, rupturas, entrevistas de trabajo nerviosas, reencuentros de amigos que llevaban años sin verse, y aquella tarde de la semana anterior, un malentendido curioso entre un hombre despistado y una mujer que no era su cita, una conversación que Elvira, sin poder evitarlo, había seguido con más atención de la que solía dedicarle a las mesas ajenas.

Con los años, había desarrollado una especie de catálogo mental de tipos de clientes: estaban los habituales de toda la vida, que pedían lo mismo cada día casi a la misma hora, con los que apenas hacía falta cruzar palabra porque el pedido ya estaba anotado antes de que se sentaran; estaban los nerviosos de primera cita, reconocibles por la manera en que revisaban la puerta cada pocos segundos y pedían agua antes que nada, para tener las manos ocupadas; estaban los que discutían en susurros, inclinados el uno hacia el otro, cuyas conversaciones Elvira aprendía a no interrumpir ni siquiera para preguntar si necesitaban algo más; y estaban, los menos frecuentes pero los más memorables, los que sin saberlo estaban viviendo una bisagra, un momento del que después dirían «todo cambió aquella tarde», sin que nadie más en la sala, salvo quizás Elvira desde la barra, llegara a intuir la trascendencia de lo que estaba ocurriendo.

No sabía cómo había terminado aquella historia de Bruno y la mujer equivocada. No solía saberlo, casi nunca: la gente entraba en su vida durante el tiempo que tardaba un café en enfriarse, y después desaparecía de nuevo, dejando tras de sí solo un fragmento incompleto de lo que fuera que hubiera estado ocurriendo. Pero

aquella conversación en particular se le había quedado pegada de una manera distinta, removiéndole algo que llevaba mucho tiempo intentando no remover.

. . .

Elvira tenía cincuenta y dos años, y había llegado a La Vieja Estación a los treinta, después de dejar un trabajo administrativo que la aburría mortalmente, en un momento de su vida en que ya había decidido, sin decírselo del todo a sí misma con esas palabras, que su vida iba a ser una vida pequeña, hecha de rutinas manejables y sorpresas mínimas. No había sido siempre así. Antes de los treinta, Elvira había sido una persona distinta, o eso le parecía ahora, mirando hacia atrás con la distancia de las dos décadas transcurridas: una mujer que se había enamorado, a los veintiocho años, de un hombre que le había ofrecido una vida completamente distinta a la que finalmente había tenido.

Se llamaba Tomás, era ingeniero de caminos, y su trabajo lo llevaba de un lado a otro del país y, ocasionalmente, fuera de él, siguiendo grandes proyectos de infraestructura que duraban meses o años en cada emplazamiento. Se habían conocido en un verano, en la boda de un amigo común, y durante ocho meses habían mantenido una relación a distancia sostenida por llamadas nocturnas y visitas cada tres o cuatro semanas, la clase de relación que se sostiene sobre todo con la promesa de que en algún momento dejará de ser a distancia.

Elvira recordaba aún, con una nitidez que la sorprendía después de tantos años, la manera particular en que Tomás escuchaba cuando ella hablaba, con una atención completa que Elvira no había vuelto a encontrar en ninguna otra persona, ni siquiera en las relaciones posteriores que había tenido. Recordaba también sus manos, ásperas de tanto trabajo de campo, y la risa fácil que sacaba a relucir en los momentos más inesperados, incluso durante las conversaciones serias, como si Tomás hubiera decidido, en algún punto de su vida, que ninguna dificultad merecía perder del todo el sentido del humor.

Aquel momento decisivo llegó cuando a Tomás le ofrecieron un proyecto en Canadá, dos años mínimo, con la posibilidad real de instalarse allí de manera más permanente si las cosas iban bien. Le pidió a Elvira que se fuera con él. No como una obligación, insistía siempre que lo recordaba, sino como una invitación abierta, una puerta que él dejaba entreabierta con toda la paciencia del mundo.

. . .

Elvira tenía, en aquel momento, a su madre, ya mayor, con un principio de deterioro cognitivo que todavía no tenía nombre oficial pero que ya empezaba a manifestarse en pequeños despistes preocupantes: llaves perdidas, citas olvidadas, alguna vez el gas encendido sin que nadie hubiera cocinado nada. Elvira era hija única. Su padre había muerto años antes. No había nadie más a quien delegar aquel cuidado, y la idea de dejar a su madre sola, a miles de kilómetros de distancia, por un hombre al que llevaba menos de un año conociendo, le pareció, en aquel momento, un riesgo que no podía permitirse tomar.

—Ve tú —le dijo a Tomás, la noche que se lo pidió, en la misma Vieja Estación donde trabajaría, sin saberlo entonces, durante las siguientes dos décadas—. Yo me quedo con mi madre. Cuando esto se resuelva, ya veremos.

«Cuando esto se resuelva» había sido, en su momento, una frase con la que Elvira se había permitido creer que aquello era solo un aplazamiento, no una despedida definitiva. Tomás se había ido a Canadá con esa misma esperanza, prometiendo visitas, prometiendo llamadas, prometiendo que aquello, fuera lo que fuera, encontraría su manera de continuar.

Las llamadas se fueron espaciando, como suele ocurrir con las relaciones a distancia cuando ya no hay una fecha concreta de reencuentro que las sostenga. Las visitas de Tomás, que al principio había planeado cada seis meses, se convirtieron en una, y después en ninguna, sin que ninguno de los dos rompiera formalmente nada, simplemente dejaron que la distancia hiciera el trabajo sucio que ninguno de los dos se atrevía a hacer en voz alta.

La madre de Elvira murió ocho años después, ya con un diagnóstico claro de demencia, después de un declive lento que había consumido buena parte de la treintena de Elvira en cuidados, médicos, y la clase de agotamiento silencioso que solo entienden quienes han cuidado de un padre enfermo durante años. Habían sido años duros, marcados por citas médicas que se acumulaban, por noches en vela cuando su madre confundía el día con la noche y deambulaba por el piso preguntando por gente que llevaba décadas muerta, por la culpa constante de sentir, en los peores momentos, un agotamiento que rozaba el resentimiento hacia la propia enfermedad, seguido siempre de una vergüenza inmediata por haber sentido algo así.

Elvira nunca había hablado con nadie, ni siquiera con sus contadas amigas cercanas, de lo sola que se había sentido durante aquellos años, cuidando a su madre mientras la vida que podría haber tenido con Tomás se convertía, cada mes que pasaba, en un recuerdo cada vez más lejano. No se lo reprochaba a su madre, por supuesto —eso habría sido monstruoso, y Elvira no era una persona capaz de sentir algo así sin sentir también, de inmediato, un rechazo hacia sí misma por el simple hecho de haberlo pensado— pero sí guardaba, en algún rincón que rara vez visitaba, una tristeza difusa por todo lo que aquellos años le habían costado, más allá del dolor evidente de perder a su madre.

Para entonces, Tomás ya se había casado en Canadá, con una mujer que Elvira nunca conocería, y llevaba tiempo siendo, para Elvira, más un recuerdo tierno que una posibilidad real.

Elvira no se arrepentía, exactamente, de haberse quedado con su madre. Habría vuelto a tomar la misma decisión, probablemente, si pudiera repetir aquel momento. Pero sí se preguntaba, con una frecuencia que había ido disminuyendo con los años pero que nunca había desaparecido del todo, qué habría sido de su vida si hubiera encontrado la manera de hacer las dos cosas, de cuidar a su madre y de intentarlo con Tomás, en lugar de asumir, quizás demasiado

rápido, que aquello era una elección excluyente que solo admitía una respuesta.

Después de la muerte de su madre, Elvira se había quedado en La Vieja Estación, no porque le apasionara especialmente servir cafés, sino porque el trabajo le ofrecía una estabilidad tranquila que ya no tenía ganas de arriesgar por nada. Había tenido, a lo largo de los años, un par de relaciones más, ninguna que llegara a plantearle el tipo de decisión que Tomás le había planteado, y con el tiempo había desarrollado, sin proponérselo del todo, la costumbre de observar las vidas ajenas desde la barra con más interés del que dedicaba a construir una propia.

. . .

Aquella tarde del malentendido entre Bruno y la mujer equivocada, Elvira había reconocido, en la conversación que escuchaba a medias mientras servía otras mesas, ecos incómodamente familiares de su propia historia: el miedo a arriesgar lo conocido por algo incierto, la sensación de que hacer «lo sensato» tenía un precio que solo se cobraba mucho después, cuando ya era demasiado tarde para reclamarlo. Había visto a aquella mujer, Al, decirle a Bruno que prefería equivocarse tomando sus propias decisiones que acertar siguiendo las de otro, y algo en aquella frase se le había clavado con una precisión que la había dejado, durante el resto del turno, más distraída de lo habitual.

Por eso, cuando dos días después recibió un mensaje de Carmen, una antigua amiga del barrio que llevaba años viviendo en Canadá, Elvira lo leyó con una atención que no le habría dedicado en circunstancias normales.

«Elvira, no te lo vas a creer. Me encontré el otro día con Tomás, el ingeniero, ¿te acuerdas de él? Vive aquí desde hace años, ya sabes. Me contó que enviudó hace dos años. Me preguntó por ti. Le dije que seguías en la misma cafetería de siempre. Se quedó pensativo un rato. No sé, me pareció que deberías saberlo».

. . .

Elvira leyó el mensaje tres veces seguidas, sentada en el banco de detrás de la barra durante su descanso, con una taza de café que se le fue enfriando sin que se diera cuenta, exactamente como le ocurría a tantos clientes cuyas conversaciones ella observaba desde fuera sin participar nunca del todo.

Carmen y ella habían sido amigas desde el colegio, aunque el contacto entre ellas se había reducido, con los años y la distancia, a mensajes ocasionales, felicitaciones de cumpleaños y algún comentario compartido sobre alguna noticia del barrio. Carmen se había mudado a Canadá hacía quince años, siguiendo a su propio marido, y aunque nunca había hablado mucho de Tomás con Elvira —era, después de todo, un tema delicado que ambas preferían no remover—, evidentemente el destino, o la simple casualidad de vivir en el mismo país que un antiguo conocido común, los había cruzado.

No supo, en un primer momento, qué hacer con la información. Habían pasado más de veinte años. Tomás tendría ahora cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco años, viudo, viviendo en un país al que ella nunca había ido, con una vida entera construida sin ella de la que Elvira no sabía absolutamente nada más allá de lo que Carmen le acababa de contar. Parecía absurdo, casi adolescente, permitirse siquiera la fantasía de que aquel mensaje pudiera significar algo más que una curiosidad pasajera de un hombre que, veinte años después, se había topado por casualidad con el nombre de una antigua novia.

Y sin embargo, no podía dejar de pensar en ello. Se pasó el resto de la tarde sirviendo mesas con una distracción que no era propia de ella, olvidando un pedido, confundiendo dos cafés, algo que no le sucedía desde hacía años y que su compañera de turno, Yolanda, no dejó pasar sin comentario.

—¿Qué te pasa hoy? Llevas toda la tarde en las nubes.

—Nada. Cosas mías.

—Como quieras. Pero como se te vuelva a olvidar un pedido, te lo voy a preguntar otra vez.

. . .

Fue esa misma noche cuando Marta entró en La Vieja Estación, algo que llevaba haciendo, de manera cada vez más habitual, desde hacía unos meses: después de turnos especialmente largos en el hospital, en lugar de ir directa a casa, paraba un rato en aquella cafetería de camino, se tomaba algo caliente, y dejaba que el ruido ajeno de la sala —conversaciones que no le concernían, risas de otras mesas— le sirviera de transición suave entre el hospital y su propia casa vacía.

Elvira la conocía ya de vista, una clienta habitual de esas que no piden gran cosa ni dan mucha conversación, pero que devuelven siempre el mismo saludo amable, con la sonrisa cansada de quien viene de trabajar muchas horas seguidas.

—¿Lo de siempre? —preguntó Elvira, acercándose a su mesa.

—Sí, gracias.

Elvira se quedó un momento más de lo habitual, con la libreta de comandas todavía en la mano, y Marta, con esa capacidad de observación que su profesión le había afinado durante años, notó algo distinto en la expresión de la camarera.

—¿Está usted bien? —preguntó Marta, con la naturalidad de quien hace esa pregunta profesionalmente varias veces al día, pero que la hacía también, en su vida privada, con una sinceridad genuina que pocas personas se molestaban en ofrecer a una desconocida.

Elvira dudó un momento, sorprendida de que alguien se lo preguntara, y más sorprendida aún de sentir ganas de responder de verdad.

—He recibido una noticia rara hoy. De alguien de hace mucho tiempo. No sé muy bien qué hacer con ella.

—¿Quiere hablar de eso, o prefiere que la deje tranquila?

. . .

Se sentó, casi sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, aprovechando un momento de calma en la sala, y le contó a Marta —una desconocida, una clienta cualquiera, alguien con quien probablemente no volvería a tener una conversación así de nuevo— la historia de Tomás, de Canadá, de su madre enferma, de la

decisión que había tomado veintitrés años atrás y que, hasta ese mismo día, nunca había cuestionado del todo en voz alta ante nadie. —Y ahora no sé si escribirle —terminó Elvira—. Parece una tontería, a mi edad, con la vida que tengo ya hecha. Igual ni se acuerda bien de mí. Igual solo fue una pregunta de cortesía.

Marta la escuchó con esa atención completa que su trabajo le había enseñado a ofrecer incluso cuando estaba cansada, y pensó, sin poder evitarlo, en su propia vida, en las decisiones pequeñas que a veces cambian el rumbo de las cosas sin que nadie las note en el momento: un paraguas prestado un día de lluvia, un giro tomado dos calles antes de lo habitual.

—Puedo decirle una cosa que veo todos los días en mi trabajo —dijo, finalmente—. La gente casi nunca se arrepiente de las cosas que intentó y no salieron bien. Se arrepiente, sobre todo, de las que ni siquiera intentó. He visto morir a personas con setenta, ochenta años, y las que se van en paz no son las que acertaron siempre, sino las que, al menos, se atrevieron a preguntar.

—¿Y si pregunto y la respuesta es que no?

—Entonces sabrá la respuesta. Ahora mismo no sabe nada, y lleva veintitrés años sin saber nada. Yo no sé si eso es mejor o peor que un no. Pero por lo menos, un no, se puede llorar y superar. Una duda de veintitrés años, en cambio, no se termina nunca del todo.

. . .

Elvira se quedó pensando en esas palabras durante el resto del turno, sirviendo mesas con la mitad de la cabeza puesta en otro sitio, y aquella noche, ya en casa, después de darle muchas vueltas, abrió el teléfono y escribió un mensaje corto, sin la elaboración de quien lleva días redactando algo en su cabeza, sino con la simplicidad de quien por fin se permite decir algo que llevaba mucho tiempo callado:

«Hola, Tomás. Soy Elvira. Me enteré de que preguntaste por mí. Siento mucho lo de tu mujer. Si te apetece hablar alguna vez, aunque sea solo para saber cómo nos ha ido a cada uno estos años, aquí estoy».

Lo envió antes de poder arrepentirse, y se quedó mirando el teléfono un buen rato, con el mismo tipo de nerviosismo que no sentía desde hacía más de dos décadas, preguntándose si la respuesta llegaría, y si llegaría pronto, o si aquel mensaje se quedaría, como tantas otras cosas en su vida, esperando una respuesta que quizás nunca llegara.

Se acostó sin apagar el sonido del teléfono, algo que no hacía desde hacía años, por si acaso, y se despertó dos veces durante la noche comprobando la pantalla sin ninguna notificación nueva esperándola. A las siete de la mañana, cuando ya se preparaba para otro turno más en La Vieja Estación, el teléfono vibró por fin.

«Elvira. No hay un día que no haya pensado en ti, aunque no lo creas. Me encantaría hablar. ¿Tienes un momento hoy para una llamada?»

Elvira leyó el mensaje de pie en su cocina, con el café todavía sin hacer, y sintió que algo se le aflojaba en el pecho, un nudo que llevaba tanto tiempo ahí que había dejado de reconocerlo como un nudo, asumiéndolo simplemente como parte del paisaje interior de su cuerpo. No sabía todavía qué saldría de aquella llamada, si es que salía algo más allá de la conversación en sí. Pero por primera vez en veintitrés años, no tenía miedo de averiguarlo.

. . .

Fuera cual fuera el resultado de aquella llamada pendiente, Elvira sintió que ya había ganado algo con solo haberse atrevido a escribir el mensaje: la certeza tranquila de haber tomado, por una vez, una decisión con los ojos abiertos, exactamente el tipo de decisión que llevaba veintitrés años observando en las vidas ajenas desde el otro lado de la barra, sin atreverse nunca a tomarla en la suya propia.

No podía saber tampoco que Marta, aquella nueva clienta de mirada atenta con la que apenas había cruzado unas palabras, llevaba ella misma, sin saberlo del todo, cargando en su propia guantera una nota de un desconocido, el primer eslabón de una cadena de pequeños gestos que llevaba meses moviéndose por la ciudad sin que ninguna de las dos tuviera manera de ver el recorrido completo. Elvira solo sabía que aquella noche, por primera vez en

veintitrés años, se había atrevido a preguntar. Y que fuera cual fuera la respuesta, ya no tendría que preguntarse, cada vez que un cliente le contara una historia de amor postergado, si ella misma habría tenido el valor de hacer lo mismo.

## EL LIBRO OLVIDADO

Tomás —no el mismo Tomás que llevaba veinte años viviendo en Canadá, aunque la ciudad, una vez más, insistiera en repetir los nombres— encontró el libro en el asiento de al lado, en el tren de las siete y cuarto que lo llevaba, cada jueves, de la universidad a casa de sus padres para la cena semanal que su madre insistía en mantener pese a que Tomás ya tenía veintidós años y una independencia que a ella, visiblemente, todavía le costaba aceptar del todo.

Era una novela vieja, de tapa blanda ya blanda de verdad, con el lomo partido por la mitad de tanto abrirse siempre por las mismas páginas, y un título que Tomás reconoció vagamente de alguna lista de lecturas obligatorias del instituto, aunque nunca la había leído entera. La cogió, más por curiosidad que por intención de quedársela, pensando en dejarla en objetos perdidos al llegar a la estación, y la abrió por la mitad, sin ningún propósito concreto.

Lo que encontró lo detuvo antes de poder cerrarla de nuevo: los márgenes de casi todas las páginas estaban llenos de anotaciones a lápiz, con una letra pequeña y algo temblorosa, del tipo de letra que Tomás asociaba, sin poder evitarlo, con la de su propio abuelo.

. . .

Tomás estudiaba cuarto de Ingeniería Informática, una carrera que había elegido a los dieciocho años más por sentido práctico que por vocación real, y que ahora, a las puertas de terminarla, le generaba una ambivalencia que no sabía bien cómo resolver: no la odiaba, se le daba razonablemente bien, y probablemente le abriría puertas laborales que agradecería en el futuro, pero tampoco sentía por ella ninguna pasión particular, y a veces se preguntaba, con una inquietud que procuraba no examinar demasiado a fondo, si había elegido aquel camino porque de verdad lo quería o simplemente

porque parecía la opción más razonable a los dieciocho años, cuando todavía no tenía ni idea de lo que de verdad le importaba.

Sus padres, ambos funcionarios con trabajos estables y horarios predecibles, habían recibido con alivio evidente su elección de carrera, un alivio que Tomás entendía y hasta agradecía, pero que también le pesaba de una manera difícil de explicar: la sensación de que su vida entera había sido, hasta entonces, una sucesión de decisiones razonables tomadas para no decepcionar a nadie, sin que él mismo se hubiera detenido nunca a preguntarse, con total honestidad, qué habría elegido si el único criterio hubiera sido su propio deseo.

Su abuelo, Emilio, vivía solo desde hacía cuatro años, cuando había muerto la abuela de Tomás, y aunque la familia entera coincidía en que estaba «bien, dentro de lo que cabe», Tomás sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho explícitamente, que las visitas de la familia se habían ido espaciando con el tiempo, como suele ocurrir con las buenas intenciones cuando chocan contra la rutina de la vida diaria. Tomás mismo llevaba más de dos meses sin visitar a su abuelo, aunque vivía a solo veinte minutos en metro, una distancia que en su cabeza siempre parecía mayor de lo que era en realidad cuando llegaba el momento de decidir si dedicar la tarde a la visita o a cualquier otra de las mil cosas que parecían, en el momento, más urgentes.

De niño, Tomás había pasado veranos enteros en casa de sus abuelos, aprendiendo de Emilio a jugar al ajedrez, a identificar pájaros por su canto, a arreglar pequeñas averías domésticas con una paciencia que su abuelo parecía tener en cantidades ilimitadas. Aquella cercanía se había ido diluyendo con los años, como suele ocurrir cuando la adolescencia y después la universidad llenan la vida de urgencias propias, y Tomás sentía, cuando se permitía pensarlo con honestidad, una vaga culpa por haber dejado que la relación se enfriara tanto, sin que mediara ningún distanciamiento real, solo la erosión silenciosa de la falta de tiempo.

. . .

Las anotaciones del libro no eran comentarios académicos ni correcciones gramaticales, sino algo mucho más personal: reflexiones que el lector anónimo había ido dejando en los márgenes a lo largo de lo que parecían múltiples relecturas a lo largo de los años, algunas fechadas incluso, con años que abarcaban más de tres décadas.

Junto a un pasaje sobre un personaje que dudaba si declararse a la mujer que amaba, alguien había escrito, con una letra que en esa fecha debía de ser más firme: «Yo tardé seis meses en atreverme con Pilar. Ojalá hubiera sido más rápido, nos habríamos ahorrado seis meses de tontear sin decir nada». Junto a una escena de una pareja mayor discutiendo sobre una decisión importante, la misma letra, ya más temblorosa, con una fecha treinta años posterior: «Pilar y yo discutimos así, por la mudanza. Ella tenía razón, como casi siempre. Ojalá se lo hubiera dicho más veces en vida en lugar de guardármelo para las páginas de un libro que ella nunca leyó conmigo».

Más adelante, junto a un pasaje sobre la vejez de uno de los personajes secundarios, encontró una anotación más reciente, con una letra ya visiblemente temblorosa: «Hoy cumplo setenta y cinco. Pilar lleva tres muerta. Cristina vino a comer, trajo a los niños. Fue un buen día, de los que ya no doy por sentados». Y unas páginas después, la última anotación del libro, fechada apenas un año antes de la nota de venta: «Me mudo a la residencia la semana que viene. No sé si me llevaré este libro o no. Quizás sea hora de dejar ir algunas cosas, aunque duela».

Tomás leyó aquella última anotación dos veces, sentado en el tren mientras las luces de la ciudad empezaban a encenderse al otro lado de la ventana, sintiendo una punzada de algo parecido a la vergüenza ajena, la sensación incómoda de estar leyendo algo demasiado íntimo, escrito para nadie más que para el propio lector, y sin embargo no pudo dejar de seguir pasando páginas, buscando más fragmentos de aquella conversación silenciosa entre un hombre y los márgenes de un libro que llevaba, evidentemente, media vida acompañándolo.

Al llegar a la última página, encontró, doblado dentro de la contraportada, un papel más reciente que el resto: un resguardo de una librería de viejo, con una fecha de hacía apenas ocho meses, y en el reverso, escrito a mano con una letra distinta, más joven, una nota breve: «Papá, he vendido algunos de tus libros duplicados a la librería de la esquina, como hablamos. Espero que no te importe. Con cariño, C.»

Aquello le dio a Tomás la primera pista real: el libro había sido vendido, probablemente durante una mudanza o una reorganización de una casa, y de alguna manera había terminado en manos de otro lector, que a su vez lo había dejado olvidado en un tren, sin darse cuenta quizás de lo que llevaba entre las páginas, o sin saber lo que aquellas anotaciones significaban para quien las había escrito.

Tomás se bajó del tren esa noche con el libro guardado en la mochila, sin haber decidido del todo qué hacer con él, pero incapaz de dejarlo atrás en objetos perdidos, como había planeado en un principio.

Durante la cena con sus padres, apenas prestó atención a la conversación habitual sobre el trabajo de su padre y los cotilleos del barrio que su madre siempre traía a la mesa, dándole vueltas a la idea de buscar la librería del resguardo al día siguiente, para ver si alguien allí recordaba de dónde había salido el libro.

—Estás muy callado hoy —le dijo su madre, sirviéndole más ensalada sin que él la hubiera pedido, un gesto tan automático en ella que Tomás ya ni lo registraba conscientemente.

—Encontré un libro raro en el tren. Con anotaciones de otra persona. Estoy dándole vueltas.

—¿Qué clase de anotaciones?

—Sobre su mujer. Lleva muerta unos años, creo. Escribía cosas para ella en los márgenes.

Su padre, que hasta ese momento había estado más pendiente del plato que de la conversación, levantó la vista con un interés genuino.

—Qué cosa más triste y más bonita a la vez.

—Eso mismo pensé yo.

No dijeron mucho más sobre el tema durante el resto de la cena, pero Tomás notó, o quizás se lo imaginó, que su padre se quedó pensativo un rato más de lo habitual, con la mirada perdida en algún punto de la mesa.

. . .

La librería, una tienda pequeña de segunda mano en una calle estrecha del centro, olía a papel viejo y a madera encerada, con estanterías que llegaban hasta el techo y pasillos tan estrechos que Tomás tuvo que caminar de lado para no tirar ninguna pila de libros apoyada contra las baldas. El dueño, Gerardo, un hombre de unos sesenta años con gafas de pasta y un jersey que parecía llevar puesto desde hacía décadas, resultó tener una memoria sorprendentemente buena para los detalles de sus adquisiciones.

—Ah, sí, me acuerdo de esa compra —dijo, después de que Tomás le explicara, algo torpemente, el motivo de su visita, mostrándole el resguardo—. Vino una mujer, hace unos ocho meses, con varias cajas de libros de su padre. Dijo que se mudaba a una residencia y que no podía llevárselos todos. Compré casi toda la caja, la verdad, buena parte eran ediciones interesantes, algunas de coleccionista.

—¿Recuerda el nombre del padre? ¿O de la residencia?

Gerardo se rascó la cabeza, pensativo, mirando hacia el techo como si allí guardara sus recuerdos más antiguos.

—El nombre no, la verdad. Trato con demasiada gente para acordarme de todos los nombres. Pero la mujer mencionó la residencia, algo con «Robles», creo. Los Robles, quizás. Está aquí cerca, en la zona norte.

—Muchísimas gracias. Me ha ayudado mucho.

—No hay de qué. Y oye, si el dueño del libro quiere vender el resto de la colección, que me lo diga. Había un par de ediciones ahí que me habría gustado quedarme para mi propia estantería.

. . .

Tomás llegó a la residencia Los Robles al día siguiente, después de las clases, con el libro todavía en la mochila y una sensación de

estar haciendo algo un poco absurdo que no conseguía sacudirse del todo. En recepción, le explicó a una auxiliar joven, Nieves, el motivo de su visita, mostrándole el libro y explicando la búsqueda que lo había llevado hasta allí.

—Espera un momento —dijo Nieves, con una sonrisa que se le iluminó de una manera que a Tomás le pareció desproporcionada para lo que, al fin y al cabo, era solo un libro—. Creo que sé exactamente de quién es esto.

. . .

Encontraron a Don Aurelio en la sala común, jugando una partida de dominó con un compañero, y cuando Nieves le explicó, con cierta emoción contenida en la voz, que un joven había venido con un libro que quizás fuera suyo, Aurelio levantó la vista con una expresión de curiosidad cautelosa que se transformó, en cuanto Tomás le tendió el libro, en algo que Tomás no supo nombrar del todo pero que reconoció, sin poder evitarlo, como una alegría casi dolorosa.

—Dios mío —dijo Aurelio, cogiendo el libro con las dos manos, pasando los dedos por el lomo partido con una familiaridad que no dejaba lugar a dudas—. Pensé que lo había perdido para siempre. Se lo vendí a un librero cuando me mudé aquí, sin darme cuenta de que llevaba dentro treinta años de anotaciones que no había vuelto a mirar desde que las escribí.

—Las leí —confesó Tomás, un poco avergonzado—. En el tren, antes de saber de quién era. Perdona la indiscreción.

—No hay nada que perdonar, hijo. Un libro está para leerse, márgenes incluidos. —Aurelio abrió el volumen por una página cualquiera, encontrando de inmediato una de sus propias anotaciones, y sonrió con una tristeza suave, la de quien reencuentra un fragmento de sí mismo que creía perdido—. Esto era de mi mujer, en realidad. Bueno, el libro es mío, pero las anotaciones son sobre ella, sobre nosotros. Se lo compré recién casados, y cada vez que lo releía, a lo largo de los años, añadía algo nuevo en los márgenes. Era mi manera de hablar con ella sobre las cosas que nunca le decía en voz alta.

Se quedaron hablando un buen rato, sentados en dos sillas junto a la ventana de la sala común, y Aurelio le contó a Tomás, con esa facilidad para la palabra que a veces da la vejez cuando por fin se pierde el miedo a parecer sentimental, la historia de Pilar, de sus cuarenta y seis años de matrimonio, de las anotaciones que había ido dejando en aquel libro como quien lleva un diario secreto de las cosas que la timidez o el orgullo le impedían decir en voz alta.

—Era maestra, ¿sabe? Treinta y cinco años enseñando a niños de primaria. Tenía una paciencia con las palabras que yo nunca conseguí igualar. Yo era más de hechos que de palabras: le arreglaba cosas por la casa, le llevaba flores sin que fuera ninguna fecha señalada, pero decirle lo que sentía en voz alta, con todas las palabras, eso me costaba más de lo que me gustaría reconocer. Así que lo escribía aquí, en los márgenes de este libro, que era el suyo favorito, el que releía cada dos o tres años.

—¿Y ella sabía que usted escribía esto?

—Nunca se lo dije. Ni ella lo leyó nunca, que yo sepa. Era un poco como hablar con ella sin que ella lo supiera, lo cual ahora, contándoselo a usted, me suena bastante más triste de lo que me sonaba en su momento.

—¿Y no se arrepiente de no habérselo dicho a ella directamente? —preguntó Tomás, pensando, sin poder evitarlo, en su propio abuelo, en las conversaciones que llevaban meses sin tener.

—Todos los días —dijo Aurelio, sin dramatismo, con la simple honestidad de quien ya no tiene motivos para fingir—. Pero también aprendí, con el tiempo, que las palabras no dichas a tiempo con una persona, a veces, si uno tiene suerte, se pueden decir a tiempo con otra. Con mi hija, por ejemplo. O con quien tenga la suerte de cruzarse con uno antes de que sea demasiado tarde.

Tomás se quedó pensando en esa frase durante el trayecto de vuelta a casa, con el libro ya devuelto a su dueño legítimo y una sensación extraña de haber cerrado algo que ni siquiera sabía que tenía abierto. Pensó en su abuelo, en los dos meses de silencio que se habían acumulado sin que nadie tomara la decisión consciente de

dejar que pasaran, y en la facilidad, casi vergonzosa, con que las buenas intenciones se convertían en nada cuando no se les ponía una fecha concreta.

. . .

Aquel sábado, sin avisar previamente más que con un mensaje de camino, Tomás fue a visitar a su abuelo Emilio, que abrió la puerta con una sorpresa genuina que no se molestó en disimular.

—Vaya, qué milagro —dijo Emilio, con más cariño que reproche en el tono—. Pasa, pasa. Justo estaba haciendo café.

Se quedaron hablando toda la tarde, de cosas sin demasiada importancia al principio —el trabajo del abuelo antes de jubilarse, algún recuerdo de la infancia de Tomás—, hasta que Tomás, animado por algo que todavía no sabía nombrar del todo, le habló a su abuelo del libro, de Don Aurelio, de las anotaciones para una mujer que ya no podía leerlas.

Emilio escuchó la historia entera sin interrumpir, con esa atención completa que Tomás recordaba de los veranos de infancia, y cuando Tomás terminó, se quedó un momento en silencio, mirando su propia taza de café.

—Tu abuela y yo también teníamos nuestras cosas sin decir —dijo, finalmente—. No un libro con anotaciones, pero sí una caja de cartas que nos escribíamos cuando yo hacía la mili, hace ya muchísimos años. Las guardo todavía, en el armario del pasillo. A veces las releo, cuando la casa se queda demasiado silenciosa.

—¿Puedo verlas alguna vez?

—Claro que puedes. Aunque te advierto que son un poco cursis, para lo que se estilaba entonces.

—Deberías escribirle algo así a alguien, algún día —añadió Emilio, con una media sonrisa—. Aunque sea a mí. No hace falta esperar a que sea demasiado tarde para las palabras bonitas.

—Podría empezar contigo ahora mismo, si quieres.

—Podrías. Aunque yo prefiero las visitas los sábados a las palabras bonitas por escrito, si te soy sincero.

Tomás se rió, y se prometió, sin necesidad de anotarlo en ningún margen de ningún libro, que aquellos sábados de café con su abuelo

no volverían a espaciarse tanto como antes.

## LA DECISIÓN DE SOLE

Un año después de aquella tarde en la plaza de las Acacias, Sole seguía repartiendo paquetes, seguía yendo dos noches por semana al curso de acceso a enfermería, y seguía, cada domingo que podía, sentándose un rato en el banco de Don Aurelio antes de empezar su ruta de la tarde, una costumbre que ninguno de los dos había roto ni una sola vez en aquellos doce meses, salvo las contadas ocasiones en que la lluvia o una gripe se lo habían impedido.

Se había presentado a la prueba de acceso seis semanas antes, después de un curso entero de estudiar entre entregas, de repasar fórmulas en los semáforos, de sacrificar horas de sueño que su cuerpo, a los veinte años, todavía le permitía sacrificar sin cobrarle la factura completa de inmediato. El examen le había parecido, al salir, ni mejor ni peor de lo que había temido: había fallado dos preguntas de las que estaba segura al entrar y había acertado, para su propia sorpresa, dos de las que había dado por perdidas. Llevaba seis semanas esperando los resultados con esa mezcla de esperanza y resignación que se instala en la gente cuando ya no hay nada más que pueda hacer para cambiar el resultado, solo esperar.

El año había traído también otros cambios, más pequeños pero igual de importantes a su manera: Yasmina, la otra repartidora con la que había coincidido tantas veces en los semáforos, había dejado por fin el reparto para trabajar en la administración de una clínica dental, una noticia que había celebrado con Sole con una alegría genuina, sin ningún rastro de envidia por el hecho de que Sole siguiera adelante con sus propios estudios mientras ella cambiaba de rumbo por otro camino. Su madre había conseguido, después de años en el mismo puesto de limpieza, un ascenso pequeño pero significativo a supervisora de turno, con un aumento de sueldo que, aunque modesto, había aliviado un poco la presión constante de las cuentas de casa. Y Sole, en algún punto de aquel año que ahora,

mirado en conjunto, le parecía haber pasado con una rapidez extraña, había dejado de sentir que estudiar de noche después de repartir todo el día era un sacrificio imposible de sostener, convirtiéndose, sin que ella se diera del todo cuenta del cambio, en una simple parte más de su rutina, tan asumida como cualquier otra.

. . .

La bicicleta eléctrica, sin embargo, no esperó tan pacientemente como Sole. Llevaba meses dando señales de agotamiento —una batería que ya no aguantaba la ruta completa sin necesitar una recarga a mitad de turno, un motor que hacía un ruido nuevo y preocupante en las cuestas— y aquel martes, a solo diez días de conocer los resultados del examen, se rindió del todo en mitad de una entrega, dejando a Sole varada a pie de calle con un paquete que llegaría tarde y un problema mucho más grande del que aquel paquete representaba.

—Va a costar repararla más de lo que vale, la verdad —le dijo el mecánico del taller de bicis del barrio, después de examinarla durante diez minutos con esa expresión compasiva que a Sole ya le resultaba familiar de otras malas noticias económicas—. La batería está para cambiar, el motor tiene un desgaste serio. Podría durarte otros seis meses, con suerte, pero yo no apostaría por ello.

Una bicicleta nueva, aunque fuera de gama básica, costaba más de lo que Sole tenía ahorrado, y pedir un préstamo justo en el momento en que sus ingresos dependían enteramente de poder seguir repartiendo era, evidentemente, una contradicción que no llevaba a ningún sitio bueno. Sin bicicleta no había entregas. Sin entregas no había ingresos. Y sin ingresos, ni siquiera podía plantearse ahorrar para una bicicleta nueva, un círculo cerrado que Sole conocía bien, de esos que la pobreza sabe construir con una eficiencia cruel.

Pasó los siguientes días alquilando una bicicleta convencional, sin motor, para poder cumplir al menos parte de sus rutas habituales, aunque el esfuerzo físico añadido, sumado al cansancio acumulado de las últimas semanas de estudio, la dejaba cada noche con una sensación de agotamiento que hacía casi imposible concentrarse en

repasar nada. Se planteó, en más de una ocasión durante aquella semana, si debía pedirle un adelanto a su madre, o incluso volver a plantearse un préstamo pequeño, aunque la sola idea de empezar su nueva etapa como estudiante de enfermería —si es que llegaba a serlo— arrastrando una deuda le resultaba profundamente desalentadora.

. . .

Se lo contó a Don Aurelio el domingo siguiente, no porque esperara que él pudiera hacer nada al respecto, sino porque llevaba un año contándole las cosas que le preocupaban, buenas y malas, con la misma naturalidad con que se lo habría contado a un abuelo, y aquel domingo, sencillamente, necesitaba decírselo a alguien.

—Así que si no encuentro una solución esta semana, no sé cómo voy a seguir trabajando —terminó, con un suspiro que intentaba sonar más despreocupado del que sentía por dentro—. Y encima con los resultados a punto de salir. Menudo momento para que se rompa la bici.

Don Aurelio la escuchó con esa atención completa que le dedicaba siempre, asintiendo en los momentos justos, y cuando Sole terminó de contarle el problema, se quedó un momento en silencio, con una expresión pensativa que ella no supo interpretar del todo en aquel momento.

—Dame un par de días —dijo, finalmente.

—¿Un par de días para qué?

—Para pensar. Déjame pensarlo, Soledad.

. . .

Lo que Sole no sabía, y no llegaría a saber del todo hasta más adelante, era que Don Aurelio llevaba meses queriendo hacer algo por ella, sin encontrar la manera adecuada de ofrecerlo sin que pareciera caridad, una palabra que él sabía, por instinto y por experiencia, que Sole rechazaría de plano si se la ofrecían con esas formas. Aurelio, hombre de hechos antes que de palabras, entendía que ayudar a alguien con orgullo requería encontrar el marco

correcto, la manera de que el gesto se sintiera como un intercambio justo y no como una limosna.

Llamó primero a su hija Cristina, a quien le contó la situación con el detalle suficiente para que ella entendiera la urgencia sin necesidad de insistir demasiado.

—Papá, no tienes tanto dinero ahorrado como para regalarle una bicicleta sin más —le dijo Cristina, con la preocupación práctica de quien lleva años vigilando las cuentas de su padre—. ¿Has pensado en cómo plantearlo?

—Había pensado en pedirle un préstamo a esa chica a cambio de que me ayude con algunos recados los fines de semana. Cosas que ya no puedo hacer yo solo tan bien: la compra pesada, alguna gestión en el banco, acompañarme al médico de vez en cuando. Le pago por su tiempo, ella tiene bicicleta nueva, y a mí me viene bien la ayuda. No es un regalo. Es un trabajo.

Cristina se quedó un momento callada al otro lado del teléfono, y cuando volvió a hablar, su voz sonaba distinta, más suave.

—Es una idea preciosa, papá. De verdad. —Hizo una pausa, y añadió, con un tono que mezclaba la ternura con una vieja culpa que Aurelio reconoció enseguida—: Últimamente pienso mucho en si hago lo suficiente por ti, con lo ocupada que ando entre semana. Me alivia saber que tienes a alguien así cerca, aunque sea alguien a quien no conocíamos hace un año.

—Tú haces más que suficiente, hija. Y esta chica no me sustituye a ti. Simplemente me acompaña de una manera distinta.

—Ya lo sé. Aun así, me alegra. Cuenta conmigo para lo que necesites de la parte económica.

. . .

Aurelio también llamó, con un poco de vergüenza que no esperaba sentir a su edad, a Ramírez, su compañero de dominó, para preguntarle si conocía a alguien en la residencia dispuesto a aportar algo a lo que él mismo llamó, sin mucha elegancia, «una colecta para una chica que se lo merece». La respuesta lo sorprendió: media residencia conocía ya a Sole de vista, de las tardes en que pasaba a saludar antes de continuar su ruta, y varios

residentes, sin que Aurelio tuviera que insistir demasiado, se ofrecieron a aportar lo que pudieran.

—Esa chica siempre saluda a todo el mundo, no solo a ti —le dijo Ramírez, entregándole veinte euros doblados con un gesto casi solemne—. Yo también quiero ayudar.

Nieves, la auxiliar, al enterarse de la iniciativa por casualidad, añadió una pequeña cantidad de su propio bolsillo y se ofreció, además, a preguntar en su grupo de mensajería si alguien tenía una bicicleta eléctrica en buen estado que ya no usara.

. . .

El domingo siguiente, cuando Sole llegó a la plaza esperando encontrar a Aurelio con su respuesta, se encontró en cambio con una escena que no supo cómo interpretar al principio: Aurelio, Ramírez, y otros dos residentes que Sole conocía solo de vista, sentados juntos en dos bancos, con una bicicleta eléctrica de aspecto casi nuevo apoyada contra un árbol cercano.

—¿Qué es esto? —preguntó, mirando la bicicleta con una desconfianza instintiva, temiendo ya, antes de que nadie dijera nada, la palabra que más le costaba aceptar.

—Un trabajo —dijo Aurelio, con una firmeza que no dejaba mucho margen para la discusión—. Necesito ayuda con recados los fines de semana: la compra pesada, alguna gestión, acompañarme al médico de vez en cuando. Te pago por tu tiempo, un sueldo justo, nada de caridad. Y la bicicleta es tuya desde ya, la compramos entre varios porque nos hacía ilusión, no como regalo sino como inversión, para asegurarnos de que nuestra empleada llegue puntual.

Sole se quedó mirando la bicicleta, después a Aurelio, después a Ramírez y a los otros dos residentes, que la miraban con una expectación nerviosa, como si temieran que fuera a rechazarlo todo de golpe.

—Esto es demasiado —dijo, finalmente, con la voz un poco quebrada.

—Es exactamente lo justo —corrigió Aurelio—. Llevas un año viniendo a hacerme compañía sin que nadie te lo pidiera, sin cobrar nada por ello, solo porque te dio la gana un día de ser amable con

un viejo solo en un banco. Esto no es un favor que te hacemos. Es un favor que te devolvemos, con mucho retraso.

. . .

Sole aceptó, después de una resistencia inicial que todos en el grupo esperaban y que nadie tomó a mal, y aquella misma tarde empezó, de manera informal, su nuevo trabajo de fines de semana con Don Aurelio: lo acompañó a hacer la compra pesada que él ya no podía cargar solo, charlando de camino sobre nada en particular, con esa facilidad que habían desarrollado a lo largo de un año de domingos compartidos.

—¿Sabes lo que más me sorprendió de todo esto? —le dijo Sole, mientras caminaban de vuelta del supermercado con las bolsas repartidas entre los dos—. Que ni siquiera dudaste. En cuanto te lo conté, ya tenías medio plan hecho para el domingo siguiente.

—A mi edad, hija, uno aprende que las oportunidades de hacer algo bueno por alguien no siempre esperan a que uno lo piense con calma. Si lo hubiera pensado más de dos días, seguramente me habría convencido a mí mismo de que no era asunto mío, y habría dejado pasar la ocasión.

—Me alegro de que no lo pensaras más de dos días, entonces.

—Yo también, Soledad. Yo también.

Diez días después, cuando por fin llegaron los resultados de la prueba de acceso, Sole los leyó sentada en su cama, con el móvil temblándole ligeramente en la mano, y descubrió que había aprobado, con una nota que ni en sus mejores previsiones se había atrevido a imaginar.

Llamó primero a su madre, que lloró de una manera que Sole no la había visto llorar desde la marcha de su padre, aunque esta vez las lágrimas tenían un signo completamente distinto.

—Mi hija, la enfermera —repetía su madre, entre lágrimas y risas, por teléfono—. Vas a ser tú la que me cuide a mí cuando sea vieja, ¿eh? Vas a tener que aguantarme en el hospital, contándole a todo el mundo lo lista que eres.

—Mamá, todavía me queda todo el ciclo por delante. No adelantemos tanto.

—Déjame adelantarlo. Llevo un año entero esperando poder adelantarlo.

Sole colgó con una sonrisa que no se le borró de la cara durante un buen rato, pensando en las noches en que su madre había vuelto de limpiar oficinas de madrugada y se había sentado con ella en la cocina, en silencio, sin ofrecer consejos sobre cómo aguantar, solo compañía, y en cómo aquel silencio compartido, sin que ninguna de las dos lo supiera entonces, había sido su propia manera de sostener a Sole durante los meses más difíciles.

Después, sin poder esperar hasta el domingo, cogió la bicicleta nueva y pedaleó hasta la plaza de las Acacias, encontrando a Aurelio en su banco de siempre, con la chaqueta de pana y el bastón apoyado al lado.

—¡Aprobé! —gritó, todavía a cierta distancia, sin poder contener la noticia ni un segundo más.

Aurelio se levantó, con una lentitud que contradecía la sonrisa enorme que se le había dibujado en la cara, y la abrazó con un cariño que ninguno de los dos había planeado del todo.

—Lo sabía —dijo, con la voz un poco tomada—. Lo supe desde el primer domingo que te vi. Tenías esa cara de quien no se rinde fácilmente, aunque en ese momento estuviera dudando de ello.

. . .

Aquella noche, ya en casa, Sole pensó en todo lo que había cambiado en un año: la nota que había encontrado en un buzón que no era el suyo, la decisión de entregarla a un desconocido en lugar de tirarla, la amistad inesperada que había surgido de aquel gesto pequeño, y ahora, un año después, una bicicleta nueva y un futuro en enfermería que empezaba a sentirse real por primera vez desde que había abandonado el instituto.

No podía saber, y quizás nunca llegaría a saberlo del todo, que la nota que había entregado a Don Aurelio aquel día había sido escrita, meses antes, por un hombre al borde de rendirse que había encontrado la fuerza para seguir adelante gracias al gesto de una desconocida con un paraguas. No sabía que su propia decisión de aquel día —desviarse de su ruta para entregar un papel que no le

pertenecía— había sido, sin que ella lo supiera, un eslabón más de una cadena que llevaba meses moviéndose por la ciudad, tocando vidas que nunca llegarían a conocerse entre sí, y que ahora, de una manera que ella tampoco podía prever del todo, aquella misma cadena había vuelto a ella, multiplicada, en forma de una bicicleta eléctrica y un trabajo de fines de semana que le permitiría, por fin, dedicarse a lo que de verdad quería hacer con su vida.

Pedaleó a casa esa noche con las piernas ligeras y la cabeza llena de planes, pensando que quizás las cadenas de favores, después de todo, sí que tenían una manera de encontrar el camino de vuelta hasta quien las había puesto en marcha, aunque tardaran un año entero, y una bicicleta rota, en conseguirlo.

## EL FAVOR QUE NO SE PIDIÓ

Camila contaba las monedas por segunda vez, con la esperanza tonta de que recontarlas cambiara de alguna manera el resultado, mientras la cola detrás de ella crecía con esa paciencia tensa de un sábado por la mañana en el colmado del barrio.

—Me faltan unos tres euros, creo —le dijo al chico de la caja, con una sonrisa que le costaba sostener—. Voy a quitar la leche y el pan de molde, con eso debería llegar.

—No se preocupe, deje que lo compruebe otra vez —dijo Rodrigo, el joven de la caja, tecleando de nuevo el total con una paciencia que Camila agradeció en silencio, consciente de las miradas de la cola detrás de ella, aunque intentaba no mirar hacia atrás para no confirmar lo que ya intuía: la impaciencia contenida de gente con prisa un sábado por la mañana.

. . .

Camila tenía sesenta años y llevaba ocho meses sin trabajo, desde que la empresa de logística donde había trabajado como administrativa durante veintidós años había cerrado de la noche a la mañana, tras una reestructuración que ni ella ni ninguno de sus cuarenta y tres compañeros habían visto venir con tanta antelación como habría sido justo. La indemnización, generosa sobre el papel, se había ido consumiendo más rápido de lo previsto entre gastos que llevaba meses sin poder recortar del todo, y el subsidio de desempleo que había empezado a cobrar después cubría lo justo, dejándole un margen tan estrecho que cada semana se había convertido en un ejercicio de aritmética doméstica que Camila, con sesenta años y una vida entera de trabajo estable a sus espaldas, nunca había imaginado tener que hacer.

Buscar trabajo a los sesenta años, había descubierto en aquellos ocho meses, era una experiencia distinta a cualquier otra búsqueda

de empleo de su vida: los currículums que enviaba recibían, la mayoría de las veces, ningún tipo de respuesta, y en las contadas entrevistas a las que había llegado, notaba, sin que nadie lo dijera en voz alta, una valoración silenciosa de su edad que ninguna ley contra la discriminación conseguía del todo neutralizar. Había empezado a preguntarse, en sus peores días, si aquellos veintidós años de experiencia que ella consideraba su mayor activo profesional eran vistos, por el otro lado de la mesa, como el problema principal.

Vivía sola desde que su marido había fallecido, cinco años atrás, de un cáncer que se los había arrebatado en apenas ocho meses de diagnóstico a despedida, y sus dos hijos, ya independizados y con sus propias familias en otras ciudades, la llamaban con regularidad pero no conocían del todo, porque Camila se había cuidado mucho de que no lo supieran, la magnitud real de sus apuros económicos. No quería preocuparlos. No quería, sobre todo, que ninguno de los dos se sintiera obligado a ofrecerle dinero que ella sabía que tampoco les sobraba, con hipotecas propias y niños pequeños que mantener.

. . .

Rodrigo llevaba dos meses trabajando los sábados por la mañana en el colmado de su tío, un turno adicional a sus noches en La Brasería que había aceptado más por necesidad de ingresos extra — estaba ahorrando para un curso de gestión de restaurantes que quería hacer el año siguiente, un primer paso hacia la idea, todavía difusa pero cada vez más presente, de tener algún día su propio local— que por verdadero entusiasmo hacia el trabajo de caja.

Desde su viaje mental de aquella noche, meses atrás, después de descubrir lo que su cambio de turno había significado de verdad para Iván, Rodrigo había empezado a mirar su propio trabajo con una perspectiva distinta, más consciente de que incluso las tareas más rutinarias —cambiar un turno, cobrar en una caja, servir una mesa— podían pesar en la vida de otra persona mucho más de lo evidente a simple vista. No se había convertido, ni mucho menos, en una persona distinta de la noche a la mañana, pero sí notaba que

prestaba más atención, sin proponérselo del todo, a los pequeños detalles de la gente que atendía.

Reconocía a Camila de las últimas semanas, una clienta habitual que compraba lo justo y necesario, sin ningún capricho añadido, y que siempre pagaba con una precisión casi obsesiva, contando el cambio con cuidado antes de que Rodrigo terminara de teclear el total. No sabía nada de su situación concreta, pero había aprendido, en sus años sirviendo mesas y ahora también en la caja, a reconocer cierto tipo de tensión contenida en los clientes, la de quien hace cuentas todo el tiempo sin decirlo en voz alta.

. . .

Aquel sábado, mientras Camila explicaba, con la voz un poco tensa, que iba a quitar la leche y el pan de molde para ajustar el total, una voz desde el final de la cola la interrumpió.

—Deje, deje, yo se lo cubro. No hace falta que quite nada.

Camila se giró, sorprendida, encontrando a un hombre de unos cuarenta y tantos años, con ropa de deporte y una bolsa de pan bajo el brazo, que ya le tendía a Rodrigo una tarjeta con una naturalidad que no dejaba mucho espacio para la discusión.

—No, de verdad, no hace falta —dijo Camila, sintiendo que el calor le subía a la cara con una mezcla de vergüenza y una gratitud confusa que no sabía bien cómo procesar delante de tanta gente—. Puedo quitar un par de cosas sin problema.

—Insisto. Me ha pasado lo mismo alguna vez, y alguien me echó una mano cuando lo necesitaba. Además, llevo prisa y esto se soluciona en dos segundos si me deja pagar.

Rodrigo, sin saber muy bien qué protocolo seguir ante una situación que nunca le habían explicado en ningún manual de caja, miró a Camila con una expresión que parecía preguntarle en silencio si daba el visto bueno, y ella, después de un segundo de vacilación que le pareció eterno, asintió, incapaz de encontrar una manera educada de seguir insistiendo sin montar una escena mayor de la que ya se sentía protagonista.

El hombre pagó, cogió su bolsa de pan, y se marchó con una despedida rápida —«que tenga buen día»— antes de que Camila

pudiera siquiera preguntarle su nombre.

. . .

Camila salió del colmado con la compra en dos bolsas, sintiendo una emoción que tardó varias calles en identificar del todo: no era exactamente vergüenza, aunque el primer impulso, allí en la caja, había sido de vergüenza pura; era, más bien, una especie de alivio mezclado con una tristeza extraña, la de darse cuenta de lo agotador que resultaba, después de ocho meses, sostener sola una dignidad que empezaba a sentir cada vez más frágil.

Se sentó en un banco de camino a casa, algo que no solía hacer, y se permitió, por primera vez en semanas, llorar un poco, sin dramatismo, solo las lágrimas silenciosas de quien lleva mucho tiempo aguantando y por fin encuentra un momento y un motivo, aunque sea pequeño, para soltar algo de esa tensión acumulada.

No lloraba por los tres euros, exactamente. Lloraba por los ocho meses enteros, por las entrevistas sin respuesta, por la sensación de que a los sesenta años el mundo laboral la consideraba ya, de alguna manera silenciosa pero efectiva, prescindible. Lloraba también por su marido, que llevaba cinco años muerto pero que en momentos como aquel, de vulnerabilidad inesperada en mitad de una calle cualquiera, se le aparecía en la memoria con una nitidez que la sorprendía, con su manera particular de decirle, en los momentos difíciles de su vida juntos, que todo se iba a arreglar, una certeza que él transmitía con tanta convicción que Camila casi siempre terminaba creyéndosela, aunque fuera solo un poco.

Y lloraba también, aunque le costara admitirlo, por la sorpresa de descubrir que un desconocido cualquiera, sin conocerla de nada, había decidido, en cuestión de segundos, que su dignidad merecía protegerse antes que su propia prisa. Le habría gustado, en cierto modo, poder contarle a su marido aquella escena, imaginando la sonrisa que él habría puesto al oírla, el comentario que seguramente habría hecho sobre que todavía quedaba gente decente en el mundo, a pesar de todo.

. . .

Rodrigo, mientras tanto, terminó su turno pensando en la escena con una atención que no le habría dedicado en un día cualquiera. Le recordó, sin poder evitarlo, a una conversación que había tenido meses atrás con un compañero de La Brasería, Iván, sobre un cambio de turno que Rodrigo había concedido sin hacer preguntas y que, según supo después, había significado mucho más de lo que él mismo había imaginado en su momento.

—¿Ves gestos así muy a menudo? —le preguntó su tío, al cerrar la caja esa tarde, después de que Rodrigo le comentara la escena.

—La verdad es que no. O bueno, quizás sí, y no me doy cuenta la mayoría de las veces porque estoy pensando en otra cosa. Pero este me ha llamado la atención.

—La gente es más generosa de lo que parece, cuando se le da la oportunidad de serlo sin que nadie la esté vigilando —dijo su tío, con la sabiduría tranquila de veinte años detrás de aquella misma caja—. Lo raro no es que la gente ayude. Lo raro es que nos demos cuenta cuando lo hace.

. . .

Camila volvió al colmado la semana siguiente, con una mezcla de reticencia y necesidad práctica —era, al fin y al cabo, la tienda más cercana a su casa—, y esta vez contó las monedas con más margen de sobra, decidida a no repetir la escena de la semana anterior. Rodrigo la saludó con la misma naturalidad de siempre, sin hacer ningún comentario sobre lo ocurrido, algo que Camila agradeció en silencio, prefiriendo que aquel episodio quedara como un paréntesis discreto en lugar de convertirse en un tema recurrente entre ellos.

—¿Todo bien esta semana? —preguntó Rodrigo, mientras pasaba los productos por el escáner.

—Mejor, gracias. Tengo una entrevista el lunes, en una gestoría. Parece que buscan a alguien con experiencia administrativa, para variar.

—Le deseo mucha suerte, de verdad.

—Gracias, hijo. Después de ocho meses, cualquier entrevista ya me parece una victoria en sí misma, salga como salga.

. . .

Aquella entrevista, aunque Camila todavía no lo sabía al salir del colmado aquel sábado, terminaría saliendo bien: la gestoría, dirigida por una mujer, Beatriz, que también había pasado por un despido inesperado años atrás y que valoraba, precisamente, la experiencia y la estabilidad que otros empleadores habían descartado sin más, le ofrecería el puesto la semana siguiente, poniendo fin a ocho meses de búsqueda que habían puesto a prueba, más de lo que Camila habría querido reconocer, su propia idea de sí misma.

—Su experiencia es exactamente lo que necesitamos —le diría Beatriz, en la entrevista que Camila todavía no había tenido aquel sábado—. Aquí valoramos que alguien ya sepa cómo funcionan las cosas, sin tener que enseñárselo todo desde cero.

Camila, al escuchar aquello unos días después, sentiría una alegría que no se atrevería a compartir del todo con sus hijos hasta tener el contrato firmado, por una superstición nueva que había desarrollado durante aquellos ocho meses de decepciones acumuladas: la de no permitirse celebrar nada hasta que fuera completamente seguro.

Pero aquel sábado, caminando de vuelta a casa con la compra bien pagada y sin sobresaltos, Camila solo sabía una cosa con certeza: que un desconocido cuyo nombre nunca sabría le había recordado, en un gesto que no había durado más de treinta segundos, que la dignidad de alguien no depende de si puede pagar tres euros de más en la caja de un colmado un sábado por la mañana, sino de la manera en que el mundo, a veces, sin pedírselo nadie, decide sostenerla de todas formas.

No sabría nunca que aquel hombre de la ropa de deporte, que llevaba prisa aquella mañana por llegar a tiempo a recoger a su hijo de una actividad extraescolar, tomaba decisiones parecidas con cierta frecuencia desde hacía un tiempo, desde una tarde de lluvia en la que él mismo había recibido, sin buscarlo, un gesto pequeño que le había cambiado, más de lo que jamás sería capaz de explicarle a nadie, la manera de entender lo que significaba ayudar a un desconocido sin esperar nada a cambio.

## LA ÚLTIMA LLAMADA

El teléfono sonó a las once y media de la noche, una hora que Julián había aprendido, con los años, a temer instintivamente, porque las llamadas después de las once casi nunca traían buenas noticias.

—Julián, soy Marisa. La hija de Ramón.

Julián se incorporó en la cama, ya despierto del todo, con esa alerta inmediata que solo da la experiencia de haber recibido, alguna vez en la vida, una llamada parecida con malas noticias detrás.

—Dime, Marisa. ¿Está bien?

—Quiere hablar contigo. Dice que es importante. Está... —la voz se le quebró un poco—. Los médicos dicen que puede que no le quede mucho tiempo, Julián. Si quieres verlo, sería mejor que fuera pronto.

. . .

Julián llevaba cuatro años sobrio, uno más que en la noche del paraguas, y su vida, en aquel tiempo, se había ido asentando de una manera que años atrás le habría costado imaginar: un ascenso pequeño pero real en el almacén, donde ahora supervisaba a un equipo de seis personas; una relación con Elena que, después de la crisis de la posible mudanza, se había reconducido hacia una colaboración tranquila cuando ella finalmente decidió no aceptar el traslado, priorizando la estabilidad de Mateo sobre el ascenso profesional que aquello le habría supuesto; y Mateo, que ya tenía diez años y una seguridad en sí mismo que a Julián todavía le sorprendía cada vez que la veía, como si fuera un regalo que no terminaba de creerse merecido.

La decisión de Elena de quedarse no había sido fácil ni estuvo exenta de resentimiento en su momento —hubo meses, después de aquella decisión, en que Julián notaba en ella una tristeza silenciosa por la oportunidad no tomada, aunque nunca se lo reprochara

directamente a él ni a Mateo— pero con el tiempo, ambos habían suavizado incluso más la rigidez de las semanas alternas, intercambiando algún día suelto según lo pidiera el trabajo o los planes de cada uno, sin que aquello supusiera ningún drama para ninguno de los dos. Julián sabía que aquella flexibilidad, aquella capacidad de renegociar sin rencor lo que en su momento parecía una guerra de trincheras, era en sí misma una prueba de lo lejos que habían llegado los dos desde los peores años.

Ramón había sido, en todo aquel proceso, una presencia constante que Julián solo llegaba a valorar del todo cuando se paraba a pensarlo con calma: los jueves de reunión, los cafés después, las llamadas ocasionales entre semana cuando algo se torcía y Julián necesitaba una voz que ya hubiera pasado por aquello antes que él. Ramón llevaba veintitrés años sobrio cuando el cáncer de páncreas, diagnosticado apenas cuatro meses atrás, había empezado a quitarle, con una rapidez que a todos en el grupo les había parecido cruelmente injusta, la fuerza que llevaba dedicando durante dos décadas a sostener a otros.

. . .

Llegó al hospital pasada la medianoche, y en el mostrador de la planta de oncología se encontró, para su sorpresa, con una cara que reconoció de inmediato aunque llevara años sin cruzársela: Marta, la enfermera que años atrás le había prestado un paraguas bajo un toldo, una noche de lluvia que Julián recordaba con una nitidez que el tiempo no había conseguido desgastar del todo.

—¿Marta? —preguntó, casi sin poder creerlo.

Ella lo miró un momento, entrecerrando los ojos con el esfuerzo de reconocer una cara entre las miles que veía cada año, hasta que algo se le iluminó en la expresión.

—El del paraguas —dijo, con una sonrisa genuina—. Vaya casualidad. No trabajo en esta planta habitualmente, estoy cubriendo un turno.

—Nunca llegué a agradecerle como merecía aquel gesto. Cambió mi vida más de lo que se imagina.

Marta no supo qué responder a eso durante un momento, sorprendida por la intensidad de la afirmación para un gesto que ella recordaba como algo tan pequeño, casi trivial.

—Me alegro muchísimo de haberlo hecho, entonces —dijo, finalmente—. Su compañero está en la habitación 214. No queda mucho tiempo, así que no se demore.

. . .

Ramón estaba despierto, aunque visiblemente débil, con la piel de un color amarillento que Julián no quiso quedarse mirando más de lo necesario, y sonrió al verlo entrar, una sonrisa que todavía conservaba algo de la ironía cansada de siempre.

—Viniste —dijo, con la voz más débil de lo que Julián recordaba, pero con el mismo tono liviano de siempre—. Pensé que a estas horas me mandarías a la porra.

—Nunca te mandaré a la porra, Ramón. Menos ahora.

—Siéntate. No tengo mucho tiempo ni muchas fuerzas, así que voy a decirte esto rápido, antes de que me duerma otra vez y no tenga otra oportunidad.

Julián se sentó junto a la cama, con un nudo en la garganta que le costaba disimular.

—Llevo veintitrés años ayudando a gente en ese círculo de sillas plegables —continuó Ramón, con pausas cada vez más largas entre frase y frase—. Cientos de personas han pasado por esa sala. La mayoría, no te voy a mentir, no lo consiguen del todo, o lo consiguen a medias, con recaídas, con altibajos que duran toda la vida. Pero de vez en cuando, muy de vez en cuando, alguien llega y te das cuenta, casi desde el primer día, de que va a salir adelante de verdad. Tú fuiste uno de esos, Julián. Desde la primera noche del paraguas que me contaste, tan avergonzado, como si contar que alguien te había prestado un paraguas fuera una debilidad en lugar de una suerte.

—Gracias a ti sigo aquí, Ramón. Lo sabes.

—No. Gracias a ti mismo sigues aquí. Yo solo abrí la puerta y te dije que entraras. El resto lo hiciste tú, cada jueves, durante cuatro años.

—¿Y a ti quién te abrió la puerta, hace veintitrés años?

Ramón sonrió, con un esfuerzo que le costó visiblemente, y cerró los ojos un momento antes de responder.

—Un hombre que ya murió hace mucho, en otra ciudad, en otro grupo. No tan distinto a esta conversación que estamos teniendo ahora, la verdad, aunque en su caso fue en un bar, no en un hospital, porque a mí todavía me faltaban unos meses para tocar fondo del todo. Me dijo algo que nunca olvidé: que la sobriedad no se guarda para uno mismo, se presta a quien venga después, como quien presta un abrigo en invierno. Uno lo lleva puesto mientras lo necesita, y después se lo pasa a otro que tenga frío.

—Es una manera bonita de verlo.

—Es la única manera que a mí me ha funcionado en veintitrés años.

. . .

Ramón hizo una pausa larga, con los ojos cerrados, y Julián pensó por un momento que se había quedado dormido, hasta que volvió a hablar, con un esfuerzo visible.

—Quiero pedirte algo. Hay un chico nuevo en el grupo, Kevin, lleva tres semanas viniendo. Veintipocos años, la mirada baja, ya sabes cómo es al principio. Yo no voy a poder acompañarlo mucho más tiempo. Necesito que alguien se ocupe de él cuando yo ya no esté. Alguien que sepa lo que es estar en su lugar.

—¿Yo?

—Tú. Nadie mejor que alguien que empezó exactamente donde está él ahora.

Julián sintió el peso de aquella petición con una mezcla de honor y miedo que no supo separar del todo, la sensación de estar recibiendo algo mucho más grande de lo que se sentía preparado para sostener.

—No sé si voy a estar a la altura, Ramón.

—Nadie lo sabe nunca, hijo. Yo tampoco lo sabía, la primera vez que alguien me pidió lo mismo, hace veinte años. Se aprende haciéndolo, no antes.

. . .

Ramón murió once días después, con Marisa a su lado y el grupo entero turnándose para visitarlo en sus últimos días, cada uno a su manera despidiéndose del hombre que, en algún momento de sus propias vidas, les había sostenido la puerta abierta sin insistir, dejándoles decidir a ellos cuándo cruzarla.

En el funeral, sencillo y sin grandes discursos, tal como Ramón habría querido, se reunió una cantidad de gente que sorprendió incluso a Marisa: antiguos compañeros de trabajo de hacía décadas, vecinos, y una veintena larga de personas del grupo de sobriedad, muchas de las cuales Julián reconocía de vista de otras reuniones a las que había asistido a lo largo de los años, sin saber hasta entonces que todos compartían aquel mismo vínculo silencioso con el hombre que ahora despedían.

—No tenía ni idea de que ayudara a tanta gente —le dijo Marisa a Julián, después del entierro, con una mezcla de orgullo y sorpresa que Julián reconoció, porque él mismo había sentido algo parecido al descubrir, años atrás, cuánto pesaba realmente un gesto que en su momento le había parecido pequeño—. Nunca hablaba de eso en casa. Ni una palabra.

—Era su manera de ser, supongo. Ayudar sin necesitar que nadie lo supiera.

Julián se encontró, casi sin proponérselo, sentado junto a Kevin, el chico nuevo del grupo, que parecía perdido entre tanta gente que conocía a Ramón desde hacía décadas y que él apenas conocía de tres semanas de reuniones.

—No sé si tengo derecho a estar aquí —le dijo Kevin, en voz baja, durante el velatorio—. Apenas lo conocía.

—Tienes tanto derecho como cualquiera. Ramón habría dicho que quien llega a esas sillas plegables ya forma parte de la familia, desde el primer día.

—¿Tú lo conocías desde hace mucho?

—Cuatro años. Me salvó la vida, en cierto modo, aunque él siempre decía que el mérito era mío.

. . .

El jueves siguiente, en la primera reunión sin Ramón, un silencio pesado ocupó el círculo de sillas plegables durante los primeros minutos, hasta que alguien, finalmente, empezó a hablar de él, y las anécdotas fueron llenando poco a poco el hueco que su ausencia había dejado.

Julián se sentó, como siempre, en la tercera silla desde la puerta, pero aquella noche, por primera vez, no fue exactamente el mismo lugar de siempre: notó, sin que nadie se lo dijera, que varias miradas del grupo se posaban en él con una expectación distinta, la misma que él mismo recordaba haber sentido, años atrás, mirando a Ramón como referencia silenciosa de que aquello, en efecto, se podía superar.

Al final de la reunión, Kevin se acercó, con la misma mirada baja de siempre, pero con algo distinto en el gesto, una intención que no había tenido las semanas anteriores.

—¿Puedo llamarte, si alguna noche la cosa se pone difícil? —preguntó, con una vulnerabilidad que a Julián le recordó, con una punzada casi física, a sí mismo cuatro años atrás.

—Claro que puedes. A cualquier hora.

. . .

La llamada llegó tres semanas después, un martes a las dos de la madrugada, con la voz de Kevin quebrada al otro lado del teléfono, contándole que estaba parado frente a un bar, con dinero en el bolsillo y una determinación de entrar que llevaba media hora intentando vencer sin conseguirlo del todo.

—No sé por qué te llamo a ti y no a otra persona del grupo —dijo Kevin, con la voz temblando—. Supongo que porque eres el único que me dio su número de verdad, sin que se lo pidiera dos veces.

—Me alegro de que me hayas llamado. Cuéntame qué ha pasado esta noche.

Kevin le explicó, entre frases entrecortadas, una discusión con su expareja, una sensación de fracaso que llevaba días acumulándose, la certeza repentina de que una copa lo arreglaría todo aunque supiera, en el fondo, que no era cierto. Julián no le dio ningún discurso preparado. Simplemente se quedó al teléfono, hablando de

cualquier cosa —del tiempo, de un partido de fútbol, de la vida en general— durante cuarenta minutos, dejando que el tiempo hiciera parte del trabajo que ningún argumento racional podría haber hecho por sí solo, hasta que Kevin, poco a poco, sin que ninguno de los dos lo anunciara formalmente, dejó de estar frente al bar y volvió caminando a su casa, todavía con el teléfono pegado a la oreja, escuchando a Julián contarle una anécdota tonta sobre un ascensor atascado que había visto reparar una vez.

En algún momento de aquella llamada, Julián se descubrió a sí mismo pensando en Ramón, preguntándose si aquello era exactamente lo que él había sentido las noches en que Julián lo había llamado, años atrás, con la voz igual de quebrada, y comprendiendo, con una claridad que no había tenido hasta ese preciso instante, que la generosidad de Ramón nunca había consistido en tener las palabras exactas, sino simplemente en estar disponible, en no colgar, en dejar que el tiempo y la compañía hicieran el trabajo que ninguna frase perfecta podría hacer por sí sola.

—Gracias —dijo Kevin, ya casi en la puerta de su casa—. No sé qué habría hecho si no coges el teléfono.

—Habrías aguantado igual, probablemente. Pero me alegro de haber estado ahí para hacerlo un poco más fácil.

Colgó el teléfono ya de madrugada, con Mateo dormido en la habitación de al lado y una sensación tranquila que no supo nombrar del todo hasta pasados unos minutos: la certeza silenciosa de haber cerrado, esa noche, un círculo que había empezado años atrás bajo un toldo, con un paraguas prestado por una desconocida que nunca sabría cuántas otras llamadas, cuántas otras noches, cuántas otras vidas, había puesto en marcha aquel gesto tan pequeño que ni ella misma recordaría del todo con el paso de los años.

## EL PARAGUAS

Llovía como si el cielo llevara semanas conteniéndose.

Valentina salió del edificio de oficinas a las siete y cuarenta, diez minutos más tarde de lo habitual, con los tacones ya protestando después de nueve horas seguidas de reuniones que se habían alargado más de lo previsto, y esa clase de cansancio que se acumula detrás de los ojos cuando un día entero se ha ido en explicar lo mismo tres veces a tres personas distintas.

Se quedó bajo el toldo de la entrada, mirando la lluvia con la misma expresión con la que se mira una factura inesperada.

Llevaba consigo un paraguas plegable, pequeño, de esos que caben en cualquier bolso y que por eso mismo siempre parecen insuficientes en el momento de usarlos de verdad, pero al menos era algo. El coche —o más bien, el autobús que la llevaría hasta el coche, aparcado a las afueras por culpa de un abono de parking que llevaba meses queriendo cambiar sin encontrar el momento— salía en ocho minutos, y la parada estaba a dos manzanas.

—¿Vas a esperar a que escampe?

La voz venía de su derecha. Un hombre joven, quizás de veinticinco años, con una mochila de estudiante colgada de un solo hombro y la ropa ya empapada, la miraba con la media sonrisa incómoda de quien lleva un rato bajo la lluvia sin plan ninguno.

—Llevo aquí un par de minutos —dijo Valentina—. No tiene pinta de escampar.

—No. Yo tengo que coger un tren en quince minutos, en la estación. Si lo pierdo, el siguiente es dentro de una hora y llego tarde a algo importante.

Valentina no le preguntó qué era aquello importante, ni por qué no llevaba paraguas propio, ni ninguna de las preguntas que la costumbre de un día largo de trabajo le habría hecho descartar como poco prácticas. Solo miró el paraguas que llevaba en la mano

—pequeño, plegable, de un azul ya descolorido por el uso— y pensó en las dos manzanas que le quedaban por delante, y en que ella, al menos, llegaría a un sitio seco eventualmente, con o sin paraguas, mientras que aquel chico tenía un tren que coger y quince minutos para conseguirlo.

—Tenga —dijo, tendiéndoselo—. Se lo presto. Démelo cuando nos volvamos a ver.

El chico la miró como si hubiera dicho algo en otro idioma.

—No nos vamos a volver a ver.

—Ya. Pero dígalo igual. Así no se siente tan raro aceptarlo.

Él sonrió, esta vez de verdad, con una sorpresa genuina que le quitó diez años de tensión a la cara.

—Me llamo David —dijo, como si eso fuera una especie de garantía.

—Valentina.

—Valentina. Vale. —Cogió el paraguas con las dos manos, con un cuidado excesivo para un objeto de cinco euros—. Se lo devuelvo, en serio. ¿Trabaja aquí cerca?

—En el edificio de detrás. La mayoría de las tardes salgo sobre esta hora.

David asintió, abrió el paraguas con un chasquido húmedo, y salió corriendo hacia la estación, dejando a Valentina bajo el toldo con las manos vacías y una sensación extraña, no de haber hecho algo importante, sino de haber hecho algo pequeño que por algún motivo le pesaba distinto a los demás gestos pequeños del día.

. . .

No llegó a coger el autobús de las siete y cincuenta. Caminó las dos manzanas bajo la lluvia, empapándose los hombros y el pelo, y llegó al coche quince minutos más tarde de lo previsto, riéndose sola, una risa corta y sin humor, del tipo que se le escapa a una cuando ya no queda otra reacción disponible.

No sabría nunca —porque estas cosas casi nunca se saben del todo, y ese desconocimiento es, quizás, la parte más honesta de cómo funcionan realmente— que David llegaría a su tren con apenas noventa segundos de margen, todavía empapado pero a tiempo, y que aquel tren lo llevaría a una entrevista de trabajo que llevaba

semanas esperando, la primera oportunidad real después de dos años de becas mal pagadas y contratos temporales que no llevaban a ningún sitio. No sabía que David, nervioso como estaba por la entrevista, encontraría en el gesto de una desconocida bajo un toldo el mismo tipo de señal pequeña y absurda que otros, antes que él, habían encontrado en gestos parecidos: la prueba tonta y necesaria de que a veces el mundo, sin que nadie se lo pida, decide ponerse de tu lado durante cinco minutos exactos.

Tampoco sabía Valentina que aquel paraguas, cinco euros de plástico y varillas, viajaría de nuevo, semanas después, de las manos de David a las de otra persona completamente distinta, en otra esquina de la misma ciudad, iniciando algo que ninguno de los dos podría llegar a ver completo, de la misma manera en que ella tampoco podía ver, esa tarde bajo la lluvia, todos los paraguas prestados que la habían precedido, todas las notas dejadas en buzones equivocados, todos los dibujos pegados en neveras cansadas, todos los turnos cambiados sin hacer preguntas, todas las llamadas contestadas a las dos de la madrugada, que habían tenido que ocurrir, uno detrás de otro, mucho antes de que ella misma, sin saberlo, se convirtiera en el eslabón más reciente de algo que llevaba ya mucho tiempo en marcha.

Condujo a casa despacio, con los limpiaparabrisas luchando contra la lluvia, pensando que la próxima vez que lloviera así, probablemente, se acordaría de llevar un paraguas de sobra en el bolso. No por David. Ni siquiera del todo por sí misma.

Solo por si acaso.

## UNA NOTA SOBRE LOS GESTOS PEQUEÑOS

Si has llegado hasta aquí, has visto un paraguas cambiar de manos catorce veces sin que casi nadie se diera cuenta del todo de lo que estaba poniendo en marcha.

Ese es, quizás, el secreto que este libro ha querido contarte desde la primera página: que la mayoría de los gestos que de verdad importan no llevan aviso previo. No se anuncian con música de fondo ni con la certeza de que van a cambiar nada. Se parecen más a un préstamo hecho sin pensarlo, bajo un toldo, a una desconocida que no vas a volver a ver; a una nota escrita para nadie en concreto y dejada en un buzón por si acaso; a un turno cambiado sin hacer preguntas, porque total, qué más da.

Casi nunca sabemos qué hacen esos gestos una vez que salen de nuestras manos. Marta nunca supo del todo lo que significó aquel paraguas para Julián. Julián nunca supo que su nota terminaría en el cajón de la mesilla de un anciano en una residencia. Sole nunca imaginó que ayudar a un desconocido con un papel que no era suyo la llevaría, un año después, a una bicicleta nueva y a una carrera que todavía no ha terminado de escribir. La cadena entera —cada eslabón, cada favor, cada pequeña decisión de no mirar hacia otro lado— solo se ve completa desde fuera, desde donde tú la acabas de leer. Ninguno de sus protagonistas llegó jamás a verla así.

Y esa, me parece, es la parte más honesta de cómo funciona el mundo en realidad. No hace falta ver el final de la cadena para decidir ser un eslabón de ella. No hace falta saber si el gesto va a servir de algo. Solo hace falta, la mayoría de las veces, estar dispuesto a hacerlo de todos modos: prestar el paraguas aunque llueva también para nosotros, dejar la nota aunque no sepamos quién la va a leer, cambiar el turno aunque no nos den ninguna explicación.

Si este libro te ha conmovido en algún momento —y espero, de corazón, que lo haya hecho al menos una vez—, quizás sea porque has reconocido en estas páginas algo que ya sabías, aunque no lo

hubieras puesto nunca en palabras: que tú también formas parte de alguna cadena que no puedes ver completa. Que alguien, en algún momento de tu vida, te prestó algo —un paraguas, una palabra, cinco minutos de atención genuina— sin saber lo que significaría para ti. Y que tú, sin saberlo tampoco del todo, probablemente ya le has pasado ese mismo gesto a alguien más, en una versión distinta, con otro nombre y otra lluvia.

La próxima vez que llueva, y veas a alguien esperando bajo un toldo sin paraguas, quizás te acuerdes de este libro. Espero que sí. Y espero, sobre todo, que el paraguas que lleves en la mano en ese momento acabe, de alguna manera pequeña e invisible, en el sitio donde más falta hace.

## UNA PEQUEÑA PETICIÓN

Si este libro te ha hecho sentir algo —si alguna de estas catorce historias se te ha quedado pegada, aunque solo fuera un rato—, hay un gesto pequeño que tú también puedes hacer, y que no cuesta ni cinco minutos: dejar una reseña donde compraste este libro.

Para un libro como este, sin grandes campañas detrás, las reseñas de lectores son, sencillamente, la manera en que otras personas deciden si merece la pena abrirlo. Cada reseña, por breve que sea, es un paraguas prestado a un lector que todavía no sabe si quiere mojarse con esta historia o no.

Gracias por haber llegado hasta aquí. Y gracias, de antemano, por el gesto pequeño que decidas hacer a continuación.